

Notas del mes

La crisis del coronavirus

Por Albert Recio Andreu

Pandemia, geopolítica y colapso. Apuntes de urgencia

Por Miguel Muñiz

Vigilancia digital: antes y después del COVID-19

Por Antonio Madrid Pérez

La escalada de leyes antigarantistas en Latinoamérica

Por Bruno Vendramin

Política en la tormenta

Por Albert Recio Andreu

El coronavirus no es igual para todo el mundo

Por Joan M. Girona

Ensayo

3508 economistas, el Green New Deal, la emergencia climática del gobierno PSOE-UP y la pandemia del COVID-19

José A. Tapia

El vacío teórico socialista

Antonio Antón

El extremista discreto

¿Todo será igual?

El Lobo Feroz

Anotaciones al margen de la ley⁴

Lolo Semwá

De otras fuentes

Las enseñanzas del coronavirus

Joan Coscubiela

El Imperio y el Capital no cierran en domingo

Rafael Poch de Feliu

La propagación del coronavirus por Europa contra la narrativa centroeuropea derechista⁴

Daniel Bernabé

De todas las opciones, eligen la peor y más cruel: esto es Europa

Juan Torres López

Cuba en tiempos de coronavirus

Pascual Serrano

El conflicto social está servido

Óscar Mitillo

Estrategias empresariales que precarizan el trabajo turístico

Ernest Cañada

En aguas desconocidas

Rafael Poch de Feliu

Documentos

Informe sobre la situación de las mujeres presas ⁴

Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía - APDHA

La Biblioteca de Babel

Opción Cero. El reverdecimiento forzoso de la Revolución cubana

Emilio Santiago Muiño

En la pantalla

The Vietnam War

Ken Burns y Lynn Novick

... Y la lírica
Galina Rymbu

La crisis del coronavirus

Cuaderno de augurios: 8

Albert Recio Andreu

¿Una crisis pre o post capitalista?

Las crisis, como los peligros, siempre asaltan por donde menos se las espera. Hace meses que todos los analistas económicos, de distintas ideologías, especulaban con la posibilidad de una gran recesión. Había muchos elementos en juego: el mantenimiento de altos niveles de endeudamiento, la debilidad de la demanda asociada a la moderación salarial, la caída de la rentabilidad empresarial, la inestabilidad generada por los mercados financieros especulativos, la guerra proteccionista desencadenada por Trump y seguida por el Brexit, el declive súbito del suministro de petróleo, alguna crisis ambiental grave... Al final, ha sido un virus relativamente convencional el que ha generado, a la vez, una pandemia sanitaria y un incalculable estallido económico y social.

Siempre habíamos considerado que las crisis del capitalismo tenían un origen diferente de las crisis precapitalistas, y la situación actual nos sitúa de nuevo en un contexto parecido al provocado por las pestes medievales (aunque su impacto y su dinámica van a ser sin duda diferentes). Aunque podríamos considerar que se trata de la primera crisis ecológica global, también esto debe ser matizado. La forma convencional de pensar en una crisis “ecológica” la exponía Quim Sempere en el boletín de *mientrastanto* de marzo de 2020: un súbito corte de un suministro básico (por agotamiento de un recurso no renovable, por el impacto de un cambio climático sobre la producción de alimentos o materias primas...) que afecta a toda la cadena de producción y consumo. Aquí estamos en otra situación, pues de momento existe capacidad para mantener el ritmo actual de actividad (otra cosa es su sostenibilidad a medio y largo plazo). De hecho, la primera idea de Trump o Johnson de no parar la producción y dejar que el virus matara era posiblemente factible, aunque socialmente inasumible. Por eso, el análisis de la crisis obliga a muchos analistas a introducir nuevas variantes en sus esquemas analíticos.

Curiosamente, los que tienen una forma más sencilla de explicar la situación actual en base a su enfoque teórico son los economistas neoclásicos más dogmáticos. El análisis dominante en el mundo académico (y en buena parte de los modelos que aplican grandes instituciones) considera que el sistema tiende a orientarse al equilibrio pero es bombardeado por shocks externos que lo alteran. O sea, la economía capitalista funciona como una máquina que tiene problemas por cosas que ocurren con independencia de su

funcionamiento. El Covid-19 sería un ejemplo de libro de un shock externo. Mucho más sencillo de explicar para ellos que las tensiones generadas por endeudamiento, la especulación financiera o la caída de inversiones privadas que sólo se podrían considerar shocks externos haciendo un auténtico acto de fe. De este análisis se deriva una respuesta preocupante: puesto que la crisis ha sido provocada por una cuestión impredecible y completamente extraña al funcionamiento de la economía, no hay que introducir cambios fundamentales en la organización económica.

En contraste, muchas de las teorías críticas tradicionales —como las basadas en un déficit de demanda, las que apelan a la caída de la tasa de beneficios por un exceso de capitalización, o la teoría de la crisis de la deuda que tan útil resulta para entender el *crack* del 2008— no tienen una explicación adecuada para la situación actual. Apuntar al capitalismo como causa de la crisis es adecuado, pero puede resultar un argumento vacío si no se especifica bien por qué el capitalismo es la causa de una crisis vírica y cuáles son las reformas que hay que emprender. Creo que una visión más comprensiva del análisis de la crisis, **como la apuntada por David Harvey**, resulta una vía útil para entender la cuestión.

En primer lugar, está la cuestión totalmente ignorada por la economía convencional de la relación entre actividad económica y naturaleza. De hecho, la mayor parte del saber económico tradicional no sólo ignora la base material sobre la que se sustenta la producción y el consumo, sino que también se desentiende del conocimiento de los procesos productivos reales. La gran aportación de la economía ecológica y feminista es precisamente el reconocimiento del papel que juegan cuestiones que están fuera del ámbito de la actividad mercantil. Cuando se toman en consideración estas cuestiones, el presunto elemento de externalidad de los impactos naturales desaparece y hay que considerar el papel de la gestión económica convencional en el origen de la crisis. Por lo que sabemos del Covid-19 y de otros virus predecesores como el SARS, el origen de la pandemia está relacionado con la creación de grandes mercados de animales salvajes para la alimentación y la medicina tradicional. Mientras los virus de los animales domesticados llevan muchos años conviviendo con los humanos y han permitido desarrollar anticuerpos, en este caso la relativa novedad del contacto no permite su rápida neutralización (en cierta forma nos retrotrae a otra historia del pasado: la mortandad de las poblaciones indígenas de América y Oceanía provocada por los virus y bacterias que traían consigo los europeos). Que sea China un productor de nuevas enfermedades no es extraño; el país está inmerso en un fuerte crecimiento del consumo que alienta una producción de proteínas animales a gran escala, lo que impulsa la expansión de una industria alimentaria posiblemente mal organizada. Pero este mismo tipo de problemas son algo que se repite de forma periódica en el

conjunto de la economía capitalista: la realización de actividades lucrativas de las que se ignoran sus efectos colaterales y que acaban generando un desastre humano. Por citar ejemplos recientes, podemos situar el caso de las vacas locas, la crisis sanitaria de los opiáceos o la herencia dejada por el uso masivo del amianto en la construcción. El nuevo virus simplemente ha tenido un impacto mayor sobre todo porque su impacto temporal es más inmediato.

En segundo lugar están los mecanismos de transmisión. Tanto de la expansión del problema como de la traducción de los problemas materiales en dinámicas económicas. Y en este caso, resulta patente que la organización capitalista de la economía mundial ha jugado un papel esencial. Una economía globalizada es una economía con intensos flujos de todo tipo que han ayudado a convertir una epidemia local en una pandemia mundial. Una economía de alta especialización espacial que tiende al colapso cuando la cadena productiva se bloquea en un punto (recordemos que, cuando la enfermedad estaba circunscrita a China, algunas actividades se estaban frenando por falta de suministros), donde las respuestas rápidas son complicadas a escala local (la crisis de suministros clínicos es en gran parte producto de la enorme concentración productiva y de las dinámicas especulativas dominantes en la vida mercantil) y donde el sistema financiero y las respuestas de las empresas individuales amplifican el impacto negativo de estos bloqueos. Hay que contar además el debilitamiento de los servicios públicos generado por cuatro décadas de políticas neoliberales al servicio de los monopolios privados que han debilitado la capacidad de respuesta ante una situación de las dimensiones actuales.

Y, en tercer lugar, está el impacto social que tiene esta situación sobre los distintos grupos sociales. **Lo ha explicado Joan Benach**, y los datos que vamos conociendo lo reafirman. La epidemia tiene efectos más devastadores en los barrios obreros (al menos en Catalunya, donde tenemos datos detallados por áreas de salud), las personas más afectadas por el parón laboral son las que tienen menos estatus laboral (especialmente trabajadores precarios y personas que trabajan en actividades informales), hay una sobreexposición a la enfermedad en empleos manuales básicos y que tienen menor protección que el personal sanitario (empleadas domésticas, personal de supermercados, de limpieza, de transporte, de la agricultura y la industria alimentaria...), el encierro y el aislamiento cobran una dimensión diferente en hogares amplios y bien acondicionados o en las minúsculas viviendas donde sobrevive la gente pobre, el impacto del parón educativo afectará de forma desigual según la posición social de las familias, las personas extranjeras sin papeles tienen aún menos derechos....

Es evidente que esta es, también, una crisis capitalista. Pero la relación entre capitalismo y coronavirus no es obvia. Un análisis adecuado de la interrelación

entre la estructura económico-social y la aparición de un nuevo virus ayuda tanto a entender la naturaleza del problema como a elaborar un discurso entendible por gran parte de la población. La brocha gorda a menudo es la peor forma de representar una situación.

Una crisis a la vez predecible y con grandes incertidumbres

Lo evidente es que la orden de encierro decretada por diferentes Gobiernos genera un colapso económico de colosal envergadura. Y, correlativamente, un aumento del desempleo de un nivel desorbitado. Y hay un segundo efecto que ya empieza a ser visible: el aumento del gasto y la deuda pública. En este sentido, la única respuesta posible para evitar un colapso social (que además pondría en aprietos la política de aislamiento) es parecido al experimentado en una situación de guerra. Ya en la crisis de 2008 se habló en un primer momento de desarrollar políticas de gasto keynesiano para animar la demanda. Y, en cierta medida, se aplicaron tímidamente en la primera fase entre 2008 y 2010 (con un éxito relativo). Ahora, esta determinación va a ser mayor por el tipo de desafío al que se enfrentan los gobiernos. No pueden cerrar empresas, confinar a la gente y poner la sanidad a funcionar a pleno rendimiento sin dedicar recursos para ayudar a la gente y evitar que las respuestas individuales rompan la disciplina que se quiere aplicar.

Hay, sin embargo, una diferencia con las situaciones bélicas: en estas se tiende al pleno empleo y a la movilización máxima de recursos (la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, conllevó la movilización de millones de mujeres desde el hogar a la producción mercantil). Aquí, en cambio, de lo que se trata es de dejar inactiva una parte importante de la capacidad productiva mientras a otra se le exige pleno rendimiento. Tenemos la contradicción de mucha gente en casa y servicios que se quejan de la falta de personal. A corto plazo, se trata de un dilema de difícil solución, por cuanto el tipo de empleos necesarios no se corresponden con las necesidades del momento. Pero quizás con una política más intervencionista y mejor diseñada algunas cosas podrían mejorar. Pienso en la incongruencia de clínicas privadas que anuncian EREs y la falta de personal sanitario en los grandes hospitales. Es cierto que mucha de la medicina privada (dedicada a pequeñas intervenciones, cirugía estética, etc.) es inútil para el tratamiento del coronavirus, pero con una intervención general de todo el sistema sanitario sus instalaciones pueden atender a enfermos de baja incidencia y su personal actuar de apoyo.

Tenemos dos certezas —crisis profunda, endeudamiento público— y bastantes incertidumbres. La más obvia es cuánto durará la situación de alarma y en qué plazos se recuperarán muchas actividades. El tiempo es siempre un factor crucial para determinar la trayectoria de los procesos y, en este caso, hasta las personas sin formación económica lo entienden. La duración no sólo

implica el volumen de estancamiento de la actividad; en algunas actividades puede tener un efecto crucial en determinar la magnitud del problema. Hay actividades que pueden ser reiniciadas a partir de que se decreta el levantamiento del confinamiento. Esto puede generar lo que los economistas llaman una evolución en forma de V: la actividad cae en picado y se recupera automáticamente. Pero en otras actividades, sobre todo en las que la estacionalidad juega un papel crucial, el proceso de recuperación es mucho más complejo. Esto es particularmente relevante para la economía española, tan dependiente de la actividad turística. El momento en que se decida la vuelta a la normalidad puede determinar la pérdida o no de la actividad veraniega: si esta última se pierde, el impacto de la crisis va a ser muy superior. Y hay que observar que esta cuestión no depende sólo del calendario, depende también de cómo la economía de la gente haya quedado dañada y de cómo decida o no posponer vacaciones, de si la experiencia traumática afecta a los hábitos turísticos, etc. Además, hay que ver en qué condiciones están las empresas que ahora han cerrado. No sólo en términos financieros, sino también en cuanto a expectativas y toma de decisiones. Puestos a hacer pronósticos, creo que estamos ante la probabilidad de una crisis de extrema profundidad, más que ante un malestar pasajero. Pero en tiempo de elevadas incertidumbres, el margen de error es elevado.

La otra gran incertidumbre es qué ocurrirá con la deuda. Y aquí se abren diversas cuestiones. Una es la de saber si se va a permitir a los países endeudados con esta crisis que la puedan mantener por un cierto periodo o se les obligue (por las instituciones globales tipo FMI o la Unión Europea) a un recorte drástico de la misma. Otro es ver por qué fórmula de financiación de la deuda se opta, algo que va a jugar un papel crucial a la hora de determinar cómo va afectar el ajuste. Y un tercer elemento es saber qué influencia tendrá este nuevo aumento de la deuda global en el funcionamiento de los mercados financieros, los cuales tienden a menudo a transmitir y amplificar los problemas económicos. Ninguna de estas cuestiones tiene un fácil pronóstico, pues depende de una verdadera lucha política que se juega en diferentes espacios: el de las políticas nacionales, el del ámbito académico y los “think tanks”, el de las instituciones globales... Esta última semana ya hemos tenido un adelanto en la Unión Europea. Si los *austericidas* imponen una vez más sus puntos de vista, ya sabemos lo que podemos esperar. Que las cosas vayan a funcionar en otra dirección requiere generar un movimiento transnacional que posibilite otras salidas.

Ideas para el día después

Evitar que la pandemia sanitaria se convierta en una nueva crisis social no va a ser tarea fácil. Aunque participo de los que afirman el carácter letal del capitalismo, sinceramente me parece que quedarse en esta denuncia no va a

ayudar a cambiar las cosas. Hay demasiada retórica vacía que nos conforta pero que no conduce a la acción. Hay necesidad de precisar más propuestas que ayuden a generar cambios y nos permitan ir a una confrontación real con el establishment neoliberal.

Algunas de las cosas que se están haciendo ya van en esta dirección, como la exigencia de garantizar la subsistencia a todo el mundo, especialmente a la fracción de población que no puede entrar en el marco rígido del actual modelo de regulación laboral y de bienestar. Como coincido con esta demanda, prefiero llamar la atención sobre tres cuestiones centrales: la deuda pública, el papel del sector público y el mercado, y la propia estructura productiva.

Ya he explicado anteriormente que vamos a tener mucha deuda pública, y que la forma en cómo se financie va a tener un papel crucial en determinar qué tipo de sociedad sale de este proceso. Cualquier intento de ajuste drástico al estilo tradicional o la obligación de fijar una elevada cuota de devolución de la deuda a los presupuestos públicos supondría un elevado coste social y una nueva transferencia de renta a las élites rentistas. Como explica Thomas Piketty en "Capital e ideología", la única forma de escapar a ese proceso es con un recorte radical del derecho del capital. Explica que, tras la Segunda Guerra Mundial, esto se hizo en muchos países combinando nacionalizaciones y elevados impuestos al capital. Un jubileo de la deuda que castigara a los grandes financieros, como ya se sugirió en 2008 por economistas como Steve Keen, es otra posibilidad. Ninguna de estas es una propuesta sencilla de implementar, se enfrenta de lleno al enorme poder de los ricos y a las instituciones financieras (que estas políticas obligarían a redefinir en profundidad). Pero, posiblemente, sea la única forma de evitar una crisis social sin precedentes y, por tanto, no puede renunciarse de antemano a plantear la cuestión.

El segundo campo es el del papel de lo público. En estos días de crisis sanitaria se ha hecho evidente que cuestiones cruciales como la salud no pueden dejarse al albur de las empresas capitalistas. Hay una nueva oportunidad para defender la extensión de los servicios públicos y la planificación en áreas importantes. El "mercado", a su vez, se muestra incompetente para hacer frente a demandas imprevistas como ocurre con el material sanitario, donde las mejores respuestas se están produciendo por la cooperación de diversas instituciones y empresas, en lugar que por un mecanismo competitivo. Pero también hay que ser conscientes de que otras áreas organizadas bajo estructuras empresariales privadas están funcionando razonablemente bien; pienso en el suministro alimentario (otra cosa son las implicaciones ecológicas de muchas actividades del sector), en gran medida porque el sistema alimentario, lejos de ser ese mercado competitivo de libro

de texto, está a su vez regulado por normas públicas, organismos semipúblicos y empresas que “organizan” líneas de producción. Cambiar la sociedad exige que lo nuevo funcione. Y, precisamente, lo que planteo es que de esta experiencia podemos sacar buenos aprendizajes para saber cómo gestionar una sociedad post-capitalista. Podemos también aprender qué tipo de regulaciones funcionan para evitar los abusos habituales en los mercados normales.

Y el tercer aspecto es el de la propia estructura productiva generada por la empresa neoliberal. Una estructura productiva que conduce a los territorios a una especialización extrema, que ahorra en existencias que resultan estratégicas en casos de crisis, que refuerza el impacto de una crisis en un territorio, que impacta brutalmente sobre el entorno natural, que genera una estructura del empleo que genera marginalidad. Si ahora un virus no especialmente maligno, pero con una enorme velocidad de reproducción, ha sido capaz de ponerlo todo patas arriba, podemos prever qué pueda ocurrir con una crisis ecológica más general. Ahora, además, el encierro ha servido de mecanismo de contención, pero esto no siempre va a ocurrir. En la crisis de 2008 ya aprendimos lo que significaba vivir en un país con una actividad constructora hipertrofiada; ahora vamos a experimentar el impacto de la especialización turística (y ya lo estamos haciendo con la ausencia de una industria de producción de bienes sanitarios). Por cuestiones ecológicas y sociales es urgente replantear las lógicas de la organización productiva y las pautas de especialización. Nos vienen tiempos duros.

30/3/2020

Pandemia, geopolítica y colapso. Apuntes de urgencia

Miguel Muñiz

Escrito desde el recuerdo a Chato Galante

Vivimos una realidad impensable hace un mes. La pandemia y el despliegue asociado a ella (confinamiento incluido) nos han cogido por sorpresa.

La respuesta inicial ha sido aprovechar el confinamiento para reflexionar **[1]**. Pero pasadas ya casi tres semanas es necesario arriesgarse desde la filosofía de "La doctrina del shock" y, contando con las recientes declaraciones de su autora sobre la pandemia **[2]**, denunciar maniobras para sacar beneficios económicos, sociales y políticos de esta *crisis*. Basta seguir las informaciones que llegan desde la UE, o los posicionamientos de los diversos partidos nacionalistas en España (nacionalismo español incluido) para comprobar que, tras el discurso del *entre todos*, y el aplauso tan necesario como inútil de cada tarde, los poderes, por mínimos que sean, hacen cálculos para aprovechar el coronavirus y consolidar su situación en el *después de*.

Información, desinformación e intoxicación informativa son *campos de batalla* sobre *percepciones* de los conflictos, y las *percepciones* son el factor que más cuenta en sociedades con mayoría de clases acomodadas, lo que plantea una exigencia de investigación.

La información sobre el virus, impactos en la salud y en los ecosistemas **[3]**, origen, franjas de edad de sus víctimas, dispersión territorial, vacunas, perspectivas futuras, etc., obliga a investigar con urgencia. En este mismo boletín se reproduce un riguroso análisis del periodista Daniel Bernabé que denuncia la intoxicación informativa sobre la dispersión mundial de la pandemia y las finalidades que cumple **[4]**.

Estos apuntes, también de urgencia, intentan extraer consecuencias de informaciones y reflexiones realizadas hasta el momento. Se centran en: 1) lo que la pandemia está mostrando desde la reflexión sobre el colapso ecológico y social y, 2) lo que aporta al contraste entre globalización y geopolítica.

1) Pandemia y reflexión sobre el colapso

Centrándonos en España, y diferenciando entre impacto real y *percepción*, hay que señalar que, respecto al primero, las informaciones apuntan a una mayoría de víctimas entre las clases subalternas **[5]**. Habrá que esperar balances completos, para lo que aún faltan meses, que confirmen o desmientan este primer apunte. También se han dado casos de insolidaridad, que será necesario seguir para ver hacia dónde evolucionan.

En cuanto a *percepción*, el discurso se basa en la idea de una *crisis que superaremos para recuperar la normalidad*, combinada con un confuso *esto nos cambiará a todas y todos*. Centrémonos en la diferencia entre esa *normalidad* en relación a la mayoría que no se implica en conflictos sociales, o en relación a la numerosa minoría que sí que se implica. Para el primer grupo, el mensaje continuo de los *medios* es *normalidad* como sinónimo de *vuelta a lo de siempre*, la cual, combinada con *esto nos cambiará*, abre camino a todo tipo de especulaciones. La numerosa minoría para quienes *normalidad* significa *volver a reivindicar*, interpreta en cambio el coronavirus como una variable más en torno a la problemática con la que se identifica; con la excepción de un sector de esa misma minoría consciente del colapso, que abre dos vías de análisis.

Desde postulados ecosocialistas, la pandemia se interpreta como urgencia para afrontar *cambios humanos* antes de que todo vaya a *peor*. Esta urgencia, sin embargo, sólo se expresa en textos genéricos, sin destinatarios definidos y sin propuestas concretas de intervención social, combinando denuncia y medidas paliativas **[6]**.

Desde postulados *colapsistas*, la pandemia se considera un factor más de aceleración de conflictos ya existentes **[7]**. Se teoriza sobre la *gestión* de la pandemia (especialmente el confinamiento) como experimento a gran escala y de largo alcance de ingeniería social **[8]** desarrollado desde el poder. Sin un trabajo de investigación concienzudo, esa hipótesis puede derivar hacia el subgénero de las teorías conspirativas.

Y también se da la hipótesis colapsista fetén: el coronavirus como *crisis definitiva del capitalismo* **[9]**; la que se ha repetido en cada ocasión en que se ha producido una *crisis*.

En general, y para *las izquierdas*, la pandemia agrava sus carencias, muestra la banalidad y falta de estructura de su discurso político **[10]**. Un discurso a la defensiva que se desarrolla en clave de *re* (recuperar, reinventar, repensar, reelaborar, reconstruir, revertir, etc.). A medida que se recrudecen conflictos sociales y ecológicos, las *políticas de la diversidad* y el *activismo virtual* se refuerzan como vías de escape de una realidad cada vez más dura.

2) La pandemia y el contraste entre globalización y geopolítica

La evidencia de un mundo multipolar ha puesto en cuestión el discurso de la globalización como marco de referencia crítico. La pandemia ha dado un nuevo impulso a este cuestionamiento **[11]**.

Hace casi dos décadas que China es un referente mundial. Pero las interpretaciones que se han dado a este hecho desde la globalización, comenzando por la idea de *fábrica del mundo*, siempre han pasado por simplificar una sociedad de enorme complejidad y contradicciones internas **[12]**. El coronavirus ha creado nuevas simplificaciones, ahora bajo la forma de tópicos contrastes entre *Oriente y Occidente* **[13]**, tópicos que serían rechazados si se aplicasen a aspectos de *Occidente*. Byung-Chul Han, profesor de filosofía de origen coreano que trabaja en Alemania ha analizado con detalle varios de esos tópicos **[14]**. La globalización como clave interpretativa falla, es la geopolítica la que permite entender el papel desarrollado por China en la *crisis* del coronavirus.

La pandemia también refuerza el peso geopolítico de Rusia y China como áreas con dinámicas propias. Y ha remarcado, una vez más, el papel de la aparentemente insignificante Cuba **[15]**, algo vergonzosamente silenciado en la mayoría de *medios*. El recurso a pedir ayuda a los gobiernos de Rusia, China, o Cuba desde otros países, incluidos algunos europeos, frente al egoísmo irracional del gobierno de EE.UU casi no aparece en los *medios*, se trata entre el silencio calculado y la manipulación sutil.

Hasta ahora la pandemia ha evidenciado cosas inquietantes y ha reforzado otras que ya se sabían o intuían. La lógica elemental apunta al crecimiento como causa de fondo **[16]**, pero el crecimiento no se puede poner en cuestión, por lo que las alternativas globales dejan de tener sentido.

Resumiendo:

- La pandemia ha demostrado que el factor desencadenante de una crisis global, que puede derivar en colapso, no tiene por qué provenir de las tres variables más tratadas en los análisis y pronósticos: cambio climático, *crack* petrolero y sistema financiero no han causado la situación actual, aunque los tres resultarán afectados.
- Existe un amplio catálogo de catástrofes en potencia, desequilibrios e impactos ambientales **[17]**, cualquiera de los cuales puede desencadenar una reacción en cascada. No se trata de un “cisne negro”, de un *factor imprevisible*, sino de un factor perfectamente previsible resultante de la lógica destructiva del neoliberalismo que se activa en un momento imprevisible.

- Más allá de personas muertas o enfermas, los efectos sociales de la pandemia están por llegar. Cuando acabe oficialmente el estado de alarma y se afronten las consecuencias de la paralización económica, las desigualdades se acentuarán, y la conflictividad social aumentará.

- También son de temer las consecuencias del *efecto rebote* que se producirá al final de ese *parón* económico que se ha publicitado como beneficioso para el medio ambiente en términos de reducción de tráfico, aire limpio y fotos nítidas tomadas desde el espacio.

- La hegemonía, en el sentido gramsciano de proporciones variables de persuasión más coacción, resulta clave para la gestión de la pandemia. Pensemos en qué valores fundamentan la hegemonía en China, Corea, Rusia, Japón, Cuba, etc., y cuáles son operativos en los países de la UE. La respuesta al colapso actual y a otros futuros está ahí. La hegemonía no se construye en un mes, ni se cambia con manifiestos o declaraciones genéricas.

Notas:

[1] Antonio Turiel. 21/03/2020. *Hoja de ruta (I): El Cisne Negro*, <http://crashoil.blogspot.com/2020/03/hoja-de-ruta-i-el-cisne-negro.html> y 28/03/2020. *Hoja de ruta (II): Poniéndose en marcha*. <http://crashoil.blogspot.com/2020/03/hoja-de-ruta-ii-poniendose-en-marcha.html>.

[2] 18/03/2020. *Entrevista a Naomi Klein. El coronavirus y la doctrina del shock*. Marie Solis

<https://rebellion.org/el-coronavirus-y-la-doctrina-del-shock/>

[3] Ver *La Marea climática*. <https://www.climatica.lamarea.com/>

[4] *La propagación del coronavirus por Europa contra la narrativa centroeuropea derechista*. Daniel Bernabé.

<https://blogs.publico.es/otrasmiradas/30966/la-propagacion-del-coronavirus-por-europa-contr-la-narrativa-centroeuropea-derechista/>

[5] ver https://www.metropoliabierta.com/el-pulso-de-la-ciudad/sanidad/barrios-barcelona-contagiados-coronavirus_25750_102.html

[6] Dos ejemplos a nivel local, entre muchos, de esta línea son: 16/03/2020. *Por un abordaje humano de la crisis del coronavirus*. Solo protegiendo a las personas es posible enfrentarse a la crisis de energía y materiales y a la emergencia climática. Si salimos de esto en condiciones de más pobreza y miedo, se abren las puertas a la llegada de las ultraderechas. Carlos Sánchez Mato / Yayo Herrero. <https://ctxt.es/es/20200302/Firmas/31386/crisis-coronavirus-pobreza-emergencia-climatica-ult-raderecha-Yayo-Herrero-Carlos-Sanchez-Mato.htm> , y *19 propuestas ambientales y sociales*

para dar respuesta a la crisis del coronavirus.
<https://www.ecologistasenaccion.org/139068/plan-de-cuidados-covid-19/>

[7] 18/03/2020. *Cuatro razones por las que nuestra civilización no se irá apagando: colapsará.*

Craig Collins.
<https://rebellion.org/cuatro-razones-por-las-que-nuestra-civilizacion-no-se-ira-apagando-colapsara/>

[8] 17/03/2020. *En casa y sin tocar a los otros. Coronavirus o reingeniería social a escala planetaria.*

Luis Bonilla-Molina.
<https://rebellion.org/coronavirus-o-reingenieria-social-a-escala-planetaria/>

[9] Un ejemplo. 19/03/2020. *Coronavirus: ¿fin del mundo o fin del capitalismo?* Dante Augusto Palma.
<https://disidentia.com/coronavirus-fin-del-mundo-o-fin-del-capitalismo/>

[10] 03/03/2020. *La izquierda y su nueva comunicación política.* Pascual Serrano.

https://www.eldiario.es/zonacritica/izquierda-nueva-comunicacion-politica_6_1000609953.html

[11] 16/03/2020. *China: Elogio de las fronteras.* Manolo Monereo.

<https://www.cuartopoder.es/ideas/2020/03/16/china-elogio-fronteras-monereo/>

[12] *La actualidad de China. Un mundo en crisis, una sociedad en gestación.* Rafael Poch de Feliu. Editorial Crítica. 2009.

[13] 27/03/2020. *El sentido de supervivencia en las megaciudades. Un paso más hacia el fin de las divisiones simplistas entre Oriente y Occidente.* Marta Soler Alemany. Observatorio de la Política China.

<https://rebellion.org/un-paso-mas-hacia-el-fin-de-las-divisiones-simplistas-entre-oriente-y-occidente/>

[14] 21/03/2020. *La emergencia viral y el mundo de mañana.* Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano que piensa desde Berlín. Los países asiáticos están gestionando mejor esta crisis que Occidente. Mientras allí se trabaja con datos y mascarillas, aquí se levantan fronteras.

<https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>

[15] 21/03/2020. *Cuba en tiempos de coronavirus.* En China, los enfermos de coronavirus están siendo tratados por el antiviral cubano Interferón. El crucero británico MS Braemar, con cinco casos de coronavirus, pudo atracar en Cuba Internacional. Pascual Serrano.

<https://www.cuartopoder.es/internacional/2020/03/21/cuba-tiempos-coronavirus-pascual-serrano/>

[16] 19/03/2020. *Para contener la pandemia hay que matar la economía. Estados Unidos en el ojo del huracán.* Rafael Poch de Feliu.

<https://rebellion.org/estados-unidos-en-el-ojo-del-huracan/>

[17] Inventario casi exhaustivo en el capítulo 2 del libro *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal*, de Héctor Tejero y Emilio Santiago Muiño. Ed. Capitán Swing. 2019.

[Miguel Muñiz Gutiérrez mantiene la página web <http://www.sirenovablesnuclearno.org/>]

30/3/2020

Vigilancia digital: antes y después del COVID-19

Antonio Madrid Pérez

La crisis en la que estamos inmersos intensifica el debate acerca de qué usos hacer de los instrumentos de vigilancia digital por parte de aquellos Estados que tienen capacidad técnica para hacerla. La vigilancia digital permite geolocalizar a personas que han dado positivo por coronavirus y hacer un seguimiento de sus movimientos, permite también aplicar programas de identificación facial para complementar la geolocalización, permitiría tener acceso a la lista de contactos de las personas infectadas y conocer con quiénes interactuaron durante las últimas semanas, permite que personas informen sobre el comportamiento de otras personas o permite hacer seguimiento de las personas afectadas a partir de la información que comparten en una app sobre seguimiento de los síntomas del coronavirus.

Por una parte, la vigilancia digital puede ser un instrumento muy eficaz de control sobre la población. Sin embargo, esta misma eficacia presenta aspectos preocupantes en relación con los derechos y libertades de las personas. Por otra parte, la vigilancia digital puede ser muy eficaz si se pone al servicio de la población. Por esta dualidad de usos existe un enorme debate sobre el diseño y aplicación de las tecnologías de vigilancia digital.

China se confirma como el ejemplo más contundente de vigilancia digital del Estado sobre su población. Esta vigilancia ha sido utilizada para constreñir a la población en el cumplimiento de las normas de confinamiento. En el caso chino, el uso intensivo de la vigilancia digital ha sido posible porque el país ya se había dotado de un complejo sistema que combina tres elementos: una extensa red de cámaras instaladas en espacios públicos, la generación y explotación de enormes bases de datos, y sistemas algorítmicos que permiten acceder rápidamente a la información disponible. Además de estos recursos técnicos, la legislación china ya imponía un alto grado de control estatal sobre la población.

Situaciones excepcionales como la del COVID-19 hacen que se vuelva más urgente la pregunta acerca de qué tecnologías utilizar para combatir la propagación de la enfermedad. Por el momento, los datos disponibles indican que países como China han sido bastante más eficaces que España, Italia o Estados Unidos en frenar la expansión de la epidemia. Cuando se explican los factores que han podido contribuir a esta desigual afectación, se suele indicar, no sin reservas, el uso de la vigilancia digital como instrumento eficaz de

evaluación y control de la población infectada.

En marzo de 2020, el gobierno de Israel decidió, sin pasar por el Parlamento, aplicar medidas antiterroristas a las personas que habían quedado infectadas. Se aprobó el rastreo de sus móviles con la intención de conocer qué contactos habían tenido 15 días antes y conocer también si estaban cumpliendo la orden de confinamiento **[1]**.

Es muy probable que una de las consecuencias de esta crisis sea la apuesta por el incremento de la vigilancia estatal como estrategia de actuación de los Estados. Esta estrategia ya había sido impulsada en algunos Estados como instrumento de prevención de delitos o de aseguramiento de determinadas zonas. En Gran Bretaña, por ejemplo, la policía utiliza desde hace tiempo sistemas de reconocimiento facial **[2]**.

En septiembre de 2019, un tribunal de Cardiff validó el uso gubernamental de tecnologías de reconocimiento facial (Caso Edward Bridges contra CCSWP and SSHD **[3]**). El problema central que abordó la sentencia fue discernir si la policía de Gales del Sur respetaba o violaba la legalidad vigente en el uso que hacía y hace la tecnología de reconocimiento facial. La discusión se centraba en la protección de la privacidad y de los datos personales a partir del uso de esta tecnología. El tribunal británico consideró que la forma en que la policía utilizaba el reconocimiento facial no vulneraba el artículo 8 del Convenio europeo de Derechos Humanos que recoge el derecho a la vida privada de las personas.

A diferencia de Cardiff, San Francisco ha seguido un camino distinto. En mayo de 2019, esta ciudad aprobó limitaciones en la adquisición y el uso de la tecnología de reconocimiento facial. La razón por la que tomó esta decisión fue la alerta provocada por los errores en la identificación de personas, especialmente mujeres y personas con piel oscura u otros colectivos que podían ser discriminados por su origen, religión u otra característica. Esta prevención en el uso de esta tecnología de vigilancia digital se adopta en una zona que concentra buena parte de las principales compañías mundiales dedicadas a la innovación y el desarrollo tecnológico: Silicon Valley.

Ante una situación de pandemia, toda la población puede ser sospechosa de ser portadora del virus, ya sea hoy o mañana. Nadie puede asegurar: yo no lo padeceré ni lo transmitiré. Albert Camus, en *La peste* (1947), habló de lo que puede ocurrir en una pandemia. Las personas pueden mostrarse solidarias y cuidar a sus semejantes. También pueden exacerbar la violencia ya sea por odio o por miedo, o por las dos cosas. Las respuestas ante la pandemia pueden ser diferentes. La vigilancia digital se muestra como un instrumento posible que de utilizarse ha de estar sometido a información y control público,

a control legal y su uso ha de ser transparente. En momentos excepcionales en que todos somos sospechosos, a unos se les puede hacer más sospechosos que a otros. Cuando finalice la crisis sanitaria y la excepción, hay que tener cuidado en no substituir la sospecha vírica por otras sospechas a las que vigilar digitalmente.

Notas:

[1]

<https://www.theguardian.com/world/2020/mar/17/israel-to-track-mobile-phones-of-suspected-coronavirus-cases>

[2]

<https://www.lawsociety.org.uk/support-services/research-trends/algorithm-use-in-the-criminal-justice-system-report/>

[3]

Sentencia disponible en
<https://www.judiciary.uk/wp-content/uploads/2019/09/bridges-swp-judgment-Final03-09-19-1.pdf>

30/3/2020

La escalada de leyes antigarantistas en Latinoamérica

Reflexiones a partir de la Ley de Protección Policial del Perú

Bruno Vendramin

De la violencia, de la verdadera violencia, no se puede escapar, al menos no nosotros, los nacidos en Latinoamérica [1].

Roberto Bolaño

En el marco de la crisis desatada por la aparición del COVID-19, muchos Estados latinoamericanos han acudido a técnicas propias de los estados de excepción para detener la pandemia. Argentina dictó la cuarentena obligatoria; Chile decretó el estado de catástrofe; Brasil el estado de calamidad; Ecuador, Colombia, Bolivia y Perú instauraron el estado de emergencia. Si bien estos mecanismos están previstos en las Constituciones, algunos Estados están activando maniobras de dudosa constitucionalidad que socavan la división de poderes, la sujeción del poder estatal a los estándares jurídicos regionales, la responsabilidad de los funcionarios públicos y, sobre todo, que afectan gravemente a las garantías constitucionales de los ciudadanos. Este es el caso de la Ley N° 31.012 de Protección Policial promulgada en Perú el 27 de marzo de 2020.

Esta Ley tiene por objeto, según invoca el artículo 1, otorgar protección al personal de la Policía que cause lesiones o muertes en el uso de armas o medios de defensa, brindándole el servicio de asesoría y defensa legal gratuita en el caso de afrontar una investigación fiscal o un proceso penal. Consecutivamente, el artículo 2 dispone una presunción a favor de las Fuerzas de Seguridad, toda vez que apunta que “el principio de razonabilidad de medios será interpretado a favor del personal policial interviniente.”

Los puntos ciegos de la normativa se enuncian en los artículos 4 y 5 y en una disposición complementaria. El primero dispone que “se impondrán las restricciones previstas en el artículo 288 [del Código Procesal Penal] a la Policía Nacional del Perú que, en cumplimiento de su función constitucional, haga uso de sus armas o medios de defensa en forma reglamentaria y cause lesión o muerte, *quedando prohibido dictar mandato de Detención Preliminar Judicial y Prisión Preventiva*”. Las restricciones previstas del artículo 288 a las que hace referencia la norma son las siguientes: la obligación de someterse al

cuidado de una persona o institución determinada; la obligación de no ausentarse de la localidad en que reside, de no concurrir a determinados lugares y de presentarse a la autoridad en los días que se le fijen; la prohibición de comunicarse con personas determinadas; la prestación de una caución económica y la vigilancia electrónica personal. En resumen, el objetivo del artículo 4 es evidente: en el marco de las investigaciones penales, se exceptúa a las Fuerzas de Seguridad de la detención preliminar y la prisión preventiva.

Más grave todavía, el artículo 5 prescribe que “está exento de responsabilidad penal” el personal de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional “que, en el cumplimiento de su función constitucional y en uso de sus armas u otro medio de defensa, en forma reglamentaria, cause lesiones o muerte.”

Por fin, la “Disposición complementaria derogatoria” anula el principio de proporcionalidad en el uso de la fuerza pública: “Derógase el literal c) del numeral 4.1 del artículo 4º del Decreto Legislativo Nº 1186, Decreto Legislativo que regula el uso de la fuerza por parte de la Policía Nacional del Perú, o déjense en suspenso, según el caso, las disposiciones legales y reglamentarias que se opongan a lo establecido por la presente ley o limiten su aplicación, con la entrada en vigencia de la presente ley.” Justamente, el literal referido es el que recepta el estándar de la proporcionalidad en el uso de la fuerza policial. **[2]**

De las disposiciones aludidas surgen graves consecuencias para el orden jurídico peruano. En primer lugar, según el Libro I del Código Penal de 1991, el sistema penal está basado en un modelo de garantías. A la vez, este modelo está orientado por el principio de igualdad –artículo. 2.2. de la Constitución Política de 1993– y el principio de culpabilidad individual, por lo que realizar distinciones entre ciudadanos y personal de Fuerzas de Seguridad en el marco de medidas cautelares (recordemos, las del artículo 4: detención preliminar judicial y prisión preventiva) significa ir frontalmente contra dicho modelo. El personal de las Fuerzas de Seguridad es igualmente responsable y autónomo que los ciudadanos, por tanto si incumple sus deberes cometiendo un delito –ocasionar lesiones u homicidios–, no pueden dejar de estar afectado por las normas procesales comunes.

En segundo lugar, el contenido del artículo 4 afecta gravemente la independencia judicial. En efecto, impone a los jueces que se abstengan de ordenar la detención preliminar o la prisión preventiva, sin importar su apreciación acerca de los hechos dirimidos en un proceso penal. Piénsese en el caso de un miembro de la Policía que presente un serio peligro de fuga u obstruya la investigación, causales procesales para dictar la prisión preventiva. En estos supuestos se debe ordenar su detención, pero el artículo

no lo permite. Así, se socava la independencia del juez porque se direcciona anticipadamente el actuar procesal. Ello transgrede el artículo 146.1 de la Constitución que contiene la garantía de la independencia judicial.

En tercer lugar, respecto del artículo 5, cuando en el futuro la crisis del coronavirus haya mermado o desaparecido no se podrá investigar, procesar ni juzgar las acciones cometidas por las Fuerzas de Seguridad que hayan causado lesiones u homicidios. Por ejemplo, si un agente policial mata a un ciudadano en la vía pública quedaría absuelto de responsabilidad penal. Esta acción es propiamente extra-jurídica, pues escapa a toda determinación de derecho en cuanto a la responsabilidad, esclarecimiento y juzgamiento de la causa, el objeto y los sujetos involucrados.

Otro de los posibles efectos nocivos es que, una vez terminada la emergencia de la pandemia, la Ley N° 31.012 posiblemente persista en el ordenamiento jurídico peruano. Si esto es así, lo que nació en un contexto excepcional deviene la regla. Se trata de un caso ilustrativo de la dinámica activada en tiempos de excepción: se sancionan leyes con carácter de urgencia pero terminan integrando el derecho de la normalidad democrática-constitucional. Por este motivo, no es irrazonable suponer que en el futuro el Estado peruano exima de responsabilidad penal a las Fuerzas de Seguridad en el caso de que reprima –sin ajustarse al principio de proporcionalidad en el uso de la fuerza– protestas ciudadanas, luchas trabajadoras o reclamos de movimientos sociales. Las herramientas jurídicas están a disposición: queda a criterio discrecional de las instancias gubernamentales utilizarlas.

En este sentido, la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) expresó su “seria preocupación” **[3]** por la normativa, pues de conformidad con los estándares interamericanos las leyes nacionales de los Estados no deben contemplar excluyentes de responsabilidad que impidan sancionar a responsables de violaciones de derechos humanos, en particular cuando los perpetradores son agentes del Estado. Además, le recordó al Estado peruano que el uso de la fuerza es excepcional y que debe estar sujeta a los principios de legalidad, absoluta necesidad y proporcionalidad, requisitos que la Ley N° 31.012 echa por tierra. Asimismo, la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (CNDDHH) peruana calificó a la norma de inconstitucional, debido a que deroga el principio de proporcionalidad en el uso de la fuerza pública ya analizado.

Hasta ahí el plano jurídico. En cuanto al sociopolítico, difícilmente una normativa como la examinada puede fortalecer la democracia peruana. Conviene recordar que, durante el siglo XX, el país ha sufrido innumerables golpes de Estado, violencia estatal y graves abusos a los derechos humanos. Comenzando en 1948 con el golpe del general Manuel Odría y la asfixiante

dictadura impuesta que finalizó en 1956, hasta el golpe de Estado consumado por Juan Velasco Alvarado en 1968, a su vez derrocado en 1975 por otro golpe conocido como el “Tacnazo” bajo la dirección de Francisco Morales Bermúdez. Más acá en el tiempo, es oportuno remarcar el autogolpe ocasionado por Alberto Fujimori en 1992 y la posterior corrupción estructural a que dio lugar el régimen fujimorista. Por otra parte, son conocidos los crímenes, atropellos y abusos cometidos por las Fuerzas de Seguridad contra civiles inocentes en el marco de las operaciones contra Sendero Luminoso entre 1980 y 2000. Finalmente, el Estado peruano vivió el pasado año una crisis sin precedentes en su historia institucional, pues el actual Presidente Vizcarra disolvió el Congreso -dominado por la corrupción fujimorista y la extrema derecha- por la denegación de una cuestión de confianza.

En conclusión: la Ley N° 31.012 de Protección Policial, al tiempo que contradice los estándares interamericanos y constitucionales del Estado peruano, otorga un cheque en blanco a las Fuerzas de Seguridad para reprimir a los ciudadanos. Si esto sucede, los responsables quedarán impunes. Todo un aviso de la escalada represiva que puede estar por venir en la región.

Notas:

[1] Roberto Bolaño, *Putas asesinas*, Alfaguara, Santiago de Chile, 2017, p. 13.

[2] El literal c) del numeral 4.1 del artículo 4º del Decreto Legislativo 1186, que contiene las pautas generales del uso de la fuerza, refiere que ésta “es proporcional cuando el nivel de fuerza empleado para alcanzar el objetivo legal buscado corresponde a la resistencia ofrecida y al peligro representado por la persona a intervenir o la situación a controlar”.

[3] *La República*, Perú, 30 de marzo de 2020.

30/3/2020

I

De nuevo, volvemos a estar en una situación de emergencia. Y, también de nuevo, se comprueba que la improvisación domina las respuestas. Vivimos en una sociedad que presume de un elevado nivel tecnológico. Con gobernantes que cuentan con cientos de asesores cualificados. Con agencias mundiales que presumen de contar con la gente más preparada del planeta. Pero sociedades de una enorme complejidad, generadora de grandes incertidumbres. Sociedades atravesadas por solapados (o no tanto) conflictos sociales. Dominadas por los intereses de una élite rentista y depredadora. Que funcionan sin grandes sobresaltos siempre que predomine la rutina. Pero cuando son sacudidas por una tensión importante, muestran una capacidad de respuesta mediocre. Lo vimos en 2008, cuando el derrumbe del sistema financiero sumió a los expertos en la perplejidad, y lo hemos vuelto a vivir en 2020, cuando la aparición de un nuevo virus en la provincia china de Hubei ha acabado por provocar un efecto global cuyos efectos finales son asimismo impredecibles.

No hay que exagerar. Realmente, en las sociedades desarrolladas existen muchos medios. Y estos se emplean masivamente cuando hace falta. En 2008, con masivas entradas de capital para salvar al sistema bancario. Ahora, con un enorme esfuerzo sanitario, logístico, y de confinamiento de la población. Lo que no existe es un plan claro de acción ni una previsión seria de que ocurrirá en las siguientes fases de la tormenta. Lo vivimos en 2008. Primero se desregularon los mercados financieros y no se hizo nada para atajar una burbuja inmobiliaria. Cuando todo estalló, se aplicaron medidas de urgencia que salvaron al sistema financiero y endeudaron al sector público. Cuando esto sucedió, se impusieron recortes en gasto público que ahora se muestran letales para hacer frente a la epidemia. Ahora volvemos a estar igual. De hecho, nunca ha habido un plan de acción claro frente a la epidemia. La muestra es que cada país ha adoptado respuestas diferentes, en función de sus recursos, su cultura política local y sus percepciones. La OMS no parece que haya sido capaz de generar directrices claras, por su propia perplejidad o porque, como toda institución global, está ella misma atravesada por conflictos de intereses contrapuestos.

Ahora estamos en una fase en la que aparentemente hay directrices claras, pero da la impresión de que nadie sabe con certeza cuándo y en qué condiciones se va a levantar el confinamiento ni, sobre todo, cómo se van a

manejar los impactos económicos y sociales del mismo. Lo relevante es que, en este caso, el generador de desconcierto es, aparentemente, un problema relativamente menor (da la impresión de que con haber practicado el tipo de política de Corea del Sur y Taiwán, con aplicación intensiva de pruebas y aislando a la población proveniente de la zona donde se originó el problema, se hubiera podido atajar con más celeridad y menos impacto), lo que obliga a preocuparse por los impactos que puede generar un problema de mayores dimensiones. Como la vuelta a una recesión global o cualquier impacto ambiental grave.

Hay muchos factores que contribuyen a este desconcierto, empezando por la novedad con la que surgen los problemas, y continuando por el hecho de que los expertos a menudo saben menos, y tienen visiones parciales de los problemas. Porque cualquier decisión afecta a intereses, y los lobbies tratan de condicionar las decisiones que se toman. Y, habitualmente, los grupos de interés más poderosos son internos a muchos gobiernos (como se ha visto en todo el rifirrafe entre distintos ministerios en el caso español). Porque los problemas complejos tienen siempre incorporado un elevado grado de incertidumbre. Un elemento de no menor importancia en las crisis globales es el papel de los intereses nacionales. Ninguna crisis impacta a todo el mundo por igual ni las respuestas que se adoptan tienen el mismo coste para todos. En un sistema mundial, donde las élites políticas dependen de su electorado nacional, muchos de los posicionamientos están determinados por una visión localista de la cuestión. Y, en un mundo global, donde existe una verdadera jerarquía de poderes, las decisiones de algunos estados acaban teniendo una enorme influencia sobre la evolución de la situación. Como es visible en las respuestas que se adoptan en la Unión Europea.

II

En este contexto de confusión, hay dos tipos fuerzas e instituciones que tienen ventajas para sacar tajada: las organizaciones de orden y los demagogos. De ambos casos tenemos ejemplos palpables estos días. Las organizaciones de "orden" como el Ejército o la policía tienen habitualmente un comportamiento bien definido, organizado a partir de una misión sencilla: imponer el orden a toda costa. Y, en este tipo de situaciones, cuentan con experiencia y medios para intervenir con un mínimo de efectividad. Por ejemplo, la experiencia militar en el montaje de instalaciones provisionales les concede eficacia a la hora de dar respuesta a alguna de las necesidades del momento. Desde un punto de vista pacifista siempre es preferible que exista una organización dedicada a las emergencias igualitarias que a las guerras. Pero el peligro evidente es que esta movilización sea, y ya lo está siendo, utilizada para realzar el papel de instituciones autoritarias y, en general, de dudosa utilidad social. La presencia de altos mandos militares en ruedas de

prensa sobre una epidemia sanitaria produce escalofríos. Se está utilizando no sólo como elemento propagandístico, sino como instrumento para tratar de vestir a una monarquía desnuda. Para tratar de limpiar la imagen de una monarquía, la de Felipe VI, que ha acumulado, en poco tiempo, un ramillete de actuaciones impresentables (el discurso autoritario sobre el conflicto catalán, los tuits en apoyo de amiguetes corruptos, su intento de desentenderse de los desmanes de su padre cuando ha sido cazado in fraganti) y que es incapaz de realizar lo único que podría hacer una realeza moderna: mostrar una real empatía con la gente que sufre.

El peligro es, sobre todo, que el modelo autoritario se convierta en una forma predominante de actuar. En la coyuntura actual, el aislamiento está justificado como cortafuegos del contagio. Pero el confinamiento también genera dificultades a los movimientos y tejidos sociales activos, problemas para una organización civil de los conflictos. Y lo que hoy puede parecer justificado puede convertirse en una amenaza futura para el tratamiento de otro tipo de crisis y conflictos. Que el modelo chino, justificado bajo un manto tecnocrático, se convierta en el recurso predilecto de las élites y que, además de la salud, lo que está en juego es la libertad y la capacidad de acción colectiva.

Los otros grandes beneficiados son los demagogos de toda índole. En esto se están cebando la derecha española y catalana. La que se dedicó con ahínco a privatizar y esquilmar a la sanidad pública, y que ahora discute sin pudor cualquier cosa, pues sabe que en las actuales condiciones es difícil de probar nada (particularmente la distribución de medios sanitarios). Como soy catalán, lo vivo a diario en Catalunya. Los medios públicos locales (TV3 y Catalunya Radio) se han convertido en una verdadera máquina de propaganda que recuerda los peores tiempos de TVE bajo el control del PP. Por poner ejemplos simples: durante días, el presidente Torra y los suyos han estado atacando al Gobierno por no cerrarlo todo. Hoy, cuando escribo estas notas, la crítica es que el cierre decretado ayer genera un daño insoportable a las empresas. Anteayer, un reportaje sobre el estado de las residencias explicaba que el Ayuntamiento de Barcelona, desbordado, había pedido ayuda a la Generalitat. La realidad era la inversa, las residencias de ancianos son responsabilidad autonómica y ha sido el Ayuntamiento quien ha tenido que intervenir incluso para clarificar el mapa de residencias. Los ejemplos abundan. El “procés”, su persistencia, le deben mucho al discurso unilateral de los medios públicos.

No sólo con discursos políticos explícitos, sino construyendo, incluso en los espacios de ocio, un marco interpretativo totalmente peligroso. Lo ejemplifico con una situación en la que estuve involucrado. Hace unos meses, mi barrio vivió un importante conflicto social porque un reducido grupo de vecinos apoyados por la extrema derecha se oponía a la apertura de una mezquita. Al

final la lucha acabó bien, la mezquita funciona, la convivencia es buena y los fascistas ya no están. El éxito del proceso se debió fundamentalmente a la movilización de todo el tejido social del barrio (Asociación de Vecinos, centros culturales, peñas lúdicas, parroquia católica etc.) en favor de la comunidad musulmana (y también a que Ayuntamiento, Mossos d'Escuadra y aparato judicial se alinearon adecuadamente). TV3 hizo un seguimiento del tema, entrevistó a mucha gente involucrada. Y, al final, produjo un programa informativo en el que este tejido activo no aparecía y lo que predominaba, como visión del barrio, era el discurso de los vecinos racistas. Aquel día, las redes sociales independentistas se llenaron de comentarios del tipo “charnegos racistas” o “españolistas racistas”. Todo era un mecanismo cultural para señalar a los barrios obreros donde el independentismo no cala.

Estos días, este tipo de manipulaciones ha alcanzado niveles insoportables. Quizás porque en medio está la pelea Junts per Catalunya - Esquerra Republicana de Catalunya (y TV3 está bajo control de un manipulador compulsivo afín a JxCat, Vicent Sanchís). Quizás porque el actual Gobierno resulta más problemático para tenerlo como enemigo, y necesitan forzar la situación, o quizás porque alguien ha pensado que el encierro es un buen momento para aleccionar a la parroquia. No estoy seguro que lo que yo veo en TV3 otros lo estén llevando a cabo en otros medios. Lo que me llega de algunos presidentes autonómicos del PP suena bastante parecido. Y es que, en tiempos de confusión, las agencias de intoxicación informativa tienen un espacio idóneo para actuar.

III

En esta compleja situación vale la pena analizar el papel de la izquierda (en sus dos espacios, institucional y movimientos sociales). La crisis del Covid-19 ha tenido lugar la primera vez que en España hay una fuerza de izquierdas en el Gobierno y comandando la segunda ciudad del país. En términos generales, en ambos espacios la respuesta ha sido relativamente buena, con las limitaciones que conviene también destacar. Sabemos que una parte del debate interno en el Gobierno tuvo lugar en torno al impacto económico y las medidas de apoyo. La línea económica dominante, la que representa la ministra Nadia Calviño, se ha movido siempre en la línea de la ortodoxia económica y la defensa de los intereses empresariales. Y, posiblemente, sin un contrapeso interno, no se hubieran aprobado una serie de medidas sociales que tratan de contrarrestar el impacto social del frenazo económico. Vale la pena subrayar también que parte de este contrapeso ha sido posible porque la gente de Unidos Podemos ha encontrado aliados en una parte del PSOE que ha tenido un criterio más abierto, y realista, respecto a las medidas a tomar. Quedan, sin embargo, muchos vacíos que cubrir, que no está claro que vayan a solucionarse. La mayor parte de personas en condiciones más

precarias quedan fuera de los sistemas de sostenimiento basados en los ERTes, los extranjeros indocumentados quedan especialmente desprotegidos, no está nada claro que la intermediación bancaria permita que la financiación llegue adecuadamente a las PyMEs y autónomos que lo necesitan... Y molesta que se adopte un lenguaje inadecuado, con ánimos propagandistas, para dar más vuelo a las medidas adoptadas. Dos ejemplos bastan: el Gobierno ha declarado improcedentes todos los despidos que se produzcan al calor de la crisis. Pero, en la propaganda, se habla de prohibir el despido, que no es lo mismo (la improcedencia encarece el despido, pero no lo bloquea). El Ayuntamiento de Barcelona ha aprobado una moratoria en el cobro de alquileres en viviendas municipales, pero en sus documentos habla de suspensión (no es lo mismo retrasar el pago que condonarlo). Sería políticamente más eficaz decir las cosas como son (explicar las limitaciones) que usar un lenguaje inapropiado que se puede volver en contra de quien lo propone. En el caso de Barcelona, desmerece el enorme despliegue que trata de hacer el Ayuntamiento para cubrir las múltiples necesidades que se van planteando ante una Generalitat inoperante y abocada desde hace años a la mera retórica.

Más allá de la actuación institucional, conviene analizar qué ha ocurrido con los movimientos sociales. Y el punto de partida es reconocer que nadie intuyó que venía una tormenta y empezó a organizarse adecuadamente. Después, cuando el confinamiento ya era un hecho, en muchos barrios los activistas han tratado de organizar redes de apoyo. A menudo mucho más bienintencionadas que efectivas. Sobre todo porque es difícil montar nada sólo con medios virtuales, y no está claro en qué espacios hay que intervenir (a menudo aparecen propuestas más próximas a la caridad tradicional que verdaderas alternativas). Se trabaja a ciegas, con pocos medios. Y ello coexiste con todos los tics nefastos que atraviesan de lleno a todo este magma social: protagonismo competitivo (por ejemplo, publicación de manifiestos y propuestas donde lo que prima es que figure la firma de una determinada organización), ausencia de espacios virtuales de comunicación y de búsqueda de voces colectivas que puedan llegar con fuerza, ignorancia por lo que hace el vecino... Unas deficiencias que el encierro y la dependencia de instrumentos virtuales no hace sino reforzar.

Esta crisis plantea grandes retos. A corto plazo, de ver cómo y cuándo se podrá restablecer un mínimo de normalidad y, a medio plazo, por los impactos sociales y económicos que deja. Debería ser también una oportunidad de aprendizaje frente a otras crisis que están por venir. Aprendizaje sobre organización, sobre respuestas y sobre proyectos a impulsar. De que se aprenda pronto y rápido depende que podamos encarar la próxima crisis en mejores condiciones (o que nos aproxime más a la barbarie). A esta ya hemos llegado tarde, pero al menos tratemos de sacarle lecciones útiles.

30/3/2020

El coronavirus no es igual para todo el mundo

Joan M. Girona

Tenemos los centros escolares cerrados y nos dicen que no podemos salir de casa a pasear con las criaturas, pero podemos ir a trabajar usando el transporte público y encontrarnos con muchas personas a la vez. **¿Es una medida eficaz?** ¿Por qué no se actúa como en Corea del Sur donde no hay confinamientos pero se hacen las pruebas a todo el mundo? Cada persona que va a trabajar pone en riesgo a toda su familia, a toda la gente con quien convive. No sé si es la mejor medida para evitar el colapso de los centros sanitarios. Parece **que no se atreven a poner en cuestión las ganancias de los empresarios: a los trabajadores toca sufrir todas las consecuencias.** Esperaríamos medidas más favorables a la mayoría de la población que ve peligrar su puesto de trabajo y tiene que continuar pagando alquileres, hipotecas, agua, luz, gas...

Querría comentar lo que nos toca más de cerca a los docentes. Ante el confinamiento en casa muchos educadores se están escribiendo e ideando alternativas para las familias que tienen que estar con sus hijos e hijas sin poder salir durante, como mínimo, quince días. Son alternativas interesantes y útiles. ¿Para todo el mundo? **¿O sólo para las clases medias de nuestra sociedad?**

Recordando mis años de trabajo en escuelas e institutos no puedo olvidar aquellas familias que viven en viviendas de 40 metros cuadrados, en pisos donde conviven dos o más familias juntas, en aquellas madres solas con criaturas que están realquiladas en una habitación, en quien no tiene techo donde guarecerse, en quien vive en una barraca... **¿Cómo pueden hacer de manera sana el periodo de confinamiento?** Todo este abanico de situaciones reales alcanza una parte muy importante de la población catalana. **Las clases sociales siempre están presentes.**

Sigo pensando: se producen episodios de acaparamiento de productos, son efectos colaterales del confinamiento. Hay colas en los supermercados, peleas, nervios, discusiones... **Hay miedos, desconfianza con las instituciones,** con una parte importante de las personas que nos gobiernan, con una clase dirigente que antes que nada defiende sus intereses económicos y a quienes no importa la situación ni la salud de los más débiles **El confinamiento en las condiciones que he expuesto provoca más agresividad, más nervios,** discusiones intrafamiliares que se transmiten al exterior. Los adultos pueden tener sentimientos de culpa si han dejado, casi a la fuerza, salir a sus criaturas o adolescentes ante la imposibilidad de

contenerlas o contenerse entre todos los miembros del grupo familiar. Se pueden sentir culpables de no proteger como es debido a sus niños.

Las pérdidas de horas de clase no son preocupantes para los aprendizajes en la enseñanza obligatoria pero también hay aquí las diferencias de clase social. Familias que pueden ayudar o animar a seguir leyendo, trabajando, investigando... y familias que no tienen ni las capacidades ni los recursos para hacerlo. La desigualdad social mantiene y aumenta las desigualdades de acceso a los aprendizajes. No todo el mundo tiene acceso adecuado a las tecnologías digitales.

¿Qué haremos cuando se vuelva a la normalidad? Diría que debemos tener en cuenta las grandes diferencias de cómo habrá vivido este tiempo nuestro alumnado. **Cada niño o niña, cada chico o chica habrá vivido una experiencia diferente.** Llevará en su mochila vivencias agradables o desagradables, volverá contento porque habrá acabado el confinamiento (esto, la inmensa mayoría), pero se notarán diferencias en los estados anímicos. Unos habrán sufrido más unos que otros. Los miedos, las angustias, las desilusiones, se repartirán desigualmente según la realidad social de las familias, según el tipo de vivienda donde se haya estado encerrados, según la alimentación que se habrá podido lograr, según las incertidumbres de los adultos de la familia (pérdida del trabajo, de ingresos regulares, miedo a desahucio...). La salud mental de todo el mundo se resentirá, y la de los más vulnerables todavía más.

También habrán podido **descubrir la capacidad de solidaridad que tenemos** las personas viendo las actitudes de ayuda mutua que se dan, viendo las iniciativas para mejorar la convivencia a pesar de las condiciones desfavorables. Quizás podremos comentar que ha disminuido la contaminación, que hemos sido menos competitivos, que no necesitamos tenerlo todo para vivir, que no siempre impera la ley de la selva entre las personas humanas, que hemos hecho frente a los miedos...

Todo esto lo conlleva la llamada pandemia del coronavirus. Su repercusión es más grave que la estrictamente sanitaria o epidemiológica. Si la gripe española (se denominó así a pesar de tener poca incidencia en España) mató millones de personas no fue por la agresividad del virus, fue por las condiciones de vida de aquellos años de la gran guerra europea. **La crisis que vivimos también tendrá consecuencias.** Quizás se conseguirá que tengamos miedo a un virus nuevo y desconocido. El miedo sirve a los poderosos para muchas cosas: porque no pensamos por nosotros mismos; porque vemos a los vecinos, a las otras personas, como enemigas; para buscar soluciones o alternativas milagrosas, incluso esotéricas. Nos hace perder confianza en nosotros mismos y en las personas próximas, nos hace

más dependientes y con menos capacidad de resiliencia.

La situación económica se resentirá: los pobres serán más pobres y los ricos aumentarán sus ganancias como en la crisis de 2008. El estado de alarma está alarmando de manera innecesaria en la población. Pero como hemos escrito más arriba, podemos **hacer frente al miedo con la solidaridad.**

De todo esto tendremos que hablar con nuestro alumnado cuando lo reencontremos en las aulas. De todo esto podemos reflexionar desde casa mientras nos mantengan encerrados.

[Joan M Girona es maestro y psicopedagogo]

28/3/2020

Ensayo

José A. Tapia

3508 economistas, el Green New Deal, la emergencia climática del gobierno PSOE-UP y la pandemia del COVID-19 **Notas de campo**

El 17 de enero de 2019, el *Wall Street Journal* publicó una declaración firmada por 3508 economistas estadounidenses, incluidos cuatro expresidentes de la Reserva Federal, 27 premios Nobel de economía, 15 exdirectores del Consejo de Asesores Económicos del Presidente, dos exsecretarios del Departamento del Tesoro y varios economistas que fueron profesores míos hace veinte años. La declaración es tan breve que merece la pena reproducirla en su totalidad.

Declaración de los economistas sobre los dividendos de CO₂

El cambio climático global es un problema grave que demanda acciones nacionales inmediatas. Las siguientes recomendaciones en las que estamos de acuerdo se basan en principios económicos de aceptación general.

I.— Un impuesto a las emisiones de CO₂ es el procedimiento más eficaz para reducir las emisiones a la escala y la velocidad necesarias. Al corregir un fallo bien conocido del mercado, un impuesto al CO₂ enviará una poderosa señal de precios que hará que la mano invisible del mercado dirija a los actores económicos hacia un futuro de bajas emisiones de CO₂.

II.— Ese impuesto al CO₂ debe incrementarse cada año hasta que se consigan los objetivos de reducción de emisiones y no debe aumentar la recaudación fiscal para no contribuir a la controversia sobre el tamaño de la administración. Un precio del CO₂ en aumento constante fomentará la innovación tecnológica y el desarrollo de infraestructuras a gran escala. También acelerará la difusión de bienes y servicios eficientes en cuanto a emisiones de CO₂.

III.— Un impuesto a las emisiones de CO₂ suficientemente robusto y que aumente de forma gradual reemplazará a una variedad de regulaciones de las emisiones que, en conjunto, son menos eficientes. Al sustituir diversas regulaciones engorrosas por una señal en los precios se promoverá el crecimiento económico y se proporcionará la certidumbre regulatoria que las empresas necesitan para invertir a largo plazo en alternativas de energía limpia.

IV.— Para evitar las filtraciones del sistema y proteger la competitividad de EEUU, deberá establecerse un sistema fronterizo de ajuste. Este sistema mejorará la competitividad de las empresas estadounidenses que sean desde el punto de vista energético más eficientes que sus competidores globales. También creará un incentivo para que otras naciones adopten precios similares para las emisiones de CO₂.

V.— Para maximizar la equidad y la viabilidad política de un impuesto creciente a las

emisiones de CO₂, todo lo recaudado deberá devolverse directamente a los ciudadanos estadounidenses mediante reembolsos iguales. La mayoría de las familias estadounidenses, incluidas las más vulnerables, se beneficiarán financieramente al recibir en “dividendos de CO₂” más que lo que pagarán por el aumento de los precios de la energía.

Que este grupo de economistas, impresionante por su número y por su composición, haya suscrito esta declaración es todo un acontecimiento. Ojalá que sea un paso hacia la puesta en marcha de políticas para frenar el progreso, ahora cada vez más rápido, hacia las catástrofes planetarias a las que lleva el cambio climático. La declaración revela una posición nueva de la profesión económica, a años-luz de la posición de hace no muchos años, cuando los economistas estaban casi a la vanguardia del negacionismo climático. Porque debe recordarse que, en 2004, incluso después de la firma del Protocolo de Kioto en 1997, el llamado Consenso de Copenhague, dirigido por el escéptico climático Bjørn Lomborg, que incluía a nueve economistas prominentes, entre ellos cuatro premios Nobel, clasificó el calentamiento global como un tema de no demasiada importancia y concluyó que los planes propuestos para hacer frente al cambio climático eran demasiado caros. También debe recordarse que, en una reedición del Consenso de Copenhague en 2009, el mismo panel de expertos económicos, ligeramente modificado, volvió a cuestionar la importancia del cambio climático. Diez años después 3508 economistas —incluida “la flor y la nata” de la profesión— afirman que el cambio climático global es un problema grave que demanda una acción nacional inmediata. Y, además, recomiendan una política concreta, un impuesto sobre las emisiones de CO₂ que no incremente la recaudación fiscal *y que aumente cada año hasta que se cumplan los objetivos de reducción de emisiones.*

Es difícil saber hasta qué punto la declaración de los 3508 economistas fue un estímulo para el lanzamiento del Green New Deal, que tuvo lugar oficialmente dos meses después, el 25 de marzo de 2019, en el Congreso de EEUU, cuando dos resoluciones al respecto fueron propuestas por la Representante Alexandria Ocasio-Cortez (Demócrata por Nueva York) y el Senador Ed Markey (Demócrata por Massachussets).

El término Green New Deal hace referencia al New Deal de Franklin Delano Roosevelt en los años de la Gran Depresión, la década de 1930. Se trataba de una política dirigida a reactivar la economía que según muchos economistas e historiadores fue favorable a los sectores más castigados por aquella crisis económica, aunque no faltan quienes critican el New Deal por sus efectos específicos perjudiciales por ejemplo para los asalariados negros y los arrendatarios agrícolas negros; o quienes, generalmente desde posiciones conservadoras, arguyen que contribuyó a prolongar la crisis económica más que a resolverla. El New Deal fue una política para promover el entendimiento entre patronos y trabajadores y la colaboración en vez de la competencia

entre empresas, en ese sentido New Deal podría traducirse quizá como “Nuevo Acuerdo” o quizá “Nuevo Trato”. Y ahora con el añadido de *Green* el término quedaría en algo así como “Nuevo Acuerdo Verde”, o “Nuevo Acuerdo Ecológico” todo lo cual suena horrorosamente mal en castellano. Quizá lo mejor en este caso sea quedarse con el término original, Green New Deal, una vez que sabemos a qué se refiere. Lo propuesto por Alexandria Ocasio-Cortez y Ed Markey es básicamente un plan de acción nacional para un periodo de diez años, con medidas dirigidas a impulsar la economía y mejorar la situación de los sectores más vulnerables y, a la vez, con medidas específicas para luchar contra el cambio climático. Entre las medidas dirigidas a beneficiar a las personas más necesitadas están garantizar a todos los estadounidenses un trabajo con salario digno, seguro médico adecuado, vacaciones pagadas, seguridad de jubilación, vivienda asequible, acceso a agua y aire limpios y saludables, así como proporcionar recursos, capacitación y educación de alta calidad, incluida educación superior, a todos los ciudadanos. Entre las medidas específicas para luchar contra el cambio climático el Green New Deal propone satisfacer el 100% de la demanda energética de EEUU a partir de fuentes de energía renovables y sin emisiones; mejorar los edificios existentes y construir nuevos edificios para lograr la máxima eficiencia energética; revisar los sistemas de transporte para eliminar la contaminación y las emisiones de gases de efecto invernadero del sector tanto como sea tecnológicamente factible, mediante vehículos sin emisiones, un transporte público limpio, asequible y accesible y ferrocarriles de alta velocidad; impulsar el crecimiento masivo de la fabricación limpia eliminando la contaminación y las emisiones de gases de efecto invernadero de la fabricación y la industria tanto como sea tecnológicamente factible; y, finalmente, colaborar con los agricultores y ganaderos para eliminar la contaminación y las emisiones de gases de efecto invernadero del sector agrícola tanto como sea tecnológicamente factible.

Frente a la concreción y la brevedad de la declaración de los 3508 economistas, el Green New Deal incluye una variedad de medidas y es muy extenso y detallado; aquí solo se mencionaron sus líneas principales. Una de las críticas que ha recibido es su dificultad de financiación, ya que lo que se propone exige fondos que ascenderían a muchos miles de millones de dólares. Por su parte la central sindical de EEUU, AFL-CIO, planteó en una carta comentando el plan que no estaba claro que el Green New Deal incluyera suficientes garantías de mantenimiento del nivel de empleo. Desde la izquierda se ha criticado el Green New Deal por haber eliminado el objetivo de conseguir 100% de energía limpia renovable y sin emisiones en 2030 como había propuesto en 2006 el Green New Deal del Partido Verde y que ahora, en el plan de Ocasio-Cortez y Markey, se ha sustituido por la eliminación de la huella de carbono de EEUU para esa fecha. También se ha criticado el Green New Deal por proponer medidas que no cuestionan el crecimiento económico

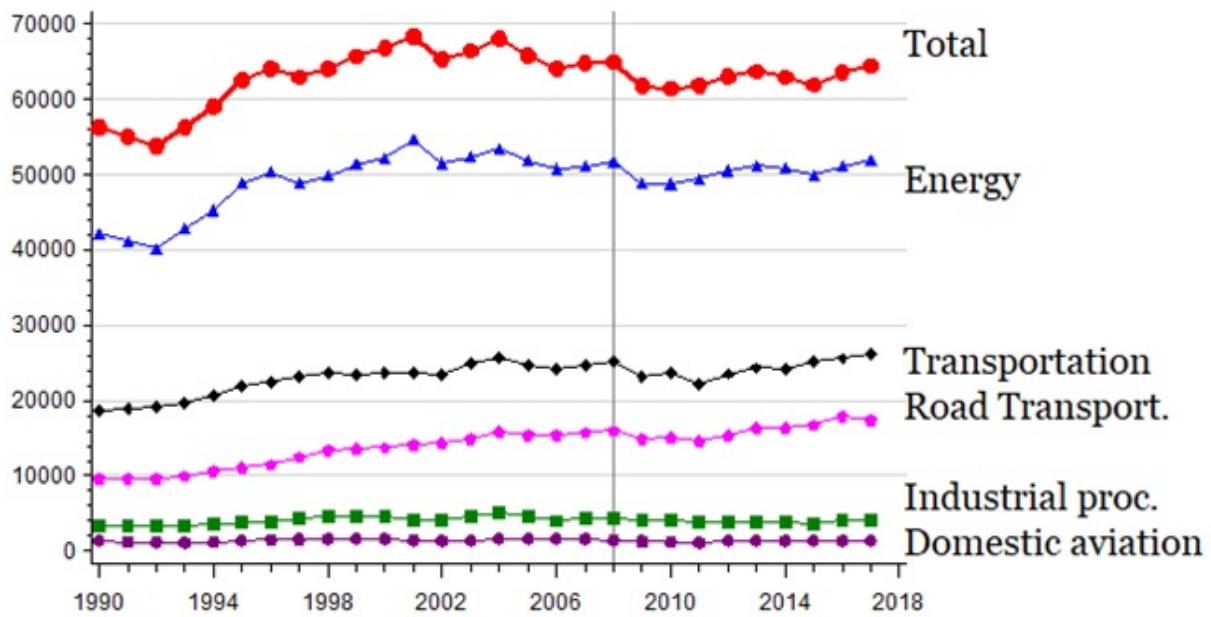
que está en la base del crecimiento de las emisiones.

El Green New Deal apadrinado por Alexandria Ocasio-Cortez y Ed Markey solo dos meses después de la declaración de los 3508 economistas podría considerarse una respuesta “de izquierda”, desde el partido demócrata, a la declaración de los 3508 economistas, que, si bien están distribuidos a todo lo largo del espectro político estadounidense, probablemente incluyen sobre todo economistas en la órbita del partido republicano, por ejemplo Alan Greenspan, Robert Shiller, Glen Hubbard, Robert Lucas o Nicholas Mankiw. Sin embargo, la idea del Green New Deal como respuesta demócrata a la declaración republicana de los economistas no parece muy plausible, porque entre los 3508 firmantes de la declaración hay también economistas generalmente situados más cerca del partido demócrata, como Janet Yellen, Paul Volcker o Amartya Sen, o incluso más a la izquierda, como Willi Semmler, Nancy Folbre o Duncan Foley. Sin duda, la declaración debe considerarse una victoria personal de James Hansen, el climatólogo de la NASA que propuso un impuesto al CO₂ exactamente como este hace mucho tiempo. En su momento, hace ya más de diez años, Hansen explicó su plan como un “gravamen al carbono con reembolso completo” y desde entonces, Hansen ha abogado por este tipo de impuesto y se ha opuesto radicalmente a las políticas de limitación y comercio de emisiones de CO₂ recomendadas por muchos economistas, por ejemplo, Paul Krugman. Quizás no sea una casualidad que Krugman, que abogó reiteradamente por la implementación de políticas de limitación y comercio de emisiones de CO₂, no se encuentre entre los 3508 firmantes de la declaración del *Wall Street Journal*. *Tampoco firmaron Joseph Stiglitz ni Gail Cohen, que parece ser la economista jefe de filas del partido demócrata en lo que hace a cuestiones de cambio climático.*

Las políticas de limitación y comercio de emisiones defendidas por Paul Krugman y otros economistas consisten en lo siguiente. En primer lugar, la autoridad a cargo distribuye gratuitamente permisos para emitir CO₂, aproximadamente en el volumen exigido por lo que emite actualmente cada empresa. Tras sumar todo lo emitido actualmente se establece un tope igual o ligeramente inferior y que, se anuncia, se reducirá en el futuro, para las emisiones. Las empresas que en años sucesivos no tengan permisos suficientes para emitir en la cantidad que estén emitiendo, que será supuestamente inferior a la actual, serán multadas. Supuestamente, esto estimulará a las empresas que emiten CO₂ a reducir sus emisiones y a comprar y vender permisos para emitir, según los necesiten o no. Un plan de limitación y comercio de permisos de emisión de este tipo ha estado vigente en la Unión Europea desde 2005, bajo el nombre del Esquema Europeo de Comercio de Emisiones (ETS por sus siglas en inglés), al que se adhirieron países que no pertenecen a la Unión Europea como Noruega, Islandia y Suiza. El sistema ha tenido evaluaciones muy pobres en cuanto a su efectividad para

reducir las emisiones, lo que no ha sido óbice para que algunas empresas hayan ganado millones mediante el comercio de permisos en el contexto del ETS. Los precios de los permisos para emitir, que constituyen un indicador clave de cómo el esquema está afectando a los mercados, han sido muy volátiles desde que el sistema comenzó a funcionar en 2005, pero la mayor parte del tiempo oscilaron por debajo de €10 por tonelada de CO₂, cuando en general hay consenso en que precios inferiores a €35 o €40 no tienen ningún efecto sobre las emisiones o los planes de inversión. En los cincuenta estados de EEUU, aunque hay muy diversos planes en estudio para el cambio climático, California es el único estado que ha implementado durante algún tiempo una política para reducir las emisiones, precisamente un esquema de limitación y comercio similar al ETS y que comenzó a funcionar en 2013. Lamentablemente, no hay nada que sugiera que esta política californiana esté teniendo algún efecto sobre las emisiones. De hecho, las emisiones de CO₂ de California aumentaron en 2013-2015 mientras disminuyeron en la mayoría de los estados de EEUU y en el conjunto del país. Obviamente, el período durante el cual el esquema californiano para reducir las emisiones de CO₂ ha estado en funcionamiento es corto, pero los datos preliminares no indican de ninguna forma que pueda haber sido efectivo. La opinión de James Hansen de que las políticas de limitación y comercio de permisos de emisión solo son útiles para “desplumar al público de miles de millones de dólares”, pero no para frenar las emisiones, parece estar respaldada por los hechos. La experiencia con impuestos al CO₂, o al carbono, como se dice a menudo, es aún más limitada. La provincia canadiense de Columbia Británica implementó un impuesto al carbono en 2008 y Alberta lo implementó en 2017, pero estos impuestos canadienses al carbono difieren del esquema propuesto por Hansen, y ahora por los 3508 economistas de EEUU, en que los gobiernos provinciales que los implementaron declararon que el gravamen fiscal sería neutral, pero no porque se devolviera la recaudación al público sino porque se recortarían otros impuestos. El impuesto al CO₂ que se implementó en la Columbia Británica en 2008 ha tenido algunas evaluaciones excelentes, aunque cabe pensar que fueron evaluaciones interesadas. La Figura 1 muestra la evolución de las emisiones de esa provincia canadiense antes y después de la implementación del impuesto al carbono: vean y juzguen.

Figura 1. Volumen total de emisiones de gases de efecto invernadero (kilotoneladas de equivalentes de CO₂) de la provincia canadiense de Columbia Británica. De arriba abajo, emisiones correspondientes a producción de energía, transporte en todas sus modalidades, transporte por carretera, procesos industriales y transporte aéreo. La línea vertical marca el año en que se puso en marcha el impuesto al CO₂ en esa provincia canadiense



Elaboración propia a partir de datos obtenidos en octubre de 2019 del web oficial del gobierno provincial de Columbia Británica, www2.gov.bc.ca/gov/content/environment/climate-change/data/provincial-inventory

Las experiencias de Europa y California indican bastante claramente que los esquemas de limitación y comercio no son eficaces para frenar las emisiones. En cuanto a los impuestos al carbono, son relativamente recientes y ninguno de ellos ha sido una política de nivel nacional, por lo que hay pocos datos para evaluar su eficacia en cuanto a su propósito de reducir las emisiones. Por ello la propuesta de los 3508 economistas que defienden este tipo de impuesto debería ser bienvenida, habría que darle una oportunidad a esa política. Ahora bien, considerando la posición sobre el cambio climático de la Administración Trump, la probabilidad de que un impuesto de ese tipo se implemente en un futuro cercano en EEUU parece bastante cercana a cero. Ni más ni menos que el Green New Deal, que fue inmediatamente rechazado por la mayoría

republicana en el Senado de EEUU y que ahora languidece, a veces mencionado en los debates para elegir al candidato demócrata que se enfrentará a Trump en noviembre de este año.

Dejando a un lado los méritos de la propuesta de los 3508 economistas o del Green New Deal, o las perspectivas de que alguno de estos planes se implemente en un futuro cercano, lo que parece es que los autores de estas propuestas para enfrentar el problema del cambio climático se equivocan en un aspecto clave del asunto. Los 3508 economistas dicen que un fuerte impuesto al carbono que aumente de forma gradual no solo reemplazará la necesidad de regulaciones de carbono menos eficientes, sino que además promoverá el crecimiento económico. Algo similar está implícito en el Green New Deal, que propone medidas que, supuestamente, impulsarán la economía y a la vez reducirán drásticamente las emisiones de CO₂. En mi opinión, esta idea hace agua.

Para explicar por qué es así, hay que mencionar de entrada que “crecimiento económico” es un término que hace referencia al crecimiento del producto interno bruto o PIB, un número que cuantifica en unidades monetarias la actividad económica agregada. Desde que existen datos disponibles, las emisiones de CO₂ y el PIB han estado fuertemente correlacionados, tanto en cada país como en la economía mundial. Las emisiones de CO₂ tienden a seguir al PIB muy de cerca: cuando el PIB aumenta, las emisiones tienden a subir, cuando el PIB disminuye, durante las recesiones, las emisiones generalmente disminuyen. La correlación no es absoluta, pero la conexión es muy sólida y se observa en los datos de las últimas décadas básicamente en todos los países y en la economía mundial. Es verdad que en algunos países las emisiones han disminuido al mismo tiempo que el PIB ha aumentado, por razones específicas como la desindustrialización o la nuclearización, pero estas naciones son excepciones que prueban la regla. Debido a la fuerte conexión entre PIB y emisiones de CO₂, parece bastante claro que algo que reduzca las emisiones también reducirá el PIB.

Los expertos en geociencias y los climatólogos han explicado que el cambio climático se debe a actividades humanas, porque los humanos producimos gases de efecto invernadero, principalmente CO₂. Pero eso no significa que toda actividad humana contribuya al cambio climático. Las actividades humanas que producen emisiones de gases de efecto invernadero son generalmente actividades económicas, es decir, actividades que producen valor monetario y contribuyen al PIB. Actividades como conducir un automóvil o volar en un avión, comer en un restaurante, comprar libros, muebles o casas, implican el consumo de productos a los que se les ha agregado valor monetario y, por tanto, son actividades económicas que contribuyen al PIB. Sin embargo, actividades humanas como leer libros prestados por una

biblioteca o por un amigo, pasear en un parque público, tocar música, jugar a las cartas, o al ajedrez con personas conocidas, o hacer el amor, *no* son actividades económicas porque no aportan valor agregado al PIB. Lo que importa aquí es que las actividades económicas casi siempre implican usos importantes de energía exosomática, es decir, energía no generada por el propio organismo. Dadas las formas actuales de producir ese tipo de energía, las actividades económicas requieren quemar combustibles fósiles. Por el contrario, las actividades humanas no económicas generalmente implican emisiones de CO₂ muy bajas o nulas.

Ahora bien, si se implementara el impuesto al carbono con reembolso completo, propuesto por los 3508 economistas, ¿cuál sería el efecto sobre las emisiones y el crecimiento económico que cabría esperar? Los economistas dicen que las emisiones caerán y el PIB crecerá. Pero eso es muy dudoso debido a la intensa conexión causal entre actividades económicas y emisiones. Veámoslo un poco más en detalle.

En primer lugar, a consecuencia del impuesto, el precio de la energía aumentará, ya que la mayor parte de la energía se genera a partir de combustibles fósiles. En alguna medida aumentarán todos o casi todos los precios, porque básicamente todos los productos se fabrican con consumo de energía. Este aumento de los precios tenderá a reducir el consumo y la demanda general. En segundo lugar, yendo más allá del corto plazo, el aumento de los precios de la energía representará un estímulo para el desarrollo de fuentes limpias de energía sin emisiones, como la eólica, la solar o la nuclear. En tercer lugar, debido a los “dividendos” fiscales que se redistribuirían al público, algunos sectores, principalmente los hogares de menores ingresos se beneficiarán a corto plazo, como dicen los economistas, al recibir más en dividendos de CO₂ que lo que pagan en exceso por el aumento de precios. Eso tendería a compensar de alguna forma la reducción del consumo debida al aumento de precios.

Sin embargo, el efecto neto combinado de esa redistribución del ingreso y del aumento de los precios no es obvio a priori. La experiencia de los impuestos desde el siglo XIX hasta el presente muestra bastante claramente que los impuestos, casi sin excepción, reducen el consumo. Sin embargo, debido al llamado efecto Veblen, para algunos bienes de lujo, la cantidad demandada aumenta cuando aumenta el precio. ¿Funcionaría este efecto Veblen para los viajes aéreos, los automóviles, grandes o pequeños, o la electricidad cuando sus precios aumentaran significativamente a causa de un impuesto al carbono? En realidad, no lo sabemos. La extrapolación de experiencias pasadas puede ser engañosa, más aún porque en muchos aspectos el impuesto al carbono que proponen los economistas sería un experimento económico sin precedentes. En cualquier caso, parece indiscutible que el

efecto neto más probable del aumento de los precios de la energía derivada de combustibles fósiles y de los “dividendos de CO₂” sería, a corto plazo, un aumento en la tasa de ahorro y un cambio en el uso del tiempo hacia actividades no económicas, es decir, actividades que no implican el uso de productos producidos para ser vendidos. Lo esperable sería que la gente volara menos y usara menos los automóviles, tomara más siestas, gastará más tiempo en charlar con los amigos, comiera más a menudo en casa y menos fuera, y leyera más libros y viera más películas en DVD viejos en lugar de comprar nuevos artículos. Tanto el aumento de la tasa de ahorro como la caída del consumo reducirían las ventas y las ganancias de las empresas y la demanda efectiva, con la consiguiente disminución de la inversión y una reducción del crecimiento económico. Por supuesto, todo esto supone que el impuesto tendría un efecto suficiente sobre las emisiones. Puede ser que el impuesto sea tan pequeño que no tenga ningún efecto sobre el crecimiento económico, pero si ese es el caso, también será inútil para reducir las emisiones. Tal es lo que al parecer ha ocurrido en la provincia canadiense de Columbia Británica.

La magnitud de las consecuencias económicas esperables de un impuesto al carbono con reembolso completo, como el propuesto por James Hansen y los 3508 economistas es tal que sería arrogante e irresponsable pensar que las experiencias fiscales de años y décadas pasadas sirven directamente para pronosticar con una confianza sustancial los resultados de ese experimento. Parece bastante obvio que, dada la fuerte conexión entre PIB y emisiones, el efecto más probable a corto plazo fuera un cambio de ambas cifras en la misma dirección. Si ese es el caso, el esquema propuesto reducirá *las emisiones y el PIB* y los 3508 economistas estarían equivocados en lo relativo al crecimiento económico.

Además de los efectos sobre los patrones de consumo, debe recordarse que los combustibles fósiles juegan un papel clave en nuestro mundo. Difícilmente se pueden sustituir en el transporte, el comercio y el turismo nacionales e internacionales, que hoy son componentes clave en casi cualquier economía nacional. Así lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que los empleos relacionados con la conducción de vehículos automóviles (camionero, taxista, repartidor, conductor de autobús...) constituyen el tipo más frecuente de empleo en la mayoría de los estados de EEUU. Además, en el contexto de la economía mundial, países como Rusia, Arabia Saudí, Venezuela, Noruega, Irán, Australia y muchos otros dependen de los combustibles fósiles para mantener su nivel de ingreso. Dadas estas limitaciones, un esquema para gravar fuertemente los combustibles fósiles y devolver los ingresos al público, que según lo propuesto por los 3508 economistas se extendería desde EEUU al resto del mundo, representaría una importante modificación de los flujos monetarios más importantes tanto entre países como dentro de cada país. Por

lo tanto, generará importantes resistencias.

En realidad, el impuesto al carbono que proponen los 3508 economistas es uno de los planes de ingeniería social más ambiciosos —exceptuando la revolución socialista— que se ha propuesto nunca. La precaución es una prioridad clave en la ingeniería social y hay que formular todo tipo de reservas sobre las posibles consecuencias de este tipo de planes, porque nuestra capacidad de predecir las consecuencias de modificar los arreglos sociales es, como se ha demostrado repetidamente, muy baja. La ingeniería social ha sido generalmente repudiada por los economistas ya que en la tradición de la “mano invisible” de Adam Smith que el grueso de los economistas asume como propia y como estándar normativo el mercado se concibe como institución que armoniza las acciones individuales de forma que produzcan una sinfonía de eficiencia económica en vez de una cacofonía. Según la tradición económica clásica, la acción social consciente es básicamente innecesaria. Pero la mano invisible es altamente visible —valga el juego de palabras— en el primer punto de la declaración de los 3508 economistas que, por lo que parece, quieren estar en misa y repicando. Nos dicen que un impuesto al CO₂ “enviará una poderosa señal de precios que hará que la mano invisible del mercado dirija a los actores económicos hacia un futuro de bajas emisiones de CO₂”. Pero, ¿para qué? Para que en el capitalismo verde resultante ya haya muy pocas emisiones de CO₂ por la influencia de un impuesto al carbono cada vez más elevado. Pero esa “mano invisible dirigente” ya no es ni invisible ni “del mercado”. Lo que tenemos aquí es el reconocimiento implícito por parte de 3508 economistas de que el cambio climático demuestra el gran fracaso de la economía de mercado, que ahora exige ingeniería social.

Esto quizá sea bueno. Todo parece indicar que ya no tenemos tiempo para hacer frente al cambio climático, las catástrofes vendrán, lo que hagamos ahora solo podrá hacer que sean algo menores. Además, si como todo parece indicar, los desastres climáticos importantes de años recientes, como las sequías y los incendios forestales en todo el mundo y las inundaciones en África y en Indonesia se vuelven más frecuentes, es probable que el “sálvese quien pueda” se convierta cada vez más en el factor determinante del comportamiento individual y colectivo. Y entonces, en medio de la desesperación, se volverán mucho más atractivas “soluciones” más arriesgadas que la ingeniería social para paliar el desbaratamiento total del clima planetario. Por supuesto, esto se refiere a la geoingeniería, es decir, al desarrollo de procedimientos físicos o químicos a gran escala para alterar la radiación solar que llega a la Tierra o la capacidad de la atmósfera para captar calor, o alguna otra manipulación de los componentes del sistema climático de la Tierra.

En cuanto al Green New Deal, una diferencia importante con la propuesta de los 3508 economistas es que no incluye medidas concretas que graven las emisiones de CO₂, por lo que la confianza en que esas emisiones disminuyan queda puesta en el mero efecto de promover las energías sin emisiones. Pero, como los combustibles fósiles no son sustituibles en todos sus usos, la mayor disponibilidad de energía eléctrica barata y sin emisiones lo que genera es una mayor disponibilidad de renta para adquirir productos de alto contenido en emisiones. Esto es lo que al parecer ha pasado en Dinamarca, donde durante las tres últimas décadas la creación de una gran capacidad para producir energía eléctrica mediante energías renovables no ha evitado que en cuanto al nivel de emisiones por persona (según cifras del Banco Mundial para 2014) el país siga estando entre los primeros del mundo, con 5,9 toneladas de emisiones de CO₂ por persona, casi lo mismo que las 6,5 toneladas por persona del Reino Unido o las 5,0 toneladas de España; y bastante más que las 4,3 toneladas por persona de Portugal y Hungría, las 1,6 de Costa Rica o las 0.5 toneladas por persona de Nigeria. Lamentablemente, solo con aerogeneradores y placas solares no se arregla el problema.

De momento, la cuestión más importante no es si planes como los que se han discutido aquí podrán reducir las emisiones. Porque es más que dudoso que planes como estos o similares se implementen alguna vez en algún país. En principio, no parece que vayan a implementarse, porque nuestro sistema social y económico impone muchas restricciones sobre lo que se puede hacer realmente. La COP25 que se debía celebrar en Chile y al final se reunió en España en diciembre pasado fue una reedición típica del encuentro internacional completamente inútil para combatir el cambio climático. A pesar de los agasajos a Greta Thunberg del gobierno en funciones del PSOE y a pesar de la pomposa declaración de emergencia climática del nuevo gobierno socialcomunista, como dicen los de Vox, por ahora no se ha implementado en España ninguna política que frene las emisiones de CO₂ más allá de las timidísimas restricciones al tráfico de automóviles privados en algunas ciudades. Claro que, cuando reviso las pruebas de este artículo a finales de marzo, la economía mundial está entrando otra vez en crisis por la acción combinada de sus contradicciones estructurales y de las medidas implementadas en casi todos los países para frenar la diseminación del COVID-19, y con ello las emisiones de CO₂ dejarán de subir y probablemente bajen bastante, al menos por un tiempo, hasta que volvamos a la “prosperidad económica” que nos lleva a la catástrofe de un planeta-infierno.

Karl Marx, Marion King Hubbert y Nicholas Georgescu-Roegen hicieron constar una serie de aspectos clave del capitalismo que lo convierten en un sistema con fecha de caducidad, pero la mayoría de los economistas ignoran esos aspectos y piensan que este sistema, quizá con algunos remiendos, puede continuar creciendo felizmente hasta la eternidad. Esa es la razón principal

por la que los 3508 economistas que proponen un impuesto al carbono o quienes defienden un Green New Deal están muy probablemente equivocados. Yo también puedo estar equivocado en mis expectativas de que políticas como el Green New Deal o un impuesto al carbono no se implementarán en ningún país en un futuro cercano. También puedo estar equivocado en que el gobierno español, que ha declarado la emergencia climática, no vaya a hacer realmente algo efectivo que frene las emisiones de CO₂. En esto, como en tantas otras cosas, tengo la esperanza de equivocarme. Y la situación actual, una crisis de la economía mundial combinada con una pandemia, es tan nueva y sin precedentes que equivocarse en casi cualquier predicción parece casi lo más probable.

Fuentes y referencias

La declaración de los 3508 economistas y la lista de signatarios pueden verse en www.econstatement.org/.

Información sobre las dos ediciones del llamado Consenso de Copenhague, en Tapia JA y Carpintero O, "Dynamics and economic aspects of climate change", Capítulo 3 en Kang MS, Banga SS, eds., *Combating Climate Change: An Agricultural Perspective*. Nueva York, CRC Press, 2013.

Sobre la falta de efectividad de los esquemas de limitación y comercio con los que se han intentado frenar las emisiones, ver Spash CL, "The Brave New World of carbon trading" (*New Political Economy*, 2010, Vol. 15, No. 2, pp. 169-95) y Tapia JA y Spash CL, "Policies to reduce CO₂ emissions: Fallacies and evidence from the United States and California" (*Environmental Science & Policy* 2019, Vol. 94, pp. 262-6). Para la conexión entre crecimiento económico y emisiones de CO₂, ver Tapia JA, Carpintero O, Ionides E, "Climate change and the world economy: short-run determinants of atmospheric CO₂" (*Environmental Science & Policy* 2012, Vol. 21, pp. 50-62) y Tapia JA, [Cuentos de hadas sobre el cambio climático](#)).

Las ideas económicas de Karl Marx se hallan sobre todo en los tres volúmenes de su obra clave, *El Capital: Crítica de la economía política*. La obra principal de Georgescu-Roegen es *The Entropy Law and the Economic Process* (Harvard University Press, 1971) aunque su "Energy and Economic Myths" (*Southern Economic Journal*, Vol. 41, No. 3, pp. 347-381, 1975) dice muchas cosas que son pertinentes aquí. El geofísico Marion King Hubbert expuso en "Exponential growth as a transient phenomenon in human history" (en *Societal issues, scientific viewpoints*, ed., de Strom MA, American Institute of Physics, 1987) lo absurdo del elemento clave del pensamiento económico en la mayor parte de sus variantes.

[José A. Tapia es profesor asociado del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Drexel, en Filadelfia. Su investigación ha sido publicada en *PNAS*, *Research in Political Economy*, *Journal of Health Economics*, *Lancet*, *International Journal of Epidemiology*, *Health Economics*, *Demography* y otras revistas. Es coautor con

Rolando Astarita de *La Gran Recesión y el capitalismo del siglo XXI* (Madrid, Catarata, 2011) y autor de *Rentabilidad, inversión y crisis* (Madrid, Maia, 2017) y *Cambio climático: ¿Qué hacer?* (Madrid, Maia, 2019)].

27/3/2020

Antonio Antón El vacío teórico socialista

Manuel Cruz es uno de los pocos intelectuales políticos o políticos intelectuales. Catedrático de Filosofía y senador por el PSC, ha sido presidente del Senado en la pasada y breve legislatura. En su artículo *La izquierda busca su lugar en el mundo* (*El País*, 15/03/20) se interroga sobre el futuro de la izquierda (la socialdemocracia) partiendo de algunas ideas básicas: “el socialismo tiene dificultades para identificar el contenido de sus reivindicaciones y el debate sobre qué debe ser está abierto”; “especificar el ideario socialista implica plantearse el trabajo, la propiedad y el Estado y precisar su posición al respecto”, y (recordando al Manuel Sacristán de hace casi medio siglo) “solo estableciendo el vínculo entre el rojo, el verde y el violeta se pueden fijar las prioridades”.

Se plantea la necesidad de una “refundación teórica”, no limitada a la simple suma de esos tres componentes, justicia social, feminismo y ecologismo o por motivos electorales. Se trataría de construir una “argamasa” o denominador común que los cohesione y, a partir de ahí, que pueda fijar prioridades según momentos y circunstancias. Acierta en considerar aliados estratégicos los tres tipos de dinámicas, aunque advierte de la existencia de tendencias liberales en el feminismo y el ecologismo (curiosamente, no cita a la propia corriente socialista) susceptibles de converger con procesos políticos pactados con el neoliberalismo progresista y dejar huérfano de esos campos al propio socialismo y la transformación de izquierdas.

Comparto ese diagnóstico sobre el vacío teórico de las élites socialistas sobre esos temas clave y la necesidad de una nueva teoría (crítica) transformadora e interseccional. Igualmente, hay que señalar una relativa indefinición estratégica socialista, particularmente sobre el modelo social, aludida por el autor. Es un aspecto crucial en la identidad de las izquierdas, con una versión fuerte de los derechos humanos, cívicos y sociales, y como campo sociopolítico con el que

conformar un proyecto de progreso, un bloque articulador del mismo y una nueva identificación transformadora y plural.

Antes de avanzar, veamos algunos datos de la realidad. Hay que recordar que —según datos del CIS, en mi estudio *La base social de progreso* (ver **primera parte** y **segunda parte**)— en materia político-ideológica la definición principal de la base electoral del *Partido Socialista* es la de identificarse como socialista/socialdemócrata (69,7%) y, en un segundo plano, como feminista/ecologista (19,5%). Ambas opciones no están equilibradas, como en cambio podría deducirse del artículo citado.

La diferencia es significativa respecto del electorado de *Unidas Podemos* (y *En Comú Podem*), cuya mayoría se identifica con el progresismo (39,6%) y, sobre todo, con el feminismo/ecologismo (47,4%). En el caso de UP y ECP la interacción de esos dos rasgos es casi paritaria: un progresismo feminista y ecologista; y además se autodefinen de izquierdas (90%), mientras en el caso del electorado del PSOE lo hacen dos tercios (68%), con un 20% de centristas. La conjunción de esas tres identificaciones (progresista, feminista/ecologista y de izquierdas) proporciona su propio perfil sociopolítico e ideológico-cultural. Su ideario, a veces desdibujado con discursos genéricos o fragmentarios, y contando con sus características sociodemográficas (joven y de clase trabajadora...) y la realidad plurinacional, debe integrar todo ello en un proyecto de país, una estrategia transformadora de progreso, un espacio sociopolítico alternativo y una teoría crítica que lo alumbre y lo debata públicamente.

Centrándonos en el caso del PSOE, el componente hegemónico es ser socialista/socialdemócrata, con la particularidad de la ambigüedad de su sentido. En la mayoría de sus votantes se podría interpretar con sus señas de identidad clásicas: defensa de lo público, de los derechos sociales y laborales y de la protección social, empleo decente, redistribución... Solo que la gestión de sus dirigentes, muchas veces, ha entrado en conflicto con ese ideario tradicional de las izquierdas. Y una fórmula, reforzada por sus élites para legitimar su particular gestión, es la definición (que cita y desecha Cruz) de que socialista (o izquierda) es lo que hacen y dicen los socialistas o lo que ejecuta la dirección socialista. Es decir, existe una ambigüedad calculada sin referencia a un significado sustantivo con algún proyecto de cambio progresista o de izquierdas. Esa indefinición busca la identificación de sus bases con la dirección, haga lo que haga o diga lo que diga, ante sus vaivenes estratégicos y discursivos y su ambivalencia política.

Por tanto, volviendo a esas preocupaciones iniciales comunes sobre las insuficiencias del ideario y la teoría del *Partido Socialista*, hay que constatar varias ausencias que limitan la búsqueda de solución consistente a esa

encrucijada.

La estrategia dominante del socialismo y el nuevo espacio del cambio

En primer lugar, ya aludido, está la estrategia y el discurso dominante en el socialismo europeo y español en las últimas décadas, particularmente, en los comienzos de su gestión regresiva y prepotente de la crisis socioeconómica. No había desorientación o confusión en su dirección; sí en su electorado. En sus documentos programáticos y electorales aun había cierto reformismo progresivo. Su práctica política y su gestión gubernamental fue la aplicación de la agenda antisocial en consenso con la política liberal-conservadora en la UE y el eje dominante francoalemán. Todavía no hay una explicación clara. Es la fuente de la crisis de, prácticamente, toda la socialdemocracia europea.

Durante esta década, por tanto, ha predominado una valoración de lo social (los derechos sociales y laborales, el empleo decente, la protección pública...) de subordinación a los dictados macroeconómicos neoliberales y restrictivos emanados de la UE y los poderes económico-financieros. Su principal ejecutor en España ha sido el Gobierno de Rajoy. Pero también afecta al segundo gobierno de Zapatero-Rubalcaba, al *susanismo* y al primer *sanchismo* del gran pacto de centro y la normalización política.

Por otro lado, el actual *sanchismo* supone un distanciamiento con esa política: primero, con la moción de censura pactada con *Unidas Podemos* y su acuerdo presupuestario fallido; segundo, con el nuevo gobierno de coalición con un programa mínimo progresista. No obstante, todavía se mantiene la tensión entre dos dinámicas difíciles de conciliar: la agenda social, democratizadora y de progreso o el continuismo económico, institucional y territorial.

En resumen, **la gestión política dominante de la socialdemocracia europea, en la actual crisis social, económica, climática y de inmigración, se ha acomodado a esa dinámica neoliberal, sin una firme perspectiva progresista ni una renovación consecuente de sus tradiciones de izquierdas.** La guía de su acción gubernamental y sus discursos ha girado, normalmente de forma implícita, hacia esquemas socioliberales (o abiertamente neoliberales), intentando justificar sus medidas impopulares y la conservación de posiciones de poder institucional.

En segundo lugar, esa experiencia política del socialismo realmente existente no ha pasado desapercibida para una amplia corriente popular crítica, con una parte significativa de gente desafecta, que se ha consolidado en dos etapas. En el primer lustro (2010/2014), expresó un amplio descontento y una fuerte contestación social frente a esa involución social y democrática, reforzada por el gobierno de Rajoy y el desconcierto socialista. En el siguiente lustro

(2015/2019), conformó un espacio político-electoral llamado “del cambio de progreso”, cuya firmeza y consistencia, a pesar del debilitamiento producido por la política derechista de acoso y aislamiento (también con la participación de dirigentes socialistas), le ha permitido ser determinante para formar un gobierno de progreso. O sea, **se ha terminado el bipartidismo, las izquierdas son plurales y su acuerdo unitario es necesario.**

El acierto estratégico de la dirección y la gran mayoría de las bases de *Podemos, Izquierda Unida* y sus convergencias de no supeditarse al proyecto centrista del acuerdo PSOE/C's en el año 2016, a pesar del castigo político y mediático recibido por ello, les ha permitido evitar la subordinación política (vestida de cooperación impuesta), la consolidación de una solución continuista en lo económico-social, lo institucional, lo territorial (plurinacional) y las relaciones de género, el riesgo de descomposición de las fuerzas del cambio y el cierre total de las oportunidades de cambio de progreso en España. Han salvado los muebles, más si se tiene en cuenta el fracaso contundente de la estrategia unilateral de las dos fuerzas próximas (PSOE y *Más País*). Han conseguido un gobierno compartido de coalición con una orientación progresista y plural, avalado por la gran mayoría de sus bases sociales, y cuya experiencia y trayectoria habrá que evaluar.

En definitiva, la renovación estratégica y teórica de las izquierdas debe contar con esa pluralidad, en colaboración leal y abordando esos tres ejes (socioeconómico y laboral, feminista y ecologista), a los que cabría añadir la regulación plurinacional de este país de países. Y la única forma es la democrática, dialogada y participativa de todas las partes, con fórmulas federales (y algunas confederales). Se trata de superar los viejos nacionalismos excluyentes de distinto signo, conformar un nuevo mestizaje plural (en convivencia y con rasgos comunes o inter-identitarios), basado en una experiencia compartida, un nuevo concepto de lo hispano (o incluso, de lo ibérico) abierto, diverso e inclusivo, y una nueva configuración institucional pactada. Y ese cuarto eje, en España, es imprescindible imbricarlo con los otros tres en un proyecto igualitario-emancipador-solidario. O, dicho de otro modo, el campo progresista del conjunto de España debe incorporar el nacionalismo democrático periférico y prefigurar de forma pactada un nuevo modelo institucional y de convivencia. Y ello superando las reticencias de muchos barones socialistas, aparte de la oposición visceral de las derechas.

La dirección socialista todavía debe clarificar su estrategia política

En tercer lugar, la dirección socialista todavía debe clarificar su estrategia política, su proyecto de país. La conformación de un gobierno de coalición progresista ha sido todo un ejercicio de realismo político por parte del presidente Sánchez. Una vez fracasado su plan de gran pacto de centro (o el

apoyo del PP) y de gobierno en solitario (con el escéptico apoyo de *Ciudadanos* y el insuficiente de *Más País*, y el correspondiente y deseado desplome y división de *Unidas Podemos* y sus convergencias), solo le cabía a Sánchez una salida para mantenerse en el poder gubernamental: el giro hacia el acuerdo con UP, afrontando con firmeza la oposición de las derechas, con un mínimo programa social, democrático y de diálogo territorial.

Pero, como todo el mundo sabe, **la nueva configuración gubernamental y programática no obedecía a ningún diseño estratégico socialista definido por un proyecto de avance progresista del país. Correspondía a la valoración, de crudo realismo pragmático, de un equilibrio de fuerzas políticas, con unas derechas ultramontanas, unos nacionalismos periféricos resistentes y la persistencia de una base social y electoral representada por las fuerzas del cambio, imprescindible para su gobernabilidad y disponible para un pacto razonable de progreso.**

Esto significa que las bases de unidad estratégica y a largo plazo son frágiles. El pacto se asienta en la necesidad inmediata de control del poder (ahora negociado y compartido) por parte de la élite socialista... hasta el siguiente reparto de cartas que dicte un nuevo reequilibrio representativo y de poder. Sin entrar en pronósticos, solo como hipótesis y dando por supuesto la respuesta a la crisis económico-sanitaria, la aprobación presupuestaria y el encauzamiento del conflicto catalán, puede haber nuevas elecciones generales, como mínimo pasada la mitad de legislatura (2022). Lo que une al Gobierno es la expectativa de su ampliación representativa y de poder institucional común frente a las derechas, mediante unas reformas sociales, democráticas y territoriales imprescindibles para el progreso en España.

Pero las diferencias (hoy salvadas) y, sobre todo, la conveniencia para la dirección socialista de buscar un nuevo reequilibrio de poder más hegemónico (como se deduce de su estrategia entre abril y noviembre de 2019) le puede llevar a la aventura de un reajuste gubernamental, con nuevas elecciones generales. Actualmente sigue fresco el riesgo de esa aventurada apuesta que casi termina con la mayoría progresista. No es momento de dejarse llevar por un ventajismo partidista, ni desactivar la presión de su izquierda institucional y social, ni desconsiderar una gestión plural, aunque se produzcan algunos conflictos en el marco europeo dominante o con determinados poderes establecidos. Por tanto, **el gobierno de coalición tiene una base común sólida, al menos a medio plazo** (y con el permiso de PNV y ERC).

Una dinámica de progreso para un futuro incierto

Siguiendo con el hilo inicial del vacío estratégico y teórico socialista, en cuarto

lugar, el déficit de una apuesta estratégica clara, a medio y largo plazo, por un cambio de progreso real y sustantivo, y la consideración táctica de sus alianzas progresistas actuales, incluido el alcance del diálogo sobre Cataluña, da como resultado un futuro institucional abierto. Y, por tanto, un posible replanteamiento socialista, también 'realista' y posibilista (cuando no cínico), del actual marco de acuerdo gubernamental.

Para evitarlo y dar consistencia y continuidad a esta colaboración, determinada por la conveniencia de la gestión de un poder institucional progresista y reformador, y ante el vacío de esa determinación estratégica y teórica socialista a medio plazo, **solo cabe una dinámica popular incuestionable de avance en las reformas sociales y democráticas que encarna este Gobierno compartido, con un refuerzo de su legitimidad y cohesión, así como el fortalecimiento de las fuerzas del cambio.** Ello, con la necesaria redefinición conjunta de las prioridades socioeconómicas y presupuestarias para afrontar la actual crisis derivada de la pandemia del coronavirus.

La otra opción es la pugna latente y prolongada tras la modificación del *estatus quo* y la búsqueda de otro supuesto equilibrio representativo con mayor ventaja del *Partido Socialista*. Su sentido sería implementar su mayor autonomía para la correspondiente geometría variable en sus acuerdos de gobernabilidad, por ejemplo, pretendiendo incrementar la representación socialista a costa del electorado de *Unidas Podemos* y sus aliados y alimentando nuevamente el apoyo centrista y/o de fuerzas intermedias respecto de UP. Ello le permitiría concluir con este proceso unitario de progreso, proseguir con un ligero continuismo renovado, volver a la centralidad exclusiva en la gobernabilidad y aislar a las fuerzas y dinámicas de cambio de progreso.

No hagamos malos augurios. Pero hay que reconocer que esa tendencia está inscrita en una realidad asimétrica y una voluntad estratégica y teórica difusa. Las fuerzas del cambio, para acceder y garantizar una gobernabilidad de progreso, solo tienen una opción: contar con la colaboración del *Partido Socialista*, mediante el refuerzo de su propia legitimidad y la activación cívica, dada la necesidad imperativa de la dirección socialista de no poder gobernar en solitario, condicionada por el bloqueo de las derechas y su insuficiente representatividad.

Sin embargo, para el PSOE existe otra opción que hasta ahora ha fracasado, pero a la que no renuncia: una gestión hegemónica, pactada con restos centristas (C's) y/o nacionalistas-regionales (PNV...) y/o fuerzas intermedias (hoy muy limitadas tras el fracaso de *Más País*)... con la particularidad de terminar con la excepción del actual modelo de gobierno de coalición

progresista con *Unidas Podemos* y el espacio del cambio, que habría que debilitar y subordinar. No obstante, esa alternativa es la experiencia fracasada de estos cuatro años de intento de normalización política e institucional con el objetivo de cerrar la dinámica de cambio de progreso en España. Pero no por ello hay que descartarla ni caer en la ingenuidad ante la falta de consolidación del proyecto institucional y social de progreso.

En definitiva, no se trata de analizar el futuro desde una bola de cristal. Solo hay que señalar que los motivos del presente acuerdo gubernamental no derivan de compartir una estrategia (y una teoría) de progreso, sino de una conveniencia táctica mutua derivada del reequilibrio de poder tras el 10-N... que puede cambiar para la siguiente legislatura. La razón es que, especialmente, la dirección socialista no está interesada en elaborar y compartir con las fuerzas del cambio un diseño de país más ambicioso, común y duradero. Esa es la moraleja que, indirectamente, podemos sacar de la valoración de este senador del PSC, en funciones más de intelectual, sobre los déficits del ideario socialista, el cual tiene grandes repercusiones estratégicas que no aborda en su artículo.

Así, volviendo al principio, el *Partido Socialista* y, en otro plano, el conjunto de las fuerzas progresistas y de izquierda tienen un reto por delante: impulsar un proyecto democrático y transformador de progreso, compartido e integrador del rojo, verde y violeta (y la plurinacionalidad). En particular, partiendo de la refundación teórica que reclama Manuel Cruz, sobre todo el PSC y el *sanchismo* deben clarificar qué contenido sustantivo debería tener ese ideario socialista para fijar un rumbo a su estrategia a medio plazo y clarificar su acción gubernamental y de alianzas con un proyecto más nítido, social y democrático de país; y, de paso, construir una referencia renovadora de la socialdemocracia y el conjunto de las izquierdas para al menos todo el sur de Europa. El riesgo es que quede en el enésimo lavado de cara, con la consiguiente continuidad de la crisis de las izquierdas y la recomposición de las derechas. Por ello hay que tomarse en serio el diagnóstico del político-intelectual catalán, completarlo y avanzar en un plan transformador y una teoría crítica.

@antonioantonUAM

19/3/2020

El extremista discreto

El Lobo Feroz

¿Todo será igual?

Cuando esta tragedia pandémica termine o se reduzca. ¿todo será igual que antes o nada será lo mismo?

Como Lobo Feroz, soy inmune al virus, pero temo por los demás, por ejemplo por la redacción de mientras tanto, por sus parientes y amigos, y en realidad por todo el mundo. Desear el mal a alguien no va conmigo. Por algo soy Feroz.

Mucha gente habrá entendido que la sanidad pública, de todos, no es ninguna broma. Hasta el obtuso Trump dejará de contraponerse, es de esperar, al programa de salud de Obama, casi lo único medianamente bueno que hizo ese inútil.

La derecha no había dejado de recortar en sanidad. "Tenemos el mejor sistema sanitario del mundo", mentían. Quizá tuvimos uno bastante bueno, pero lo habían recortado al objeto de fomentar el negocio de la sanidad privada. La derecha "nacional" de España, la derecha "nacional" de Cataluña, el PP gallego... La plaga ha pillado a lo público, digamos, en ropa interior. Se paga mal al personal, de los médicos a los camilleros. Se cerraron quirófanos. Se perdieron camas hospitalarias. Ahora ha faltado y falta de todo.

¿Cerrarán los ejércitos sus laboratorios de investigación de armas químicas y bacteriológicas?

¿Se hará un recuento de quiénes son, en cada país, los muertos por el coronavirus, y a qué clases sociales pertenecen? Mucho parece que los pobres se van a llevar la peor parte, profesionales sanitarios aparte.

¿Habrá aprendido la mayoría de los jóvenes que hay cosas más importantes que los videojuegos y el botellón? Hablo de la mayoría; los concienciados son una minoría tan valiosa como exigua.

¿Dejará la gente de ser analfabeta políticamente? ¿Entenderá que vivimos en un mundo de golpes de estado disimulados —los asesinatos de los Kennedy, la elección primera de Bush, Bolsonaro, Bolivia, los "democráticos" golpes de Ucrania y países bálticos? ¿Se dará cuenta de que no ha habido juicio ninguno, ningún procesamiento, por la caída de las torres gemelas de Nueva York?

¡Ah, los fascismos larvados!

¿Entenderá la gente que se ha permitido la formación de una supersoberanía que manda sobre los estados por permitirse la privatización de las funciones económicas de éstos?

El programa keynesiano adoptado para detener la pandemia, ¿será mantenido para reformar la sociedad y reducir el abismo de las desigualdades? (no es un



chiste)

Esta epidemia mundial, ¿anticipa las crisis de naturaleza ecológica que nos aguardan a la vuelta de la esquina?

Por cierto, ¿dónde queda Europa?

Una gran crisis, con shock incluido, no nos la quita nadie.

Ánimos.

28/3/2020

Lolo Semwá **Anotaciones al margen de la ley⁴**

El primer domingo en estado de alarma salí a comprar el periódico. En pareja. Viviendo al límite. Contra el sistema, como Bonnie y Clyde, como Thelma y Louise, como Álvarez de Toledo y Peralta-Ramos. No contentos con transgredir el real decreto durante 100 metros, caminamos cinco más para ir a la pastelería del barrio a adquirir por última vez productos que se convierten en primera necesidad ante la perspectiva de que el confinamiento se alargue más de lo que un cerebro falto de dopamina puede afrontar. Así soy: me gusta sentirme un forajido, estar al margen de la ley. Por lo menos a dos metros de distancia de ella, tal y como indican las autoridades sanitarias.

La verdad es que nunca antes me había encontrado en un estado de alarma, de manera que he tardado un poco en tener claras las reglas. Por lo que parece, no he sido el único. Tal y como esto arrancó, cualquiera diría que estábamos ante una nueva implantación de Madrid Central o de la Zona de Bajas Emisiones de Barcelona: primero un período de prueba y mentalización ciudadana, después las sanciones. Ay, si el dictador levantara la cabeza doblemente enterrada... Pero que nadie se preocupe, que en este país aprendemos rápido. Dos semanas después, se sanciona como si no hubiera un mañana. Por ejemplo, te puede caer una denuncia por ir a la farmacia sin receta (caso basado en hechos muy reales), lo que deja en manos del agente de turno la decisión sobre si un producto farmacéutico es o no necesario para tu bienestar personal. A tenor de cómo se están poniendo las cosas, hay policías que en breve (si no lo han hecho ya) se arrogarán el derecho a limitar la vida sexual de la ciudadanía confinada a la que se le haya ocurrido quedarse sin preservativos en domingo. Confinamiento sí, pero casto, que a ver quién se pasa por el CAP a pedir la píldora del día después sin sentir que la apuntan con el dedo por saturar los servicios de salud. Si la arbitrariedad policial va *in crescendo*, el “Fuera rosarios de nuestros ovarios” se va a quedar corto.

De hecho tiemblo cuando pienso que un guardia me puede poner una “receta” cuando se me acabe el paracetamol con el que sobrellevo los dolores de cabeza que me despiertan las caceroladas de las 20h. Que se suponen que eran aplausos, y no sé cómo será en otros barrios, pero en el mío —en Barcelona— a las 19:59 empiezan a sonar las ollas, los martillazos en las barandillas y hasta petardos, alcanzando cotas sonoras similares a las de una batukada tecno-makina, mientras por las ventanas se contraprograman proclamas según las afinidades ideológicas y las convocatorias que se estén secundando. El pareado “puta España/“viva España” gana enteros para convertirse en el himno del barrio confinado, y el barrio confinado gana enteros para convertirse en la versión orfeón de Pimpinela. Ya lo avisé, el placer que dan los subidones de dopamina van a ser clave para sobrellevar el encierro, y de momento se van perfilando dos formas públicas de aumentarla. La primera son los mencionados aplausos de las 20h. Muy solidarios y muy homenajeados, sí, pero sobre todo un espléndido desahogo, y más aún si le metes una cuchara de palo, una sartén y cuatro berridas. Que yo lo hice para amenizar el discurso del rey, aunque fuera a las 21h (siempre a contracorriente), y me quedé como una seda.

La otra forma es la delación balconil, que, por lo que se ve, se está convirtiendo en el vicio de moda. Porque ahora que la gente ya se ha enterado de que el estado de alarma va de restricciones de derechos, hay quien también quiere jugar. Nada más emocionante y adictivo que activar nuestro lado Gestapo y ponerse a controlar a quienes se atrevan a pasar por

la calle cuando las autoridades han dicho que te tienes que quedar en casa. Una vez identificados los comportamientos que el/la balconista considera peligrosos para el Estado, viene la parte buena: pasar a la acción. Insultos, lanzamiento de cosas, delaciones. Que sí, que en el fondo a mucha gente le encanta sancionar, casi tanto como criticar, al menos en este país lleno de opinadores/as y entrenadores/as de fútbol, a quienes ahora hay que sumar unos especímenes florecientes: los seguratas. Como les dejen, las fuerzas del orden podrán confinarse tranquilamente en sus casas, que ya está el pueblo para linchar.

Es lo que tiene que te vendan un estado de alarma con un discurso que apela a la guerra y pretende hacerte sentir parte de un ejército: que el personal se lo toma muy a pecho. Tal vez si la estrategia gubernamental de comunicación hubiera incidido más en la solidaridad y en los cuidados se habría puesto alerta nuestro “yo” responsable, en lugar del autoritario. O tal vez habría dado igual. A lo mejor hay gentes tan bien adiestradas para obedecer ciegamente en su vida civil que lo suyo es un caso perdido, porque solo les sube la adrenalina en la presunta batalla contra enemigos microscópicos. Más vale que apaguen el estado de alarma y sigan durmiendo.

30/3/2020

De otras fuentes

Joan Coscubiela

Las enseñanzas del coronavirus

Esta catástrofe nos brinda una gran oportunidad para abordar un cambio social de envergadura. Aunque antes tenemos que rearmarnos ideológicamente

La pandemia del coronavirus nos está dejando importantes enseñanzas que no deberían caer en saco roto.

Algunas son muy evidentes, como la importancia del Estado y su superioridad frente al mercado para garantizar derechos básicos. Otras, corremos el riesgo de que pasen desapercibidas.

Cada uno tiene su propia mirada, pero haríamos bien en dedicar un momento a compartirlas y reflexionar sobre lo que vemos. Esta es mi particular observación, en la que se mezclan miradas globales con otras más locales.

El riesgo cero no existe

La sociedad del riesgo cero no existe. Ese es un espejismo que responde al sueño humano de querer asemejarnos a los dioses para controlarlo todo, incluso la muerte, a la que hemos expulsado de nuestras vidas.

La ciencia y el conocimiento son claves para afrontar un mundo que aún no entendemos, pero la mitificación de las innovaciones tecnológicas –a niveles de papanatismo fundamentalista– nos ha llevado a creernos invulnerables. Especialmente las sociedades opulentas poco dadas a aceptar los límites humanos y a soportar la frustración. En eso detecto además una brecha generacional.

La inteligencia artificial, entendida como los sistemas de gestión del conocimiento que dan soporte a las decisiones de los humanos, tiene grandes potencialidades. Pero de ahí a creerse que hemos entrado en el transhumanismo o posthumanismo va un abismo y este es otro espejismo interesado del que el coronavirus ha venido a despertarnos.

Mientras nos vendían y comprábamos la utopía del riesgo cero, lo que de verdad se imponía en nuestra sociedad era una gran distopía, la externalización de los riesgos como gran paradigma económico y social.

Tenemos ejemplos a raudales. Un sistema logístico de transporte por carretera que reduce costes a partir de la auto-explotación de los transportistas autónomos y las externalidades negativas hacia el medio ambiente. O cadenas globales de producción organizadas para que aquellos que controlan productos y mercados externalicen los riesgos hacia otras empresas, trabajadores o países, situados en posiciones subalternas.

La sociedad contemporánea se ha construido sobre la cultura de la externalización de riesgos a terceros. De unas clases sociales a otras, entre personas, de unos países a otros, a la naturaleza, a las generaciones futuras. Se trata de una concepción insolidaria e ingenua.

La cultura de la externalización es uno de los factores de mayor ineficiencia social, ambiental y económica. Se ha convertido hoy en nuestro principal riesgo, porque provoca un efecto bumerán que multiplica el impacto de los riesgos.

Sucede cotidianamente en el terreno económico, pero cuando afecta a la salud y la vida nos despierta abruptamente del sueño del riesgo cero. Por eso resulta incomprensible que se continúe negando en relación al medio ambiente.

Primera enseñanza: cuando se externaliza el riesgo a otros, este no se reduce sino que aumenta para todos.

El reto del gobierno de la interdependencia

No me refiero solo a la interdependencia económica, muy evidente, aunque algunos que profesan la fe terraplanista aún la niegan.

La crisis del coronavirus pone de manifiesto el gran reto del gobierno de la interdependencia política. Muchas de las decisiones que tomamos afectan a terceros que no tienen ninguna posibilidad de incidir en nuestra decisión ni de protegerse frente a ellas.

La manera en que abordaron en un primer momento las autoridades chinas la aparición del coronavirus ha sido determinante para su primera expansión y ha acabado afectando a toda la humanidad. La apuesta de Boris Johnson por la “inmunidad del rebaño” nos implica a todos, seamos o no británicos y le podamos votar o no. La política de Bolsonaro en relación al Amazonas tiene un impacto global que afecta al presente y a las generaciones futuras. La obsesión de Alemania por el superávit fiscal impacta en nuestra economía como si la decisión fuera nuestra. La lista de ejemplos sería inacabable.

Abordar este reto no es fácil. No se trata de cambiar los sistemas de elección de nuestros representantes. Tampoco se puede reconocer el derecho de voto a los que aún no han nacido, ni a la naturaleza en abstracto ni a las personas que viven en otros países. Pero sí se puede –es imprescindible– abordar un cambio cultural en la manera de entender la democracia global. La clave está en incorporar a los “otros” en los análisis de los costes de nuestras decisiones, como sugiere en sus reflexiones Daniel Innerarity. Los otros han dejado de ser los bárbaros que acechan nuestras fronteras para ser los destinatarios de las consecuencias de nuestras actuaciones o los que deciden sin tenernos en cuenta a nosotros.

Segunda enseñanza de esta crisis, es urgente incorporar esta interdependencia en nuestra cultura y en nuestras decisiones.

Los riesgos del judeo-cristianismo y la conspiranoia

Esta crisis pone aún más de manifiesto uno de nuestros déficits cognitivos, la facilidad con la que ante cualquier problema damos explicaciones judeo-cristianas basadas en el comportamiento individual y la culpa. También evidencia la tendencia a concepciones conspiranoicas para explicar lo que sucede.

Esa es una conducta tan vieja como la humanidad. Nos lo recordaba hace poco en estas páginas Santiago Alba Rico en [Apología del contagio](#): “Cada vez que un pueblo ha tenido que afrontar una amenaza colectiva ha buscado un cuerpo concreto al que atribuir la responsabilidad y en el que localizar el remedio. Es el chivo expiatorio, al que los griegos llamaban pharmakos”.

En plena crisis sanitaria del coronavirus proliferan las explicaciones basadas en la culpa. Escuchamos cada vez más decir que no se está haciendo suficiente, que se ha hecho tarde, que no se escucha a los expertos o por el contrario que los políticos se escudan en los expertos.

Estamos entrando en la fase más peligrosa de la crisis en términos sociales. Unos científicos desautorizando a otros, algunos expertos trasladando la culpa a los responsables políticos. Y en el caso extremo, personajes de la política intentando sacar rédito de la situación usando nuestra propensión al judeo-cristianismo, la de todos –incluyendo ateos, imbuidos de esa misma cultura–. Esta deriva no ha hecho más que comenzar y en pocos días asistiremos al execrable espectáculo de echarse la culpa de los muertos de unos a otros. “Pasarse la peste” lo ha llamado gráficamente Raimon Obiols, utilizando el símil de un ancestral juego infantil que hunde sus raíces en pasadas epidemias.

Al judeo-cristianismo le suele acompañar la visión conspiranoica de las cosas, el complotismo.

Tenemos el ejemplo reciente de la suspensión del Congreso Mundial de Móviles (MWC). Muchas y diversas fueron las voces que explicaron la decisión en clave de conspiración de las grandes empresas norteamericanas frente al poderío del 5G chino y que lo enmarcaron en la batalla tecnológica entre EUA y China. A estas alturas ya es evidente que aquella era una explicación, quizás no falsa del todo, pero sí simplista.

Lo peligroso de las visiones conspiranoicas es que se basan en datos parcialmente reales pero ofrecen explicaciones muy simplistas a realidades muy complejas. Y con ello nos eximen de analizar y buscar respuestas menos simplonas. El complotismo genera deficiencias cognitivas para ver y entender que nos conduce a errores de diagnóstico que suelen tener consecuencias muy graves. Baste imaginar los efectos que hubiera tenido la no suspensión del MWC.

Estamos inmersos en una realidad desconocida, para la que no nos sirven viejas certezas. Percibimos que ahora todo es muy complejo, y no porque los retos pasados tuvieran fácil respuesta, sino porque a la complejidad de antaño ya le habíamos tomado la medida.

Si queremos afrontar este futuro -que ya es presente- con mínimas posibilidades de éxito necesitamos huir del simplismo del judeo-cristianismo y del complotismo. Solo así podremos entender la complejidad del mundo al que nos enfrentamos y tener alguna oportunidad de encontrar respuestas. Por supuesto, no la respuesta en mayúscula que es otro de los vicios humanos: buscar respuestas sistémicas que todo lo explican y todo lo pueden.

Tercera enseñanza de la crisis: indaguemos en la complejidad. Huyamos del judeo-cristianismo y las lecturas conspiranoicas.

Tribu, religión y nación ya no nos protegen

A lo largo de la historia el ser humano ha ido buscando y construyendo espacios de protección reales o aparentes frente a incertidumbres y riesgos. La tribu y la religión han jugado un papel clave durante siglos, incluso después de que la Nación, una construcción tan reciente como efímera en términos históricos, haya intentado sustituirlas.

Pero si algo han demostrado todas las crisis de los últimos años, recesión económica, terrorismo global y ahora la pandemia del coronavirus es que estas construcciones sociales no tienen la capacidad de ofrecernos protección.

Pueden ofrecernos alivio espiritual, soporte emocional, pero no nos protegen.

La última construcción social con esta lógica es la del Estado nación, que juega un papel clave en la protección de las personas. Sobre todo en algunos países y en determinadas fases de su desarrollo, la del Estado Social, y especialmente para los más vulnerables y desfavorecidos.

Como sucede siempre en los cambios de época, también en los que como el actual comportan grandes disrupciones, nada desaparece súbitamente ni nada aparece de golpe. El Estado nación va a continuar jugando un papel importante en nuestras vidas, sobre todo si se identifica con los bienes comunes de la ciudadanía y no con las estructuras de poder institucional.

Incluso en momentos de emergencia como este podemos vivir un nuevo espejismo, el de un Estado nación fuerte. Lo vemos estos días en el que se refuerzan las intervenciones públicas de los estados, en ocasiones con un exceso de gesticulación que pretende mostrar una musculatura de la que en realidad se carece y que en el fondo lo que pretende es ocultar sus limitaciones, las de todos.

En momentos de gran incertidumbre y desconcierto corremos el riesgo de pedir más estado, más fuerte, más autoritario, más intrusivo en nuestras vidas. Se está viendo estos días con las visiones simplistas - en todos los sentidos- sobre la actuación de China frente al Coronavirus.

Sin negar el papel que están jugando los Estados nación, tendremos que convenir que les vienen muy grandes la mayoría de riesgos que van a emerger -lo están haciendo ya- en el siglo XXI. Aunque de momento aún no hemos sido capaces de articular -ni tan solo imaginar- una nueva construcción social que lo mejore. De ahí proviene la desazón, desconcierto, perplejidad e indignación en el que estamos instalados.

Pero si el estado no es suficiente escudo protector frente a viejos y nuevos riesgos, el tribalismo y el nacionalismo -todo nacionalismo, incluso o quizás más aquel que niega serlo- en lugar de protegernos de los riesgos aumenta su capacidad destructiva. Lo llevamos comprobando en las últimas décadas.

La cuarta enseñanza: la tribu, la religión, la nación no nos sirven para protegernos de los nuevos retos globales.

El falso trilema entre libertad, igualdad y seguridad

Esta crisis ha puesto sobre la mesa y nos obliga a discutir sobre un viejo trilema entre libertad, igualdad y seguridad, que en la sociedad digital

adquiere nuevas dimensiones.

Las informaciones que nos llegan de algunos países asiáticos –China, Corea del Sur, Singapur– nos hablan de una estrategia para evitar la expansión del coronavirus a partir de un uso intensivo del Big Data como mecanismo de vigilancia digital de la ciudadanía.

Ya hay quién defiende la superioridad de este modelo y lo confronta con la absurda pretensión del control de las fronteras como ejercicio ucrónico y vacío de una soberanía que ya no existe y que frente a una pandemia global deviene estéril.

Lo de la obsolescencia de las viejas soberanías de control de fronteras me parece más evidente que la supuesta superioridad del control digital de la ciudadanía. Este ciberleviatán puede, quizás, salvar vidas, pero igual nos conduce a la destrucción como sociedad.

No deberíamos despreciar la gran potencialidad de las innovaciones tecnológicas digitales puestas al servicio de la salud pública, pero no podemos hacerlo a cambio de entregar nuestra libertad.

El coronavirus ha hecho aún más evidente un debate que ya estaba entre nosotros y que estamos obligados a hacer como sociedad global. El de la titularidad común y no privada de los datos, el de su regulación y los nuevos derechos que deberemos crear –o mejor nueva regulación para defender viejos derechos– frente a los abusos privados y públicos de la apropiación y utilización de esos datos.

Como siempre el uso de las innovaciones tecnológicas no es determinista y el trilema no tiene por qué suponer inexorablemente el sacrificio de uno de sus vértices, la libertad, la igualdad o la seguridad.

La quinta enseñanza, que es al mismo tiempo un gran reto: cómo usar las innovaciones de la sociedad digital sin afectar a la libertad, la igualdad, la seguridad.

La superioridad de lo público

Esta crisis de salud pública a nivel global ha confirmado la superioridad del modelo de Estado social, en el que la salud no es una mercancía, sino un derecho humano universal.

Se ha puesto de manifiesto la barbaridad de las leyes del Gobierno Rajoy del 2012, excluyendo a personas –entre ellas las inmigrantes– de la cobertura del

sistema nacional de salud y sustituyendo la lógica del derecho universal por la del aseguramiento.

Comienzan a llegar datos sobre el impacto que, en términos de desigualdad y de salud, puede tener la pandemia del coronavirus en un país como EUA que, a pesar de su riqueza y de ser el que más recursos económicos dedica en términos de PIB a gasto sanitario –mayoritariamente privado– no dispone de un sistema público de salud de acceso universal.

Esta superioridad se demuestra también en el terreno económico. Es el Estado y no el mercado el que está soportando el envite de la paralización económica, del letargo en el que ha entrado la economía; el que garantiza unos ingresos mínimos a las personas; el que puede ayudar a las empresas a soportar este tsunami para no desaparecer. La “mano invisible” del mercado ha desaparecido de golpe.

Ahora solo hace falta que aprendamos también que el estado requiere capacidad fiscal. Y que todo lo que se pretenda ahorrar en estado social se termina pagando más caro, porque cuando se externalizan riesgos estos acaban rebotándonos con mayor intensidad en nuestra cara.

Estos días se hacen comparaciones y en el centro de muchos comentarios aparece Dinamarca. No deberíamos olvidar que el país de la sirenita tiene una capacidad fiscal de más del 10,5% del PIB superior a la nuestra.

Estamos asistiendo al milagro de la súbita conversión de entusiastas liberales en fervorosos keynesianos. En ocasiones incluso con la fe de los “marranos”, a los que deberíamos recordar que no se puede ser ultra-liberal en la política fiscal y keynesiano en el gasto social y de apoyo a las empresas.

Sexta enseñanza: la necesidad de reequilibrar el papel del Estado y el mercado y reforzar nuestro estado social con una fiscalidad suficiente, equitativa y eficiente.

El federalismo existe, la cooperación es posible

Una de las alegrías de esta crisis ha sido comprobar la capacidad de cooperación de los técnicos y las autoridades sanitarias de las Comunidades Autónomas. Está siendo loable y genera esperanzas porque rompe con una supuesta maldición bíblica.

Se puede y se debe cooperar. Se puede disponer de una gran descentralización de las competencias y al mismo tiempo ir todas a una. Eso es mucho más fácil cuando en el centro de las decisiones están las personas y

no las estructuras de poder institucional.

Pudiera parecer que esa colaboración se ha roto con la declaración de estado de alarma, pero es exactamente lo contrario. A pesar de las salidas de tono de algunos dirigentes políticos y autoridades autonómicas –de diferentes colores por cierto– los responsables sanitarios de las Comunidades Autónomas y de la administración central han continuado cooperando.

El federalismo, que incluye distribución del poder y lealtad, existe. La cooperación federal es posible, y ha demostrado su potencialidad. Necesitamos trasladar esas enseñanzas a la construcción política de Europa.

Estamos siendo federalistas, aunque como sucede con los que escriben en prosa y no lo saben, no somos suficientemente conscientes de ello. Estaría bien que esta actitud no quedará reservada solo para las grandes crisis.

Séptima enseñanza: la necesidad de apostar por la cultura federal y el federalismo como forma eficiente de gobierno.

La centralidad social del trabajo

Mejor sería hablar de la centralidad de los trabajos. En pocos días se ha pasado de teorizar sobre el fin del trabajo y mitificar la robotización a poner en valor el trabajo, los trabajos.

En primer lugar, el de los empleados públicos, tantas veces maltratados con críticas a perdigonadas. De golpe algunos se despiertan y descubren la importancia del trabajo de los agricultores, de las personas que trabajan en la cadena de distribución de alimentos, de la logística. Personas a las que en general suele ningunarse en las valoraciones sociales y en las políticas empresariales y públicas.

También el trabajo de los cuidados. Algunos descubren ahora que, en esta sociedad, trabajar y cuidar al mismo tiempo deviene una misión imposible y quienes lo intentan, mayoritariamente mujeres, corren el riesgo de morir en el intento.

Deberíamos poner en valor todo ello y ser capaces de producir un cambio en nuestros valores. Aunque de manera incipiente, lo hace el Real Decreto Ley 8/2020 que adopta medidas económicas, sociales y laborales.

Cuando se reconoce el derecho a prestaciones de desempleo a las personas que vean suspendido su contrato de trabajo, aunque no tengan cotizaciones suficientes, se sustituye la lógica contributiva que infunde nuestro sistema de

protección social por la de protección de necesidades sociales garantizando un mínimo vital.

Algo parecido sucede en relación a los cuidados. El derecho a cuidar se equilibra en esta norma al de las necesidades organizativas de las empresas, lo que ha generado incomprensibles críticas de la CEOE. Aún de manera insuficiente, y sin embargo, la disrupción que contiene esta norma es culturalmente importante.

Deberíamos tomar nota de ello, porque en el futuro van a ser muy frecuentes las situaciones en que nuestros modelos de protección social no van a poder dar respuesta a nuevas necesidades. Y ahí aparece con fuerza la idea de las rentas básicas o las rentas garantizadas de ciudadanía. De hecho, si la renta garantizada de ciudadanía estuviera en funcionamiento, ahora nos ahorraríamos tener que improvisar regulaciones farragosas y de compleja tramitación.

Otro de los velos que ha caído es el fariseísmo en relación al reconocimiento social de los trabajos que consideramos imprescindibles para nuestras vidas, pero a los que continuamos maltratando.

En medio de los aplausos al personal sanitario nos llega una sentencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea que confirma lo que todos sabemos: el abuso hasta límites insostenibles de la temporalidad del personal sanitario. Entre noticia y noticia acerca de importantes investigaciones científicas sobre el coronavirus se nos cuele una que nos advierte de que muchos de estos investigadores están en la peor de las precariedades laborales a pesar de que algunas llevan dos décadas de investigación a sus espaldas. Fíjense que se trata de casos muy evidentes de externalización de costes desde el sistema hacia las personas y los riesgos que ello comporta.

Estos días reconocemos el esfuerzo de las trabajadoras de residencias, de profesionales de servicios sociales, de atención a las personas, de limpieza, personas a las que en general se les maltrata respecto a sus salarios y condiciones de trabajo. No es casualidad que en su inmensa mayoría sean trabajos realizados por mujeres y que muchas provengan de la inmigración. El ejemplo que mejor ilustra esta perversión social es el de las empleadas domésticas de 24 horas, sometidas en muchos casos a condiciones draconianas de trabajo, como no se cansa de denunciar la activista social y sindicalista Carmen Juarez.

Octava enseñanza: el trabajo, los trabajos, continúan teniendo una gran centralidad social. Deberíamos resetear nuestra escala de valores, nuestros modelos retributivos y los sistema de protección social.

El sistema económico hace aguas

La gran recesión nos los advirtió y como no se le hizo mucho caso, la pandemia del coronavirus viene para recordárnoslo de manera brusca.

Las bases sobre las que se sustenta nuestro modelo económico no se sostienen. Ni es el lugar ni tengo la capacidad para un análisis más exhaustivo, pero sí quiero aportar algunas observaciones.

Es cierto que esta crisis global tiene un detonante muy puntual que se define como pasajero, pero su impacto está siendo brutal porque irrumpe en un modelo socio-económico agotado.

Entre las causas profundas, que no deberían confundirse con el detonante del coronavirus, tenemos un aumento brutal e imparable de la desigualdad de rentas y de riqueza, que se retroalimentan; la incapacidad de los instrumentos de reducción de las desigualdades en la distribución primaria de la renta (el sistema educativo y los mecanismos de fijación de salarios); la pérdida de fuerza redistributiva ex-post de los sistemas fiscales, afectados por un coctel explosivo de liberalización absoluta de los mercados de capitales y no armonización de los sistemas fiscales.

La hegemonía del capitalismo financiero global ha generado el espejismo de una sociedad constituida por trabajadores pobres que se pretende sean al mismo tiempo activos consumidores, por la vía del endeudamiento. Eso fue lo que saltó por los aires con la gran recesión pero continúa formando parte del paradigma dominante aún hoy. El endeudamiento es un espejismo que no reduce la desigualdad social, sino que la agrava, en la medida en que convierte la deuda en un poderoso soberano que termina ostentando un poder absoluto que sustituye a las instituciones democráticas. Lo comprobamos durante la gran recesión con la condicionalidad de las ayudas a los países en crisis y aún hoy algunos pretenden que la flexibilización de las reglas del Pacto de Estabilidad esté condicionada a la adopción de determinadas políticas.

No saldremos de esta crisis endémica, agravada por el coronavirus, mientras los pilares sobre los que se sustenta nuestra sociedad sean los que hemos descrito.

Todo apunta que se ha llegado a un punto de inflexión en el proceso de globalización económica. Lo que no está claro es hacia dónde nos dirigimos. La desglobalización, que ya ha comenzado, puede canalizarse hacia más unilateralismo, proteccionismo económico con las consiguientes derivas aislacionistas y xenóforas. O bien puede ser un proceso que combine una

moderación del ritmo de globalización económica con el de una aceleración de las diferentes formas de globalización política.

En este sentido la Unión Europea puede, y debería, jugar un papel importante, que no será -no puede- ser el de un Estado supranacional ni nada que se lo parezca. Esperemos que el coronavirus sea el punto de inflexión en la ceguera de los dirigentes políticos de los Estados nacionales.

Novena enseñanza: la urgencia de alumbrar un nuevo modelo de globalización, en el que sus vertientes económicas y políticas estén más equilibradas.

Cooperación versus competitividad

Quizás todas estas enseñanzas se pueden resumir en una que es la clave de bóveda. Necesitamos urgentemente restituir el equilibrio entre competencia y cooperación, el que nos ha permitido avanzar como humanidad y que cada vez que se ha roto nos ha conducido al abismo.

Uno de los efectos más perversos de la contra-revolución conservadora de los últimos cuarenta años ha sido la ruptura de este equilibrio, la exaltación de un gran Dios, el mercado, como regulador de todas nuestras vidas -no solo la economía- y de su profeta en la tierra, la competitividad a ultranza, sin límites ni contrapesos.

Un desequilibrio que se agranda en los últimos años fruto de respuestas unilateralistas y aislacionistas a la crisis de la globalización sin reglas ni derechos. No será fácil restituir muchos de los equilibrios rotos, pero la única salida pasa por reforzar la cooperación en todos los ámbitos, en el terreno de la ciencia, de la economía, de las políticas.

Esta dialéctica cooperación versus competitividad no es una disquisición teórica. Tiene muchas derivadas concretas, algunas de las cuales aparecen en esta reflexión.

La décima y gran enseñanza de esta crisis pasa por invertir los valores dominantes de las últimas décadas, potenciando en todos los ámbitos de la vida la cultura de la cooperación.

La crisis como gran oportunidad

Si algo caracteriza este mundo es la falta de certezas, porque las que teníamos se han ido al garete. Por eso nadie es capaz de predecir qué pasará después de esta pandemia y de la crisis brutal que le acompaña. Todas las

interpretaciones que hagamos ahora serán más declaraciones voluntaristas o temerosas que otra cosa.

Ya ha comenzado el debate entre los que están convencidos que esta catástrofe nos conducirá a repliegues identitarios, actitudes xenófobas, insolidaridad y autoritarismo como reacción a los miedos generados y quienes están convencidos o quieren creer que se nos abre una oportunidad para construir nuevas bases económicas y sociales de convivencia que refuercen la cooperación y la solidaridad –que en el fondo no es más que cooperación interesada.

Lo único que parece seguro es que el futuro no está escrito, no es determinista, que depende de nuestra capacidad para canalizarlo en una u otra dirección. En cambio el pasado sí que nos envía algunos mensajes nítidos. En general la humanidad ha avanzado después de grandes debacles, aunque no siempre después de la destrucción vengan de manera inmediata los avances. Para ello son determinantes la acción colectiva de las sociedades y las políticas que esa acción impulsa.

Esta catástrofe nos brinda una gran oportunidad para, aprovechando sus enseñanzas, abordar un cambio social de envergadura. Aunque para ello lo primero que tenemos que hacer es rearmarnos ideológicamente. Sin ello, el cambio será un mero brindis al sol.

Gran parte de los paradigmas y valores dominantes de los últimos cuarenta años han saltado por los aires, entre otras cosas porque ya quedaron debilitados con la gran recesión. Pero sus raíces son muy profundas y no caerán por sí solos, como fruta madura.

Como nos recuerda Piketty en su *Capitalismo e ideología*, las políticas igualitaristas nacidas después de la segunda guerra mundial tuvieron un humus que fue la gran destrucción sufrida y la pérdida importante de riqueza, que forzó cambios políticos importantes, especialmente en materia fiscal. Por supuesto también la capacidad de intimidación que generó la aparición de un modelo social alternativo, la revolución bolchevique, aunque después demostrara ser un espejismo.

Estos días en un hilo de twitter (parece que las redes sociales se pueden usar en positivo) Luis Miler, sociólogo y científico del CSIC, resumía su optimista lectura de la situación en tres ideas. Primera, las pandemias funcionan como grandes niveladores sociales en la medida que destruyen la riqueza de aquellos que más tienen (ya veremos cómo evolucionan los mercados bursátiles, porque un escenario final puede ser una mayor concentración en la propiedad del capital). Segunda, la ciudadanía (incluidos los más ricos, que

también se ven preocupados por la pandemia) está dispuesta a asumir políticas que suponen unos mayores sacrificios, como aceptar aumentos impositivos que contribuyan a la reconstrucción después de la catástrofe. Tercera, las crisis globales, y esta lo es, modifican nuestras preferencias sociales y políticas, nos hacen más cooperativos y solidarios. Ojalá que así sea.

Pero los procesos históricos no tienen una sola explicación y además no entienden de determinismos. Todo aquello que sucedió de una determinada manera pudo perfectamente evolucionar hacia otros vericuetos. Y eso puede volver a repetirse ahora.

Esta crisis, a diferencia de otras, viene originada por una pandemia de la que nadie se siente protegido, ni en términos de salud, ni en el plano económico. Ahora, el coronavirus ya no distingue entre las cigarras del sur de Europa y las hormigas del centro y el norte, el imaginario que de manera perversa se impuso en la gran recesión. Desgraciadamente va a continuar afectando mucho más a quienes menos tienen y a quienes menor protección disponen, pero nadie puede sentirse a salvo. Y eso comporta un gran incentivo para actuar de manera cooperadora.

Por eso no deberíamos dejar pasar ni un día para desde ya, pero especialmente cuando le ganemos la partida al coronavirus, reflexionar sobre las enseñanzas que nos deja esta crisis y cómo las ponemos al servicio de un cambio social.

[Fuente: **ctxt. Contexto y Acción, nº 258, 24/03/2020**]

24/3/2020

Rafael Poch de Feliu

El Imperio y el Capital no cierran en domingo

Sobre los dilemas e inercias de los gobernantes durante la pandemia

Ante una crisis de gran alcance histórico en la que hay millones de vidas humanas potencialmente en juego como la que estamos entrando, el sentido común le sugiere a la lógica imperante una pausa, un receso, una jornada de descanso como la que el propio creador se concedió. Nada de eso: el Imperio no cierra en domingo.

Felices eran los días en los que nos preocupaba el riesgo de que Trump desencadenase una guerra contra Irán, la virulencia de las artificiales tensiones con Rusia, la intensa guerra comercial y propagandística contra China, o los incendios de California o Australia. Se evitó el bombardeo

americano de Irán, pero las sanciones de Washington -el Secretario de Estado, Mike Pompeo, acaba de anunciar su refuerzo- están incrementando allá los efectos de la pandemia. Es imposible comprar medicinas y suministros esenciales cuando, según la reputada Universidad Sharif de Tecnología de Teherán, ya se están produciendo; una muerte cada diez minutos, 50 nuevos afectados por hora (viernes, 20 de marzo), y se barajan escenarios de 3,5 millones de muertos. Eso sería más del triple de la mortandad causada por la guerra con Irak de los ochenta. En la actual coyuntura -y eso vale igual para Cuba, Venezuela, Corea del Norte, Siria y otros- las sanciones son puro terrorismo.

Mientras en California se están abriendo las cárceles en previsión de un contagio generalizado, en Gaza hay dos millones de palestinos -con 60 UCIs para todos y 1,2 camas por mil habitantes- encerrados y privados por Israel de suministros fundamentales. La inercia es la de siempre.

UE: Había una vez un circo

En Europa el espectáculo es sobresaliente. El 4 de marzo Alemania decretó una prohibición de exportación de artículos de protección médica al resto de la UE. El ministro de sanidad alemán, Jens Spahn, respondió dos días después a las críticas de Bruselas, diciendo que la UE debía prohibir tal exportación al exterior de su espacio en lugar de criticar. Ante el escándalo, Alemania introdujo el día 12 algunas excepciones en su prohibición, entre indicios de que su principal agencia de control y prevención de enfermedades, el *Robert Koch Institut* está embelleciendo a la baja las cifras de muertos y afectados en el país.

En esas circunstancias, Italia dirigió su petición de ayuda a China, Cuba y Venezuela -países objeto de sanciones europeas- después de que “ni un solo país de la UE” respondiera a sus peticiones, según el embajador italiano ante la UE, Maurizio Massari. Instalada en una “lógica nacional” hacia sus socios, Alemania, “se ha cargado las últimas ilusiones” sobre la UE, se lee en un diario tan europeísta como *La Repubblica*. Las prohibiciones exportadoras de la UE eran citadas por el Presidente serbio Aleksandr Vucic en una carta a Xi Jinping en estos términos: “la prohibición nos ha llegado de la misma gente que nos aleccionaba diciendo que no debíamos comprar productos chinos”. En la crónica europea se echan a faltar informes sobre Grecia, cuyo sistema de salud fue particularmente devastado por la inflexibilidad europea.

El 12 de marzo Trump anunciaba su prohibición de viajar a Estados Unidos para los ciudadanos de la zona Schengen. Bruselas denunció la medida como una estupidez populista. Cuatro días después, el 17 de marzo, Bruselas prohibía todos los viajes entre países no europeos y la UE durante 30 días...

La pandemia retrata a cada uno. A Trump, por ejemplo, ofreciendo mil millones a la empresa alemana *CureVac* para hacerse con la exclusiva de un supuesto tratamiento contra el virus. En esa foto de grupo, China es la que sale más favorecida, pese a la masiva reeducación de los uigures, a la falta total de complejos a la hora de instalar su sistema de vigilancia ciudadana por puntos y al resto de la lista que la realidad -y también la propaganda- acumula contra ella. Como lamenta un comentarista del *Wall Street Journal*: “hay indicios de que China espera usar la crisis para fortalecer su posición global”. Otro observador de mayor calidad, Patrick Cockburn, resume así la situación: “Al fracasar en una respuesta coherente ante la amenaza y acusar a los extranjeros por su difusión, Trump ha arrinconado a Estados Unidos y socavado el papel hegemónico que ha desempeñado desde la Segunda Guerra Mundial. Incluso si Biden es el próximo presidente, en el mundo post pandemia Estados Unidos habrá perdido su indiscutible primacía”.

Dilemas y estrategias de los gobiernos

Con su estricta política de contención en el foco inicial e intenso intercambio de información con el resto del mundo, China ayudó a Occidente a prepararse. Brindó tiempo. El hecho de que esa política exitosa fuera también practicada en lugares como Taiwán o Corea del Sur, invalida el tontorrón argumento de la “ventaja de la dictadura”. La diferencia que habrá que explorar apunta más bien a mentalidades colectivas, prácticas de buen gobierno y prioridades gubernamentales. No se trata de China, sino de lo que podríamos llamar “estrategia de Asia Oriental”.

Sea como fuere, Occidente ha perdido un tiempo precioso al vacilar a la hora de aplicar una política que al final no ha sido de estricto confinamiento a la china, ni de control generalizado a base de test, sino de *relativa restricción* de movimientos. Ahora ya, uno tras otro, los gobiernos europeos, en Italia, España, Francia, Austria... , se pronuncian por la ampliación temporal de sus medidas restrictivas que los científicos califican de insuficientes y claman desesperadamente como causa de futuros males mayores.

La vacilación de los gobiernos occidentales también tiene que ver con el enorme dilema que esta crisis plantea: para contener la pandemia hay que matar la economía. Si se trata de dos o cuatro semanas de quietud, como pensaban inicialmente en la UE, el asunto era serio, pero si se trata de seis semanas, o de algunos meses, entonces a lo que se enfrentan los gobiernos es a un colapso económico con hundimiento del sector servicios, depreciación bursátil, contracción del consumo y las exportaciones, y, finalmente, millones de despidos laborales.

Tal es el dilema al que se enfrentan hoy los que mandan en Occidente: o se

opta por una larga *hibernación*, con lo que la pandemia se contendrá pero la “economía” se hundirá, o se opta por la actual *restricción soft* con la economía en apuros y una gran mortandad. Al día de hoy seguramente nadie sabe cual de las dos opciones es más dañina, pero lo que está claro es que lo primero no es computable para quienes representan políticamente los intereses de los más ricos, porque el Capital tampoco cierra los domingos.

Mientras en Francia, Italia y España, los gobernantes, aprueban dineros y subsidios especiales, discursos y actitudes como las de Boris Johnson, Angela Merkel, Donald Trump, Jair Bolsonaro y otros, evidencian, la opción por el “abierto las 24 horas”: cualquier cosa menos el colapso económico. Johnson, y al parecer también los holandeses y suecos, ha dibujado un cierto “*laissez faire*” a la pandemia. Merkel ha añadido un cierto fatalismo. Todo ello cosido por la sugerencia del darwinismo social: que sobrevivan los más fuertes, confiémonos en la “inmunidad colectiva”, etc. En su discurso del miércoles, la canciller alemana no propuso nada, ninguna medida. Cero. “Estoy completamente segura de que superaremos esta crisis, pero ¿cuántas víctimas habrá? ¿cuántos seres queridos perderemos?” dijo, antes de apelar a la “disciplina de cada cual”. Y ahí lo dejó.

Opciones como suprimir los planes de rearme de la OTAN (400.000 millones para los 29 estados miembros en los próximos cuatro años), o subir un 20% los sueldos de los más expuestos, profesionales de la sanidad, repartidores, dependientes de comercio, conductores, son medidas de sentido común que deberían estar en los discursos de todos.

La crisis económica y social que se dibuja abrirá ciertamente algunas oportunidades, **hemos dicho**, desde nuestra ligera ignorancia, que la pandemia contiene ciertas oportunidades de cambio, , pero lo que va a abrir a corto plazo, y con toda certeza, es un sufrimiento humano enorme, y muy especialmente entre los más débiles, pobres y vulnerables. De la misma forma en que no es lo mismo el confinamiento en un piso-colmena del extrarradio que en una amplia villa con jardín, tampoco es lo mismo vivir con la mitad para los que tienen mucho, o suficiente, que para quienes no llegan a fin de mes o están en precario. Somos una sociedad dividida en clases.

[Fuente: **Blog personal**]

21/3/2020

Daniel Bernabé

La propagación del coronavirus por Europa contra la narrativa centroeuropea derechista⁴

Australia ardía, recuérdelo. Así empezó el 2020, con unos impresionantes incendios forestales en la isla continente, imágenes de gente huyendo por caminos polvorientos, columnas de humo que se veían desde el espacio, koalas rescatados en el último minuto. Cambio climático, verdad incontrovertible convertida en llamas. Parecía que ya teníamos la gran catástrofe de este año. Pero no.

Veintisiete de marzo de 2020. Con cientos de miles de infectados y miles de muertos por todo el mundo, el ministro de finanzas de los Países Bajos acusa a Italia y España de no prevenir la catástrofe del coronavirus. Obvia que su país quiere "exportar" enfermos a Bélgica, se calla que los países del centro de Europa salieron beneficiados de una crisis donde colaboraron, con su inacción, con los fondos buitres que saquearon la deuda soberana de sus socios del sur. El primer ministro de Portugal, el socialista António Costa, le puso en su sitio calificando las declaraciones de repugnantes. Inconsciencia absoluta, mezquindad recurrente, añadió Costa, avisando que la supervivencia de la UE peligrará con estas actitudes.

La narrativa, la maldita narrativa. Esa forma de entender la política tan sólo como un juego de fantasmagorías donde lo único importante es trazar una línea discursiva exitosa. En este caso la de que los perezosos habitantes mediterráneos no se tomaron en serio la amenaza y que ahora vienen a lloriquear a los laboriosos europeos, los de verdad, condición que nos adjudicaron pero nunca se creyeron salvo para desindustrializarnos y convertirnos en un gigantesco bar con playa donde orinar su calvinismo. Algo parecido dice la derecha española, tan patriótica contra los catalanes, tan timorata contra los que tienen el dinero. Pero no, de nuevo. La política no es sólo una narración, es transformar lo real y a ser posible hacerlo en términos equitativos.

¿Es cierto que Europa es uno de los epicentros de la enfermedad debido a la imprevisión italiana y española? En los párrafos que siguen intentaremos explicar que, aunque aún no se sabe a ciencia cierta cómo se ha extendido el covid, sí podemos afirmar que no lo ha hecho como la narrativa centroeuropea derechista afirma. Ya es hora de defender nuestra dignidad y soberanía.

Origen de la Pandemia

El 31 de diciembre de 2019 el Gobierno chino informa a la Organización Mundial de la Salud (OMS) sobre la aparición de casos de neumonía de una etiología o causa desconocida en Wuhan, ciudad de la provincia de Hubei. La

OMS hace público el informe el día 5 de enero de 2020, comunicando que existen 44 casos detectados. De acuerdo a las autoridades algunos pacientes eran trabajadores del mercado de pescado de Huanan, aunque de acuerdo al equipo de investigación chino no había evidencia de transmisión entre humanos.

¿Mentía el equipo chino? ¿Qué sentido tenía hacerlo si ya habían dado aviso al mundo entero del problema? ¿El virus aún no era tan contagioso o simplemente lo habían valorado erróneamente?

La OMS en el comunicado del 5 de enero no recomendaba "ninguna medida específica a los viajeros. En caso de síntomas de enfermedad respiratoria durante o después del viaje (a Wuhan), los viajeros deben buscar atención médica y compartir su historial de viaje con los sanitarios".

El 1 de enero se cierra el mercado de Wuhan. Entre el 9 y el 16 de enero se registran las primeras muertes, la autoridad sanitaria de la capital de Hubei lo hace público. El 20 de enero se confirma la transmisión entre humanos. El 23 de enero se cierra la provincia de Hubei, lo que el representante de la OMS en China califica de medidas sin precedentes.

El 13 de marzo de 2020 el South China Morning Post publicó que, según documentos del Gobierno, el paciente número 1, un hombre de 55 años, se infectó el 19 de noviembre en la provincia de Hubei. Se asume que el 20 de diciembre había unos 60 casos y aunque aún se desconocía la causa los síntomas eran coincidentes a los del covid. Si el virus estuvo circulando un mes libre sin que aún nadie reparara en él, y si la trazabilidad de los casos es correcta, debemos deducir que el virus aún no tenía la misma capacidad de transmisión que el actual. El paciente cero, el que supuestamente contrajo la enfermedad al estar en contacto con algún animal, aún no ha sido hallado. Algo que es de vital importancia ya que esto podría ampliar nuestro conocimiento sobre la nueva enfermedad.

En todo caso, incluso con una hipotética capacidad de transmisión limitada, aun con unas medidas sin precedentes por parte del Gobierno chino, el virus tuvo casi dos meses, del 19 de noviembre de 2019 hasta el 23 de enero de 2020, cierre de Hubei, para expandirse fuera de su presunta zona de inicio. Todo había comenzado.

España e Italia, escenografía de un desastre

El día 30 de enero de 2020 Italia registra su primer caso importado de coronavirus. En el país transalpino los positivos son un par de turistas chinos que muestran síntomas en un hotel de Roma. Como procedían de Wuhan

rápidamente se toman todas las medidas de contención, los pacientes son confinados e incluso se clausura el hotel para desinfectarlo. Los turistas llegaron al aeropuerto de Malpensa, en Milán, el 23 de enero y pasaron hasta llegar a la capital italiana, el día 28, por Verona y Parma. A las 10 de la mañana del 31 el Gobierno italiano declara un estado de emergencia (potencial) por seis meses y bloquea los vuelos con China. Francia desvía un vuelo con la misma procedencia a la base militar de Istres y decreta el confinamiento de sus viajeros. Rusia cierra fronteras con China. Dos casos se confirman en el Reino Unido. La OMS declara la emergencia sanitaria global.

El primer caso registrado en España se da el 31 de enero de 2020 en La Gomera. El paciente es un turista alemán. El segundo caso en España es un turista británico en Palma de Mallorca, el 10 de febrero. El 12 de febrero se cancela el Mobile World Congress en Barcelona. Estamos en ese momento en que los titanes de la comunicación, Ana Rosa Quintana y Eduardo Inda, califican en el programa de la reina de las mañanas de "ejercicios espirituales" el confinamiento de 19 repatriados de Wuhan y de "exageración y barbaridad" las medidas de precaución ante los casos. Guarden, no obstante, la procedencia de los primeros casos en España, alemán y británico, en un rato les explico por qué.

En Italia el 14 de febrero un hombre de 38 años va al médico y sus síntomas son catalogados como los de una gripe. Empeora y va al hospital el día 16 de febrero, nadie toma medidas especiales, hasta que el 19 su mujer comunica que ha estado en contacto con un amigo que había venido de un viaje a China: es entonces cuando se disparan las alarmas. El día 20 se registran tres nuevos casos de neumonía. El día 21 ya son 15 las personas contagiadas. Cinco médicos y tres pacientes del hospital de Codogno, en Lombardía, donde acudió el paciente 1. Su mujer, embarazada, también tiene el virus. Tres clientes de un bar y el hijo del dueño, que había jugado al fútbol con el hombre infectado, más el médico de atención primaria, completan la secuencia. Se había dado inicio al clúster de Lombardía. Para el 22 de febrero ya son 76 nuevos casos. Guarden de nuevo un dato, el amigo del paciente 1 que había venido de China dio negativo en la prueba.

En España un médico y su mujer que han ido a pasar unas vacaciones en Tenerife, procedentes de Lombardía, dan positivo. Se aísla el hotel con 700 personas. Es el día 24 de febrero. El 25 se registran tres casos en la península, todos en personas que han venido de Italia. Para el 26 de febrero tenemos el primer caso local, en Sevilla, el paciente no había salido de España, pero presentaba síntomas desde el día 12 de febrero, esto es, cuando ni siquiera se ha registrado el clúster de Lombardía. Guarden de nuevo el dato. El 19 de febrero el Valencia CF se desplaza a Milán a jugar con el Atalanta. Unos 40000 aficionados de Bérgamo se trasladan a Milán para presenciar el encuentro,

unos cientos de valencianos acuden también a la cita, un acontecimiento que para la OMS resulta clave en la expansión del virus dentro de Italia. El 26 de febrero se descubre que un hombre murió en Valencia el día 13 de febrero por coronavirus. Había viajado a Nepal, que dista de Wuhan 2929 kilómetros. Para el 4 de marzo se cancelan los congresos sanitarios y los eventos deportivos en los que concurran países afectados, mientras que el ayuntamiento de Madrid anuncia la construcción de una noria gigante. El nueve de marzo son 999 los casos registrados en España. Se cancelan las clases en Madrid, Vitoria y Labastida.

El día 10 de marzo los acontecimientos se suceden en cascada, se aplazan las Fallas, cesan los vuelos entre Italia y España, se prohíben los eventos de más de mil personas y se cierra el congreso por el positivo del parlamentario ultra Ortega Smith que había pasado unas vacaciones en Italia. El 12 de marzo se confina a la población catalana de Igualada, se cierra toda la educación en España y se suspende la liga de fútbol. El viernes 13 de marzo se anuncia el estado de alarma y el día 14, por encima de lo humano siempre lo divino, se hace oficial la suspensión de la Semana Santa sevillana.

La narrativa centroeuropea y de la derecha española abunda en dos aspectos: uno la imprevisión ante lo que sucedía en China, otro la falta de medidas. Como han visto en la sucesión de hechos ambos Gobiernos, el Italiano y el Español, tomaron medidas, vistas desde hoy, acertadas y desacertadas. Las incorrectas tuvieron que ver con un factor que quien escribe lleva señalando desde hace dos semanas: el mantenimiento de la actividad económica. De hecho, gobiernos derechistas como el de Reino Unido han esperado hasta el día 23 de marzo para confinar a su población, declarando abiertamente que preferían no dañar su economía antes que mitigar la expansión del virus. No en vano, dentro del Gobierno español, quienes apostaron por declarar el estado de alarma ya en la semana del nueve fueron los sectores progresistas del PSOE y Unidas Podemos.

Mantener las manifestaciones feministas del día ocho, como las Fallas, el fútbol, la Semana Santa, el congreso de Vox o el terraceo, fue un error. Pero hay que recordar que todos esos acontecimientos, los que se dieron, mueven mucha menos gente que una jornada laboral convencional en desplazamientos del centro a la periferia de las grandes ciudades. La derecha ha tomado el Día de la Mujer como chivo expiatorio, pero lo cierto es que ni la CEOE ni el sector de María Jesús Montero y Nadia Calviño deseaban paralizar la actividad económica. Y claro, para la derecha es más fácil culpar a las feministas que a los empresarios o al IBEX. Narrativa resuelta. Esto no exime al presidente Sánchez de haber actuado de forma más tajante algunos días antes, como tampoco a nadie que le acuse de imprevisión de no reconocer que el Gobierno español ha sido el Ejecutivo europeo en tomar las medidas

más contundentes respecto al contexto que se estaba dando. O mejor dicho, que parecía estar dándose.

El día 30 de enero, el programa Hora 25 de la Cadena Ser entrevista a Santiago Moreno, el jefe de servicio de Enfermedades Infecciosas del Hospital Ramón y Cajal de Madrid. Moreno explica respecto al coronavirus que "la tasa de mortalidad es baja pero las consecuencias si podrían ser devastadoras". Moreno hace referencia a algo con lo que ya nos hemos familiarizado, la curva de contagios. Puede que el virus no tenga una alta mortalidad, pero al contagiar a tanta gente tan rápido satura los hospitales con miles de enfermos. De hecho, el Informe Anual de Seguridad Nacional de 2018 dedica varias páginas al epígrafe "Seguridad frente a pandemias y epidemias". Resultan ridículas las informaciones que pretenden "destapar" que el Gobierno era consciente de la peligrosidad de la pandemia desde principios de marzo presentando documentos sobre lo esencial del material médico. Por supuesto que el Gobierno era consciente, tanto como el italiano. El problema, y volvemos a insistir, es que ambos actuaron, además de bajo la presión económica, en base a un contexto de confinamiento de contagios registrados que se debería haber dado en toda la Unión Europea. Pero no fue así.

El árbol de la tragedia

Ahora les pido que recuerden los datos que les pedí que guardaran. El del primer enfermo alemán en Canarias, el del segundo enfermo británico en Baleares. El de los primeros pacientes de contagio comunitario en España e Italia en los que no se encuentra al paciente cero. El del primer muerto en España antes de la mitad de febrero. ¿Desde cuando lleva circulando el virus entre nosotros? ¿De dónde es su procedencia directa, de China?

Existe un proyecto internacional de código abierto llamado Nextstrain, cuya misión es rastrear el árbol filogenético de las enfermedades. Como les hago tan poco puestos como yo en estas cuestiones vamos a intentar explicar en qué consiste.

Nextstrain toma la secuenciación genética de los virus, proporcionada de forma pública por gran cantidad de hospitales y laboratorios a lo largo del mundo, para construir cómo es el "árbol genealógico" del virus, es decir, cuáles son sus ascendientes y descendientes. No es que los virus tengan hijos o abuelos, pero en su proceso de infección, cuando asaltan las células del huésped para replicarse, hay veces que experimentan pequeñas mutaciones. Estudiando estas pequeñas mutaciones, estos cambios, se puede rastrear el origen del virus que un paciente concreto padece.

O dicho de otra forma, cuando un virus infecta a un animal, en este caso un

ser humano, lo hace con el objetivo de replicarse. Para ello el virus se acopla a una célula del huésped y la utiliza para crear muchas más copias de sí mismo. El problema es que "rompe" esa célula. En el caso del coronavirus hablamos de las células del sistema respiratorio, con lo que los pulmones se inflaman, toman menos aire, presionan al corazón y pueden provocar un fallo catastrófico en el organismo. En estas replications el virus cambia a veces su código, es decir, experimenta una mutación. Aunque esta mutación sea muy pequeña aparece en la secuenciación del código genético del virus. De esta manera tenemos una forma de saber de dónde provienen los tipos de un mismo virus que están activos. Gracias a que muchos organismos sanitarios secuencian el código genético del covid, Nextstrain está construyendo la forma en que el virus se ha transmitido a lo largo del mundo. Y lo cierto es que tiene muy poco que ver con la narrativa centroeuropea derechista que nos lo han vendido.

Nextstrain ha registrado 1495 genomas del coronavirus, es decir, 1495 variaciones de la enfermedad a lo largo del mundo. Pone a disposición de cualquiera una herramienta para analizar cómo ha sido el viaje de la enfermedad a lo largo del planeta hasta el día 20 de marzo. Y aquí es donde empezamos a encontrar lo que nadie nos había contado hasta ahora.

En España existen tres divergencias registradas, la 8006, la 7005 y la 5003. Esto significa que las autoridades sanitarias españolas han proporcionado la secuenciación del código genético del coronavirus obtenido en pacientes, dando como resultado tres variaciones activas en nuestro país. Insistimos, registradas.

La divergencia 7005 se registró en el Hospital General Universitario de Valencia y procede de la provincia de Hubei en un 50%, de Shanghai en un 33% y de Guangdong en un 4%. Su fecha estimada de llegada a España está entre el 16 de enero y el 21 de febrero y tiene una extensión en Burgos registrada el 4 de marzo.

La divergencia 8006 se registró en el Hospital General Universitario de Valencia y procede en un 99% de Inglaterra. Las fechas estimadas de llegada a España están entre el 28 de febrero y el 2 de marzo.

La divergencia 5003 se registró en el Instituto de Salud Carlos III y procede en un 40% de la Comunidad Valenciana, en un 13% Génova, en un 10% Madrid y en un 10% Galicia.

Las divergencias 5003 y 8006 proceden a su vez de la gran rama 3002, que proviene de Hubei en un 42%, de Inglaterra en un 37%, de Shanghai en un 7% y de Minnesota en un 3%.

Que nos indican estos datos: una verdad inquietante en dos partes. La primera es que el virus, que ya ha sido secuenciado genéticamente, se introdujo en nuestro país en tres mutaciones, dos que venían de China y Reino Unido a través de Valencia, con una ramificación en Burgos, y otra que tiene procedencia italiana pero que saltó desde Valencia a Madrid y Galicia. Esto, insistimos, respecto a los casos que ha dado tiempo en este caos a secuenciar y que el proyecto Nextstrain ha compilado. Con fechas que se remontan a las dos últimas semanas de febrero.

Con esta misma secuenciación se ha deducido que el paciente 1 europeo, del que probablemente procede el paciente 1 italiano, es alemán. Se contagió a través de una compañera de trabajo que había estado en Shanghai entre el 19 y el 22 de enero, es decir, incluso antes de que se confinara a la ciudad de Wuhan. No es descabellado afirmar que los primeros focos de la extensión del coronavirus en Europa son alemanes y británicos, puesto que estos países son los centros empresariales con más contactos comerciales con China.

No es tampoco descabellado afirmar que el virus entró a España e Italia por múltiples vías, atendiendo a la secuencia periodística de los hechos y a la secuenciación genética de Nextstrain, pero que al menos es nuestro país existe una rama que proviene en un 99% del Reino Unido a finales de febrero. Si en ese momento ya teníamos un paciente de contacto comunitario en Sevilla podemos deducir que el virus ya circulaba indetectado por toda la península.

Toda esta secuencia de hechos no sólo invalida la narrativa de la derecha sobre la manifestación del 8M sino, y esto es mucho más importante, que sitúa la irresponsabilidad a la hora de contener el virus no en España e Italia sino en Alemania y Reino Unido. De hecho, observando el árbol de Nextstrain, el otro país importador de casos es Suiza, que no forma parte de la UE y conserva sus fronteras pero que es un epicentro de la actividad bancaria, por lo que tiene que tener un flujo incesante de viajeros con China.

Probablemente este artículo sea incapaz de cambiar la tendencia narrativa fijada en la opinión pública española mediante maniobras oscuras en redes sociales para extender el contagio narrativo de la imprevisión. Lo cierto es que, al margen de las dudas del Gobierno fomentadas desde el campo empresarial, el virus estaba ya en España y en Italia, en toda Europa, circulando desde las últimas semanas de enero.

Aunque estos datos no son especialmente concluyentes, los términos "gripe" y "neumonía", así como el de "influenza" en Italia, fueron significativamente más consultados en Google que los picos invernales de años anteriores. En España "gripe" tuvo un valor 40 en la semana del 26 de enero al 1 de febrero

de 2020, mientras que los picos de 2016 marcaron un 16, de 2017 un 30 y de 2018 un 32. En esa semana el término "coronavirus" y el de "gripe" competían en Google de 9 a 1, en la semana del estado de alarma el resultado era de 98 para el coronavirus frente a un 2 de la gripe.

Otro dato que tampoco ha sido expuesto a la lupa de la investigación es que España tiene al menos tres grandes conglomerados empresariales con sedes en Wuhan. La textil Inditex, la aérea IAG y la automovilística CIE Automotive. ¿Cuántos directivos viajaron entre Wuhan y España a lo largo de enero y febrero?

Conclusión: el virus se expandió en Europa desde Alemania, con sus hombres de negocios, y desde el Reino Unido, con sus turistas ebrios, además desde Suiza, con sus banqueros y maletines. España e Italia tomaron medidas cuando creían saber qué buscar, síntomas del coronavirus, y de dónde buscarlo, de China y en el caso de España de la propia Italia, pero no pudieron tener en cuenta que los centros del poder económico y financiero europeo, por lógica Berlín, Zurich y Londres, incluso sus propios directivos que viajaban a China, estaban expandiendo el virus al margen de los controles que se habían tomado.

La clave, siento contradecirlos, no es Pedro Sánchez, ni Giuseppe Conte, ni Fernando Simón, ni Pablo Iglesias, ni las feministas, ni siquiera los turistas chinos. Quienes trajeron y extendieron el virus por Europa fueron los centros financieros. La extensión física de las redes del dinero. Probablemente el último gesto de un cuestionable triunfo de la globalización.

Somos muchos más de los que pensamos

El Instituto de Estudios Avanzados de Viena publicó un informe el 19 de marzo que recogía conclusiones escalofriantes. Comenzaba explicando que: "El 16 de marzo de 2020, el Gobierno alemán tomó medidas drásticas para combatir la propagación del nuevo coronavirus SARS-CoV-2. Su objetivo es minimizar el contacto de las personas entre sí y, por lo tanto, limitar la propagación. El número absoluto de casos parece estar en cierto contraste: el viernes 13 de marzo, ¿solo hubo 504 casos? Incluso en el tercer día de las regulaciones del Ministerio de Asuntos Sociales sobre la ley COVID-19, solo había 1.471. Entonces, ¿son excesivas las medidas?".

Este centro de investigación ponía a la luz pública un hecho del que todas las autoridades europeas son consciente pero que no se atreven a hacer público: el número de infectados reales es exponencialmente mayor del registrado. Así calculaba para Alemania en la fecha del informe 177.229 casos reales, para Francia 459.955, para España 695.438 y para Italia 2.696.992. Una cruda pero

exponencial verdad.

Las razones por las que España e Italia sufren colapso hospitalario y un mayor número de muertos vendrían luego: una mayor esperanza de vida, un mayor contacto social entre jóvenes y viejos, unos sistemas de salud precarizados por el austericidio de la anterior crisis e incluso divergencias genéticas con los habitantes centroeuropeos. Ser más guapos y carecer de endogamia también nos tenía que salir más caro en alguna parte. Permítanme la broma.

Esta reconstrucción periodística sobre el coronavirus será completada en unos meses por los informes científicos. Nadie les hará caso porque todos habremos comprado la narrativa centroeuropea y de derechas sobre la enfermedad. No está de más que alguien, aquí, ahora, intente arrojar algo de luz a cómo una enfermedad que empezó en un mercado de China ha transformado el mundo en un decorado de una película de Roland Emmerich. Quizá este artículo no es un meme, quizá no es un bulo de guasap, pero quizá merece ser leído y compartido para que los que siempre se salen con la suya esta vez no lo hagan. Que la única pandemia que suframos sea la vírica, no la de la desinformación. ⁴

[Fuente: **Público**]

28/3/2020

Juan Torres López

De todas las opciones, eligen la peor y más cruel: esto es Europa

A última hora de la noche de ayer martes 24, los ministros de Economía y Finanzas de la Unión Europea acordaron proponer al Consejo Europeo que la respuesta financiera a la catástrofe del Covid-19 sea que los países que lo necesiten recurran a un préstamo del Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE). De todas las alternativas posibles es la peor, la más insuficiente y cruel. Explico por qué.

El MEDE es una entidad financiera creada por los 17 estados miembros de la zona euro en 2012 con el propósito general de proporcionar ayuda financiera mediante préstamos a los gobiernos que lo necesiten.

Pero esta ayuda se considera un "rescate" porque no se da en cualquier circunstancia ni para cualquier fin, sino sólo cuando lo pide un país que experimenta graves problemas de financiación y bajo condiciones muy estrictas.

El préstamo puede ser con interés por debajo de los del mercado y con un

plan de amortización suave que puede variar según los casos, de modo que puede resultar, ciertamente, más barato que acudir a la banca privada en una situación apurada.

Sin embargo, esta ayuda está no es automática ni incondicional. La solicitud del país rescatado deber ser evaluada por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y si es posible también por el Fondo Monetario Internacional. Y el préstamo formaliza mediante el llamado MoU (Memorandum of Understanding o Memorándum de Entendimiento) que es un documento en el que se imponen al país una serie de condiciones de obligado cumplimiento en materia de política económica y fiscal.

Las razones por las que me parece que este mecanismo es indeseable para hacer frente a los problemas económicos gravísimos que va a producir la pandemia que sufrimos son varias.

En primer lugar, porque, se quiera o no, recibir un préstamo del MEDE es un estigma. Significa que un país es rescatado y, por tanto, que de alguna manera ha fracasado en su política de estabilización macroeconómica.

Es evidente, sin embargo, que las necesidades financieras que plantea una emergencia sanitaria no son iguales que las derivadas de una mala gestión macroeconómica (suponiendo que entonces estuviera justificado aplicar un mecanismo como este que sacrifica y humilla a quien lo recibe).

Que no se engañe nadie: lo que hay detrás de esta propuesta que parte de los países de centro y norte Europa es aprovechar la ocasión para mostrarse superiores a los de la periferia, haciendo creer que las consecuencias letales de la epidemia son consecuencia de nuestra condición inferior y de nuestra incapacidad para gobernarnos con eficacia y sin despilfarro. Quieren castigarnos de nuevo para disimular que todo el entramado del euro está pensado y diseñado para que esos países absorban la mayor parte del valor y los beneficios que generamos los demás.

En segundo lugar, establecer que cada país acuda al MEDE por su cuenta para hacer frente a una emergencia sanitaria que afecta a todos los países es renunciar a principios elementales de cooperación y solidaridad, al esfuerzo común y a la complicidad que se supone que deben sostener a los estados miembros de una unión económica y política como la europea (e incluso más una unión monetaria como la Eurozona). Recurrir al MEDE no sólo es ofensivo sino que traiciona el espíritu europeo y proclama de facto que Europa se construye a partir de ahora a base del sálvese quien pueda. Si no hay esfuerzo mancomunado ni apoyo mutuo en medio de una emergencia que provoca la muerte de miles de europeos ¿cuándo los habrá?

En tercer lugar, porque el MEDE no puede proporcionar toda la financiación que sería necesaria para que una crisis sanitaria, humana, y económica como la que estamos viviendo se resuelva suficientemente bien.

Los ministros de Economía y Finanzas han propuesto utilizar unos 238.000 millones de euros para ofrecer líneas de crédito preventivas de hasta un 2% del PIB de cada país (algo menos de 25.000 millones en el caso de España).

Su insuficiencia es patente si se tiene en cuenta que sólo el plan de apoyo inmediato de Inglaterra es de 400.000 millones, que el de Dinamarca representa el 13% del PIB o que Estados Unidos acaba de aprobar una intervención de 2 billones de dólares. O si se considera que un grupo de expertos españoles valoraba ayer mismo como muy positivo que España recurriera al MEDE si la ayuda que recibiera fuese de 200.000 millones, casi todo lo que ha propuesto utilizar el Eurogrupo para todos los países.

En cuarto lugar, la alternativa del MEDE es la más cruel de todas las posibles por una razón muy sencilla. El Memorandum de Entendimiento sería sin lugar a duda la vía torticera que obligaría a España a aplicar de nuevo las políticas de recortes y desmantelamiento que son justamente las que han ocasionado que nuestros servicios públicos tengan ahora tantas dificultades para enfrentarse a la emergencia sanitaria. O digámoslo claro, las que han condenado a muerte a muchas personas y las que seguirían haciéndolo con el único objetivo de que el capital privado siga multiplicando sus beneficios.

Naturalmente, se me puede decir que los líderes europeos pueden ahora saltarse el Tratado del MEDE y dar los préstamos sin condiciones pero, si se pueden saltar los tratados, como de facto está ocurriendo cuando el Banco Central Europeo financia por la puerta de atrás a los gobiernos, ¿por qué no saltárselos entonces para que sea el BCE quien financia directamente en esta situación de emergencia?

El acuerdo del Eurogrupo es una auténtica vergüenza para Europa, un verdadero escándalo que la puede hacer saltar por los aires.

Como he explicado en otros artículos, hay otras posibles medidas que son menos costosas económicamente, más seguras, más solidarias y coherentes con el espíritu europeo y más respetuosas con la dignidad, con la soberanía y con el bienestar de las naciones europeas.

La exigencia de contar ahora con financiación extraordinaria no es el resultado de un derroche ni de un incumplimiento de normas previas sino de una emergencia que está matando a miles de personas. Actuar como están haciendo los líderes europeos, con egoísmo y sin diligencia, debería

considerarse como algo peor que un simple escurrir el bulto. Su comportamiento comienza a parecerse a un crimen económico contra la humanidad. La austeridad que impusieron en la anterior crisis mató a miles de personas y parece que siguen dispuestos a que eso vuelva a ocurrir. Espero que se imponga la razón y que los Jefes de Estado y de Gobierno que se reúnen mañana jueves vayan más lejos, rompan los grilletes de la insolidaridad que está atenazando a Europa y que corrijan este acuerdo. La emisión de eurobonos en mucha mayor cantidad de la prevista por el Eurogrupo o la intervención directa sobre empresas y familias del Banco Central Europeo son las alternativas únicas y urgentes. El MEDE no lo es.

[Fuente: [Público.es](https://www.publico.es)]

25/3/2020

Pascual Serrano

Cuba en tiempos de coronavirus

Durante la pandemia del covid-19 hemos mirado a las grandes potencias o países más afectados para informarnos y conocer sus medidas, pero quizás podemos encontrar algún ejemplo interesante en otros países. Y uno de los países que siempre han dado **buenos ejemplos a contracorriente de la línea dominante ha sido Cuba**. ¿Qué está sucediendo? ¿Qué medidas han tomado? ¿Cómo está reaccionado su sanidad y sus autoridades?

En Cuba los primeros casos de la enfermedad se diagnosticaron el 11 de marzo. Un día antes se identificaron cuatro turistas italianos con sintomatología respiratoria que se encontraban hospedados en un hostel en la ciudad de Trinidad de la provincia Sancti Spíritus y que habían llegado al aeropuerto de La Habana el 9 de marzo. Fueron ingresados y aislados inmediatamente en el Instituto de Medicina Tropical Pedro Kourí (IPK). Se les hicieron los pruebas y en 24 horas se tuvo el diagnóstico de coronavirus.

Las autoridades cubanas pusieron en aislamiento hospitalario a las siete personas que se relacionaron directamente con los extranjeros, el conductor del automóvil, la turoperadora y las cinco personas del hostel donde se hospedaron.

Ya desde el 2 de marzo, el Plan de Prevención y Control del nuevo coronavirus incluyó la regulación y la protección de las fronteras del país con medidas de control sanitario internacional en todos los puntos de entrada para contener la llegada de viajeros enfermos de coronavirus, además de asegurar el estricto

cumplimiento de las medidas de vigilancia y control sobre quienes llegaran procedentes de áreas con transmisión.

Posteriormente, el **6 de marzo, Cuba actualizó este Plan para la Prevención y Control**, incluyendo la "observación epidemiológica" de los viajeros procedentes de países donde ya hubiera contagios, contemplando medidas específicas como la toma de temperatura o el aislamiento en caso de que sea necesario. El plan incluía la necesidad de que las personas que llegaran con algún síntoma se presentaran en un centro asistencial y siguieran unas medidas de control durante 14 días. Igualmente, se difundieron entre la población las medidas de prevención y contagio, así como la información tranquilizadora de que **el país disponía de los reactivos necesarios para la prueba diagnóstica y los medicamentos necesarios** para tratar la enfermedad.

También se estableció que los hospitales militares cubanos serían utilizados como centros de aislamiento para pacientes enfermos con el covid-19. El 12 de marzo, tras la alarma por el resultado de los diagnósticos de los turistas italianos, se hace público que, tras la incorporación de los hospitales militares, están disponibles **en una primera etapa más de 3.100 camas en todo el país para la atención a esta enfermedad**, incluidas cien de cuidados intensivos, y que han sido definidos los centros y hospitales en cada territorio para el aislamiento y tratamiento de casos sospechosos o confirmados. En los servicios de urgencia se habilita una consulta especializada para los cuadros respiratorios y se establece una especial atención a las residencias de ancianos y otros grupos vulnerables.

El pasado 18 de marzo se contabilizó el enfermo número once de covi-19 en Cuba, se trata de un ciudadano canadiense, de 57 años de edad, que llegó el 14 a la ciudad de Holguín. De los 10 anteriormente confirmados, uno falleció esa madrugada y el resto presentan una evolución clínica estable, según las autoridades. Cuba mantiene ingresados para vigilancia epidemiológica a 356 pacientes, de los cuales 101 son extranjeros y 255 cubanos. Por su parte, el sistema de atención primaria de salud tiene en vigilancia a 26.415 personas.

A pesar de que la pandemia no ha llegado a la isla como para afectar gravemente a la producción económica como sucede en países como España e Italia, el gobierno cubano, acostumbrado a las catástrofes naturales, ha recordado que su legislación de 2014 establece que, ante situaciones de desastres de origen natural, tecnológico o sanitario que impida la realización de sus empleos, **los trabajadores reciben su salario íntegro durante un mes y el 60% durante resto del tiempo** que se alargue la suspensión de su actividad laboral.

El gobierno cubano también ha aprobado un gasto extraordinario para material fungible y de protección y equipos de terapia intensiva. Y, lo más novedoso, se activa un grupo de expertos en centros de investigación cubanos, que trabajan en **cómo aportar, a Cuba y a los países infectados, nuevos productos para tratar la enfermedad covid-19.**

El antiviral cubano

Ya en China, **los enfermos de coronavirus están siendo tratados por el antiviral cubano Interferón alfa 2B recombinante (IFNrec).** Este fármaco se está produciendo, desde el pasado 25 enero, en la planta chino-cubana ChangHeber de la provincia china de Jilin, y es uno de los productos estrella de la biotecnología cubana que también se usa contra infecciones virales provocadas por el VIH, el virus del papiloma humano y las hepatitis tipos B y C. Además, se ha comprobado su efectividad en terapias contra varios tipos de cáncer. El interferón Alfa es uno de los medicamentos recomendados para el tratamiento del covid-19 en **la guía** publicada el 6 de febrero de 2020 por médicos chinos de Wuhan, donde se originó la pandemia en diciembre de 2019. Este medicamento es uno de los productos desarrollados por el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología de Cuba (CIGB), creado en la isla en 1986.

Ante los buenos resultados en China, el interferón cubano se comenzó a incluir en el tratamiento de un enfermo de coronavirus en Sevilla, el primer caso de España. En el hospital Virgen del Rocío, con la autorización del Ministerio de Sanidad, se empezó a aplicar de forma experimental a un paciente Covi-19 un tratamiento combinado de inhibidores de la proteasa (lopinavir/ritonavir) junto con interferón. "Es decir, una combinación que estimula o refuerza las defensas, el sistema inmune", explican fuentes sanitarias.

La combinación de lopinavir y ritonavir inhibe y bloquea al virus del VIH y, se espera, actúe de forma similar con el coronavirus. El interferón beta, el otro fármaco utilizado en China y en Sevilla investigado en Cuba, tiene un mecanismo de actuación distinto. Es una de las llamadas proteínas señalizadoras que de forma natural producen las células del ser humano cuando son infectadas por un virus. Su objetivo es alertar a las demás células, que desarrollan así una mayor resistencia a la infección.

Las **autoridades sanitarias anunciaron** que, cuatro días después, el paciente de Sevilla con este tratamiento dio su primer negativo a esta enfermedad. Aunque la noticia es esperanzadora, **se necesitan más casos para considerarlo un éxito clínico**, si bien las autoridades cubanas señalan que el medicamento **ha colaborado en la curación de más de 1.500 pacientes.**

Los científicos insisten en que no se está hablando de una vacuna, sino de un tratamiento paliativo que, en la medida en que ya se ha utilizado para otros casos de infecciones víricas, desde hepatitis a VIH, ya ha superado muchas de las pruebas preliminares y puede comenzar a utilizarse en los enfermos. Previsiblemente, **el medicamento cubano también llegará a México** donde los científicos de ese país han tenido encuentros con los cubanos para estudiar el trabajo conjunto.

Por su parte, las **organizaciones italianas de solidaridad con Cuba han pedido al ministro italiano de Salud**, Roberto Speranza, solicitar la colaboración del gobierno cubano en el enfrentamiento a la epidemia del coronavirus covid-19.

El caso del crucero británico

Cuba también ha protagonizado, el pasado 18 de marzo, un gesto de solidaridad internacional que merece reseñarse. El **crucero británico MS Braemar, con cinco casos de coronavirus, pudo atracar** ese día en la isla, tras la autorización de las autoridades, para recibir y atender a los pasajeros hasta su posterior traslado al Reino Unido.

El barco, con más de 600 pasajeros, llevaba 10 días de odisea en el Caribe, sin ser aceptado en ningún puerto. Cuba organizó la compleja operación de desembarco y retorno al Reino Unido de cerca de 682 pasajeros, 668 de ellos de ese país y el resto de una docena de países europeos y de otras nacionalidades. La mayoría de ellos son ancianos, quienes permanecían desde hace una semana en el crucero británico MS Braemar sin ser admitidos en varios puertos del Caribe tras detectarse los cinco casos de coronavirus. **Por razones humanitarias y a petición de Londres, el Gobierno cubano aceptó recibirlos** y coordinar su retorno en cuatro aviones de British Airways fletados por el Gobierno británico.

Estos solidarios comportamientos en Cuba contrastan con otros, como la decisión de la alcaldesa de la ciudad ecuatoriana de Guayaquil, del Partido Social Cristiano, que ordenó que varios vehículos municipales entrasen sin autorización al aeropuerto de la segunda ciudad de Ecuador e invadiesen la pista de vuelo. El objetivo era impedir que no aterrizaran dos aviones procedentes de Madrid y de Amsterdam, que solo llevaban a la tripulación, con el objetivo de recoger a ciudadanos europeos y los trasladasen de vuelta a la UE. Mientras, los **banqueros de Wall Street están presionando** a las principales empresas de salud para que aumenten los precios por la crisis del coronavirus.

Óscar Mitillo

El conflicto social está servido

Nuestra sociedad lleva años atravesando una grave crisis social evidenciada —entre otros indicadores— por sus devastadoras cifras de paro, pobreza y exclusión social, Andalucía a la cabeza. Las desigualdades generadas empezaban ya a ser insoportables para muchos.

Con la irrupción del coronavirus, la ralentización económica que se venía iniciando se ha transformado ahora en una profunda crisis socio-económica. **Muchas personas se convertirán en nuevos pobres sumándose a amplias capas de nuestra sociedad.** Y los que ya lo eran, los situados en los últimos escalones económicos y que sobrevivían con pequeños ingresos ocasionales, en estas semanas (¿meses?) del COVID-19 dependerán absolutamente de los burocratizados e insuficientes recursos de unos Servicios Sociales recortados y colapsados tras años de abandono de lo público.

¿Qué será de las personas empleadas de hogar o cuidadoras de personas dependientes sin contrato despedidas a la nada? ¿O de quienes que hasta ahora se buscaban el sustento en la venta ambulante, mercadillos, recogida de chatarra o con otros trabajos precarios —como muchas personas jóvenes con unas pocas horas dados de alta—, los de pequeños trabajos en la economía sumergida, habitualmente porque no encuentran o no se les facilita otra opción? ¿O de las trabajadoras agrícolas migrantes de Huelva y Almería alojadas en asentamientos chabolistas misérrimos, o los migrantes hacinados en CIE y otros espacios, o las personas sin hogar? ¿Cómo protegerán todos ellos su salud y/o sus ingresos? ¿Cómo harán frente a sus gastos y obligaciones?

El estado de alerta, suspende su escasa y vital actividad laboral o les obliga a quedarse en casa al no poder justificar su salida a trabajar, con lo que pierden ingresos, muchas veces únicos y sin disponer de otro soporte familiar, sin poder acogerse a ERTE o paro retribuido alguno. **Cuando muchas familias pierdan gran parte de sustento económico se verán obligadas a obtenerlo mediante las formas más individualistas y primitivas si no**

se le ofrecen ayudas suficientes y continuadas hasta tanto se revierta la situación.

El admirable comportamiento del grueso de la población, sanitarios en primer lugar, no puede ser ensombrecido por la **conducta incívica** de una minoría. Innecesarios paseos recreativos y salidas vacacionales, comportamientos irresponsables se dan también en las zonas de exclusión y en ningún caso deben servir para estigmatizar a estas **personas empobrecidas y que tienen, por lo general, comportamientos ejemplares teniendo en cuenta las condiciones en las que malviven**. Sin justificar ni promover la ruptura del confinamiento, hay que entender que en la situación actual el #QuedateEnCasa es un privilegio difícil de aplicar con rigurosidad a familias de varios miembros que viven en 40 metros cuadrados sin los medios y capacitaciones digitales suficientes y que no tienen ingresos ni ayudas sociales básicas. Y en otros casos, se convierte en una medida para aislar a los que, precisamente, no tienen lugar ni condiciones adecuadas para pasar este confinamiento.

Estas circunstancias conviven con miles de pisos en manos de especuladores financieros que los mantienen vacíos al tiempo que nos hablan de solidaridad. Es responsabilidad de los Gobiernos competentes atender y revertir esta cuestión.

Ahora **estamos padeciendo las consecuencias de la ola privatizadora** al servicio de los grandes intereses económicos. Las carencias sanitarias de las residencias de mayores, de los albergues y CIE dan muestra de ello. De igual forma que durante la crisis del 2008, el Estado aportó 65.000 millones de euros para el rescate bancario, cuya gran mayoría nunca fue devuelto, **ahora es el turno del rescate social**. Ahora es el momento de la verdadera solidaridad más allá de llamativas declaraciones. **No de la dádiva a través de donaciones o aportaciones**. ¿Dónde está la solidaridad de los grandes empresarios cuando son los presupuestos del Estado a los que todos aportamos los que se hacen cargo del pago de los ERTE, paro y aportes a la Seguridad Social?

Se deberían paralizar los desahucios, suspender el pago de alquileres y servicios a las personas y pequeños comerciantes castigados económicamente por la crisis, y sostener el gasto social —no sólo el sanitario— con impuestos especiales sobre las grandes empresas y fortunas que salen indemnes de esta crisis. E impedir todo tipo de negocio o beneficio a expensas del dolor que esta crisis está deparando, como el que ya se insinúa desde los hospitales privados, cadenas hoteleras, farmacéuticas, suministradores de material sanitario, etc.

El conflicto social se presenta a nuestras puertas. ¿Será un sálvese quien pueda? Las soluciones no van a provenir de una pretendida seguridad impuesta con mano *militari* por encima de derechos y libertades fundamentales. Poner en marcha un ingreso mínimo sin condiciones, una **Renta Básica, se antoja cómo el sistema más eficaz, económico y sencillo operativamente de aplicar, para garantizar unas condiciones de vida razonables. Las administraciones públicas, hoy más que nunca, deben decidirse junto a quiénes van a estar. Por ello serán juzgadas y recordadas.**

Óscar Mitillo es coordinador del Área de Marginación de Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía—APDHA

[Fuente: *Cuarto Poder*]

25/3/2020

Ernest Cañada

Estrategias empresariales que precarizan el trabajo turístico

¿De qué manera actúan las empresas turísticas para reducir sus costes laborales? Conocemos bien las dinámicas de precarización, por lo que en este artículo se identifican algunos de los principales mecanismos usados en el ámbito del turismo.

*

El turismo es señalado de forma recurrente por la baja calidad del empleo que genera. Bajos salarios, empleo atípico, largas jornadas, horarios flexibles, abusos patronales, acción anti-sindical, son algunas de las constantes que se repiten por doquier. Además, la composición de sus plantillas está altamente feminizada (Obadić & Marić, 2009), con tareas claramente diferenciadas según el género, que dan lugar a procesos de segregación horizontal (Jordan, 1997), y que indica unas políticas de contratación laboral que han aprovechado desigualdades estructurales por razones de género para abaratar y flexibilizar su mano de obra (Moreno & Cañada, 2018). Igualmente, hay una participación muy elevada de personas que proceden de la inmigración, mayoritariamente de países de menor renta (Devine et al., 2007). De este modo, mujeres, inmigrantes y jóvenes parecen ser el grueso de la fuerza laboral del turismo con pocas posibilidades de desarrollar una carrera laboral larga, por lo que la rotación es también una de las principales

características del trabajo en este tipo de actividades (Zampoukos & Ioannides, 2011). Precariedad laboral y empleo turístico aparecen cada vez más asociados en distintos lugares del mundo (Cañada, 2019)

Las preocupaciones fundamentales de las empresas en el ámbito laboral tienen que ver con la capacidad de disponer de personal capacitado para realizar las tareas que necesitan; con la voluntad de controlarlo para que trabaje bajo ciertas condiciones y disciplinarlo para evitar, o reducir, posibles comportamientos no coincidentes con lo esperado o que trate de organizarse colectivamente para defender sus intereses; y, finalmente, mantener bajos sus costes, lo que supone acentuar los procesos de flexibilización e intensificación del factor trabajo. Este conjunto de necesidades empresariales básicas planea sobre la gestión de los recursos humanos en las empresas. Las políticas de personal que se llevan a cabo en cada una para resolver estas preocupaciones se organizan de forma concreta según la coyuntura histórica, el contexto político-institucional y las características del sector de actividad.

El escenario en el que operan actualmente las empresas turísticas está marcado por una creciente desigualdad global en un contexto de aceleración de la globalización económica, por el incremento del poder corporativo sobre el trabajo y por cambios tecnológicos que han generado mayores incertidumbres en el mundo del trabajo. La **precariedad** debe ser vista fundamentalmente como un proceso histórico, que responde a las políticas de flexibilización laboral impuestas por las empresas con apoyo estatal, que:

- han expandido las formas atípicas de empleo, como la temporalidad, la parcialidad o la subcontratación, a través de las cuales han disminuido las obligaciones contractuales de los empleadores con sus trabajadores (Recio, 2007);
- han acentuado la flexibilidad en la organización del trabajo (categorías laborales, horarios, calendario laboral, movilidad, funciones);
- han agudizado la pérdida de poder del trabajo, empezando por el control de los propios procesos productivos (Lewchuk et al., 2008);
- han laminado las capacidades de acción colectiva construidas alrededor del sindicalismo.

A su vez, sin la presencia de organización sindical en las empresas, o muy debilitada, los procesos de precarización del trabajo encuentran menos resistencias y, por tanto, se acentúa su extensión y la rapidez en la que tienen lugar. Se produce así un círculo vicioso en el que menos sindicalismo supone mayor precariedad que, a su vez, redunde en más debilidad sindical, de tal modo que ambos factores se retroalimentan dando lugar a un mercado laboral cada vez más precario (Banyuls & Recio, 2017). Todo ello deriva en una mayor inseguridad, fragmentación y vulnerabilidad de los trabajadores y

trabajadoras (Banyuls & Recio, 2015; Cano, 2004; Jordhus-Lier, 2015).

En el ámbito de las empresas turísticas, y en especial en el sector hotelero, del cual tenemos mucha más información que de cualquier otro tipo de actividad, los mecanismos cotidianos a través de los cuales se consolida este proceso de devaluación del trabajo tienen que ver fundamentalmente con:

a) Medidas relativas a la composición de la fuerza de trabajo.

A través de éstas se producen procesos de selección de personal que priorizan ciertos colectivos, a los que se le puede pagar menos en función de la naturalización de determinadas desigualdades estructurales por razones de género, procedencia o edad. Así se segmentan las plantillas según el tipo de actividad y características atribuidas a ciertos colectivos. Son los casos, por ejemplo, de las mujeres cuando desempeñan tareas que pueden asociarse con una extensión del trabajo doméstico y de cuidados, que son desvalorizados socialmente en una cultura patriarcal, y que cuando pasan a la esfera del mercado se reproducen esas mismas consideraciones. Pero es también el caso de inmigrantes de países con menor renta a los que un mercado laboral muy segmentado les asigna ciertas ocupaciones. Finalmente, es también el caso de estudiantes que realizan determinadas actividades a tiempo parcial y temporal. Así, el estatus migratorio, el género, la clase y la edad se entrecruzan para organizar las oportunidades de trabajo en el mercado laboral, generando trabajadores más o menos “apropiados” según cada tipo de tarea. De esta manera la distribución del personal en un hotel, por ejemplo, se realiza de manera diferenciada según requerimientos de cómo ha sido concebido el trabajo en cada departamento y las imágenes construidas a través de la naturalización de habilidades y determinados estereotipos (Dyer et al., 2010; Zamudio & Michael, 2008).

b) Medidas relativas a las formas de contratación y de vinculación del personal.

Con ellas se busca reducir sus costes y flexibilizar al máximo su disponibilidad en función de las necesidades variables de la demanda. Esto tiene que ver con los procesos de reducción de personal y el aumento de las cargas de trabajo a los que quedan; la destrucción de formas estándar de empleo y el incremento de formas atípicas de contratación, en especial el trabajo temporal, a tiempo parcial, pero también el recurso al trabajo de agencias temporales y subcontratado gracias a los procesos de externalización (Cañada, 2018; Knox, 2010). Supone hacer un uso discrecional de los momentos en los que se trabaja, que implica las resistencias a brindar un calendario laboral o poder jugar con las bolsas de horas. Implica igualmente toda una serie de prácticas de dudosa legalidad, como los cambios de categorías para pagar menos, el uso fraudulento de autónomos o de

estudiantes en prácticas, la retribución por propinas, como es el caso de los *free tours*, o, finalmente, la obligación de trabajar sin retribución en jornadas ampliadas más allá del tiempo de contratación.

c) Medidas relativas a las formas de retribución.

Los trabajadores y trabajadoras en situación de precariedad asumen mayores niveles de riesgo porque los costes salariales de las empresas ya no serían permanentes, sino que dependerían de la marcha del negocio y del contexto. Su participación en la distribución de renta y en el nivel de salarios disminuye porque los empleados con contratos temporales, a tiempo parcial o externalizados tienden a cobrar menos debido a un menor reconocimiento de categoría profesional, menor capacidad de negociación, no acumulación de antigüedad, entre otros (Recio, 2007).

d) Medidas que buscan una mayor optimización del rendimiento de las personas contratadas mientras están en su centro de trabajo.

Esto implica una creciente presión por la intensificación del trabajo y por la polivalencia del personal, de tal manera que la empresa pueda asegurarse que las personas contratadas rinden al máximo durante todo el tiempo que están efectivamente en el centro de trabajo.

e) Medidas que buscan limitar las capacidades de organización colectiva con un claro sesgo antisindical que vulnera derechos fundamentales.

Esto pasa por la fragmentación de la negociación colectiva. En el caso español, por ejemplo, la reforma laboral de 2012 ha priorizado los convenios de empresa por encima de los sectoriales es una medida claramente dirigida a disminuir el poder sindical, y de ahí que la externalización no pueda ser vista únicamente como una forma de reducir gastos (Aragón, 2012; Cañada, 2015, 2016). En el mismo sentido, la división de las plantillas en múltiples situaciones debilita también la capacidad de organización y defensa colectiva. Finalmente, es necesario señalar también la pervivencia de formas diversas de presión y coacción contra la organización sindical.

Referencias:

Aragón, J. (2012). *Las reformas laborales en España y su repercusión en materia de empleo*. Madrid: Fundación 1o de Mayo.

Banyuls, J., & Recio, A. (2015). *Gestión empresarial y dinámica laboral en*

España. *Ekonomiaz*, 87(1), 182-205.

Banyuls, J., & Recio, A. (2017). Labour segmentation and precariousness in Spain: theories and evidence. In D. Grismshaw, C. Fagan, G. Hebson, & I. Tavora (Eds.), *Making work more equal. A new labour market segmentation approach* (pp. 129-149). Manchester: Manchester University Press.

Cano, E. (2004). Formas, percepciones y consecuencias de la precariedad. *Mientras Tanto*, 93, 67-81.

Cañada, E. (2015). *Las que limpian los hoteles. Historias ocultas de precariedad laboral*. Barcelona: Icaria Editorial.

Cañada, E. (2016). *Externalización del trabajo en hoteles. Impacto en los departamentos de pisos*. Barcelona: Alba Sud Editorial.

Cañada, E. (2018). Too precarious to be inclusive? Hotel maid employment in Spain. *Tourism Geographies*, 20(4), 653-674.

Cañada, E. (2019). Trabajo turístico y precariedad. En E. Cañada e I. Murray. *Turistificación global. Perspectivas críticas en turismo* (pp. 267-287). Barcelona: Icaria Editorial.

Devine, F., Baum, T., Hearn, N., & Devine, A. (2007). Managing cultural diversity: opportunities and challenges for Northern Ireland hoteliers. *International Journal of Contemporary Hospitality Management*, 19(2), 120-132.

Dyer, S., McDowell, L., & Batnitzky, A. (2010). The Impact of Migration on the Gendering of Service Work: The Case of a West London Hotel. *Gender, Work & Organization*, 17(16), 635-657.

Jordan, F. (1997). An occupational hazard? Sex segregation in tourism employment. *Tourism Management*, 18(8), 525-534.

Jordhus-Lier, D. (2015). Fragmentation revisited Flexibility, differentiation and solidarity in hotels. In D. Jordhus-lier & A. Underthun (Eds.). *A Hospitable World? Organizing work and workers in hotels and tourist resorts* (pp. 48-57). Abingdon: Routledge.

Knox, A. (2010). 'Lost in translation': an analysis of temporary work agency employment in hotels. *Work, Employment and Society*, 24(3), 449-467.

Lewchuk, W., Clarke, M., & De Wolff, A. (2008). Working without

commitments: Precarious employment and health. *Work, Employment and Society*, 22(3), 387-406.

Moreno, D. & Cañada, E. (2018). *Dimensiones de género en el trabajo turístico*. Barcelona: Alba Sud Editorial, Colección Informes en Contraste, 4.

Obadić, A., & Marić, I. (2009). The significance of tourism as an employment generator of female labour force. *Ekonomika Praksis DBK GOD*, XVIII, 93-114.

Recio, A. (2007). Precariedad laboral: reversión de los derechos sociales y transformación de la clase trabajadora. *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales*, (29), 273-291.

Zampoukos, K., & Ioannides, D. (2011). The tourism labour conundrum: agenda for new research in the geography of hospitality workers. *Hospitality & Society*, 1(1), 25-45.

Zamudio, M., & Michael I., L. (2008). Bad Attitudes and Good Soldiers: Soft Skills as a Code for Tractability in the Hiring of Immigrant Latina/os over Native Blacks in the Hotel Industry. *Social Problems*, 55(4), 573-589.

[Ernest Cañada es coordinador de Alba Sud, centro independiente de investigación con sede en Barcelona especializado en turismo responsable y trabajo decente. Entre su trabajo de investigación destaca el análisis de las condiciones laborales en el sector hotelero y en particular del colectivo de camareras de piso.]

[Fuente: *Crítica Urbana*, III(10), 2020]

19/1/2020

Rafael Poch de Feliu

En aguas desconocidas

El problema es que no sabemos hacia dónde petará el anuncio shock mundial

Con casos detectados en más de setenta países y brotes preocupantes en varios de ellos (y subiendo), ya nadie parece discutir la importancia de la

pandemia. Caen bolsas, se rompen cadenas de suministro mundiales y una recesión global está a la vuelta de la esquina. Las aclamadas comparaciones iniciales con la simple gripe ya se han guardado discretamente en el cajón. También han remitido, aunque no han cesado, las campañas de ridiculización de China y el desprestigio de sus líderes, que ahora resulta que lo hicieron bastante bien (repasen las portadas de febrero de los grandes semanarios anglosajones y germanos).

Las reticencias iniciales de los gobiernos europeos a tomar medidas drásticas, perdiendo un tiempo precioso, para contener la expansión del coronavirus y subestimando las evidencias de una emergencia global, recuerdan a la actitud habitual en materia de crisis climática. No es que “desde que existe el Covid-19 ya no ocurre nada, ya no hay cambio climático”, es que es lo mismo: el mismo ciego dirigiendo la cordada.

En Bruselas, radiografía plana. El viernes se contaban en Europa unos 7000 afectados, una cifra comparable a la que China registró el 30 de enero. Para entonces en China ya llevaban una semana adoptando drásticas medidas de contención. “Esos datos permiten considerar probable que Europa vaya a ser afectada por la pandemia de una forma más fuerte que China”, señala Alexander Unzicher, un experto alemán que hace suya la máxima, “Es más sabio alarmarse pronto que alarmarse tarde”. El comunicado de la Comisión Europea del 4 de marzo decía lo siguiente: “Vigilamos la situación de muy cerca y haremos todos los esfuerzos necesarios”. De momento las cosas ocurren en los estados nacionales. En Italia, un médico de Bergamo, Daniele Macchini, ha causado gran impresión al explicar que a causa de la saturación de pacientes y a la escasez de aparatos de respiración, los médicos tienen que elegir entre los casos graves a aquellos que tienen mayores posibilidades de sobrevivir. La situación cambia de una semana a otra: comienzan a escucharse patrióticos discursos de los jefes de gobierno europeos a sus ciudadanos.

Aislamiento. ¿Una saludable cura de adelgazamiento en casa, en el torbellino de esta absurda hiperactividad? Pero hay mucha gente que no puede permitirse un aislamiento sin paga durante dos semanas. En el documento de 27 páginas del gobierno británico sobre la respuesta al virus se contempla un escenario en el que “hasta uno de cada cinco empleados podría ausentarse del trabajo en las semanas agudas”. ¿Cómo gestionarían eso?

Según un informe de 2015, hasta 56 países, ricos y pobres, recortaron sus presupuestos de sanidad tras la crisis financiera de 2008. Hoy esos recortes, como la disciplina presupuestaria en general, se hacen indefendibles. Para evitar los colapsos sanitarios hacen falta más dineros, si no se quiere poner en mayor riesgo el mismo *Sanctasanctórum* del templo capitalista, el sistema

productivo. La virtud presupuestaria, antigua vaca sagrada, se convierte en una memez. ¿Nuevas condiciones para lo público y el keynesianismo? ¿Habrá un “corona-bono” en la UE?

En Estados Unidos la gran potencia más rica parece mal preparada. Su sanidad en manos privadas ofrece un buen campo a la propagación del problema. El presidente idiota que cerró el Consejo de Seguridad Nacional de la unidad de salud global (puesta en marcha en 2014 tras la crisis del Ebola) y que disolvió el equipo encargado de coordinar las diferentes agencias gubernamentales de salud en caso de pandemia, le quita importancia al asunto del coronavirus. El Congreso dedica a la pandemia 8300 millones de dólares, menos de una décima parte del coste de un año de guerra en Afganistán, y los medios de comunicación parecen más preocupados por las repercusiones en la bolsa que por el coste humano. Cuando se necesita una estrecha colaboración y cooperación internacional para afrontar un problema que avisa, una vez más, sobre la integración e interdependencia de este mundo en sus problemas, la mentalidad sigue siendo la misma: las sanciones contra Irán complican sobremanera la crisis de su sistema de salud cuando está lidiando con un número de afectados muy elevado. *Imperium über alles*.

“Un duro golpe a la economía globalizada”, se dice. Esa economía basada en la locura de la extrema movilidad-contaminación, en el frenesí de la búsqueda del menor coste salarial, de la santificación del “*low cost*”. Un golpe a su modo de vida excesivo, obeso y acelerado por la digitalización, con sus estreses y profusión de tesis, informes y pensamientos en 200 caracteres y 20.000 “*likes*” por minuto que jalonan la expansión de la estupidez moderna.

Un golpe, también, a la especialización en las cadenas de producción. Los “principios activos”, la esencia de las propiedades terapéuticas, del 80% de los medicamentos consumidos en la UE se producen en China. Golpe a los “monocultivos” de las economías nacionales, desde los turismos de España, hasta la exportación de automóviles de Alemania. Las pandemias contienen una advertencia en pro de la diversificación, la suficiencia y la proximidad. El ministro de economía francés, Bruno Le Maire, ya está glosando “la imperativa necesidad de relocalizar cierto número de actividades”, de restablecer “una soberanía económica”, francesa o europea (EU, first!), e incluso apunta la necesidad de crear un “Airbus de la batería para el coche eléctrico”. ¿Todo tan claro?

Si no sabemos ni cuanto durará esta vaina, ni cómo evolucionará, ni hasta dónde llegará. ¿Se quedará en nada, o en poca cosa? No es que “la propaganda de los grandes grupos económicos y mediáticos oculte la realidad e impida comprender adecuadamente lo que está ocurriendo”, como se ha dicho. Es mucho más simple: estamos entrando en aguas desconocidas.

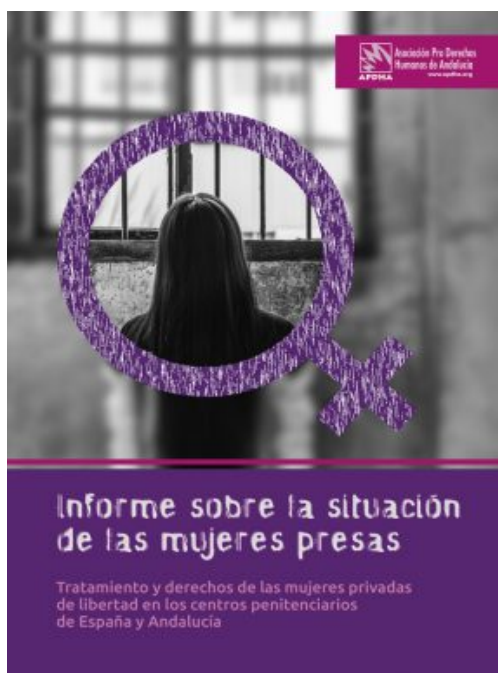
Y al mismo tiempo una “sensación Chernobyl”. Tampoco entonces sabíamos las consecuencias de aquellas nubes radioactivas. Se especulaba mucho, pero había una clara certeza de que era algo chungo. Y después de eso quedaba una sensación en la trastienda: la de un desastre que se sumaba a otros y que concluía en la afirmación de la “perestroika”: no se puede seguir viviendo así (так жить нельзя!), esto tiene que petar! Este sistema es inhumano. No sirve, no es viable para un futuro decente. El problema es que no sabemos hacia dónde petará el anunciado shock mundial ni que futuro nos preparan.

[Fuente: **Ctxt**]

11/3/2020

Documentos

Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía - APDHA **Informe sobre la situación de las mujeres presas ⁴** **Tratamiento y derechos de las mujeres privadas de libertad en los centros penitenciarios de España y Andalucía**



<https://apdha.org/media/Informe-APDHA-situacion-mujer-presa-web.pdf>

El Informe, fruto de un amplio trabajo de documentación, entrevistas y revisión científica, denuncia las condiciones en que cumplen condena las mujeres en España, más lesivas que las de los varones, y es una de las pocas fuentes disponibles sobre la vulneración de derechos de las mujeres privadas de libertad. Al hilo de ello, revela la triple condena, social, personal y penitenciaria, que padecen estas mujeres, unas 4.518 (el 7,7% del total de población reclusa, 59.398 personas).

España es uno de los países con mayor tasa de encarcelamiento femenino de Europa occidental, debido a la dureza de nuestro sistema penal y el aumento del castigo a los delitos leves, que son los más cometidos por mujeres. En Europa, la tasa es de un 4,5%, mientras que el promedio de mujeres encarceladas en el mundo es de un 4%.

Entre los factores que agravan la situación en que viven las mujeres en las prisiones españolas, el informe se hace eco de la escasez de cárceles

específicas (con la consiguiente lejanía respecto al entorno familiar y afectivo) o la precariedad en sus condiciones de alojamiento. Y específicamente, en términos de desigualdad social y de género, de la reproducción de roles sexistas y la disminución de las oportunidades de reinserción laboral que supone una oferta formativa centrada en tareas de costura o limpieza, así como de la sobrerrepresentación en las cárceles (en relación a la estructura social) de mujeres extranjeras, que lejos de obedecer a las tasas reales de comisión de actos delictivos tiene que ver con las detenciones practicadas al amparo de la Ley de Extranjería.

El informe concluye con varias recomendaciones: que en todas las provincias existan plazas penitenciarias de mujeres y siempre con igual dotación que las de los hombres; que se fomenten medidas alternativas al ingreso en prisión y, dado que la inmensa mayoría son delitos leves, que el criterio general a aplicar sea el tercer grado; una mayor dotación de centros de inserción social; o la implementación de una oferta formativa y laboral no discriminatoria que facilite una verdadera inserción socio-laboral. Complementariamente, la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía plantea la necesidad de evitar que los niños y niñas entren en prisión, una mayor vigilancia de las violencias machistas en el entorno carcelario y una atención sanitaria igualitaria, respetuosa con la intimidad y la dignidad de la mujer.

3/3/2020

La Biblioteca de Babel

Emilio Santiago Muíño

Opción Cero. El reverdecimiento forzoso de la Revolución cubana **El reverdecimiento forzoso de la Revolución cubana**

La Catarata - FUHEM Ecosocial, Madrid, 2017, 270 pags.



Este libro marca una etapa intermedia en la trayectoria de Emilio Santiago Muíño iniciada en 2004 cuando, según testimonio propio, se implicó en los conflictos asociados al límite de los combustibles fósiles, y que llega a 2019, cuando publica *¿Qué hacer en caso de incendio?. Manifiesto por el Green New Deal*, junto a Héctor Tejero; obra que promovió un **interesante debate y una reflexión** de la que intentamos dar cuenta en este boletín.

El libro es un amplio resumen divulgativo del ingente trabajo de investigación desarrollado en su **tesis doctoral**, presentada en 2015 en la Universidad Autónoma de Madrid, tras pasar siete meses en Cuba investigando directamente el *período especial*: la etapa, entre 1991 y 1999, en que la isla pudo sobrevivir pese al hundimiento de la URSS y el *Bloque del Este*, pilares centrales de su economía.

Esa estancia y la tesis doctoral marcan la reflexión vital de Santiago Muíño sobre el colapso social y ecológico (lo explica en las *Palabras finales* del libro),

porque la importancia de lo sucedido en Cuba, incluso desde distancias sociales y ecológicas tan considerables como las que nos separan desde la Península Ibérica, es innegable. La reflexión final del capítulo 1, con la que el autor se posiciona antes de entrar en el tema, lo sintetiza muy bien.

“(...) desde los años noventa. Cuba (...) se convierte en uno de los pocos bancos de prueba con que puede contar la ciencia social para saber como afecta un declive energético súbito a una nación industrial y de qué forma se pueden mitigar sus peores impactos. Teniendo en cuenta que sostenibilidad y poscapitalismo son realidades necesariamente convergentes, Cuba se ha convertido en una parada obligatoria para estudiar, en los hechos, muchas de las incertidumbres ecosociales que hoy están en curso.”

En los hechos es la expresión que determina la importancia de la obra. Quiénes llevamos años interviniendo en ámbitos ecológicos y sociales disponemos de un volumen de literatura teórica y analítica abrumador, que en ocasiones es meramente especulativo, sobre lo que implica el colapso. En contraste con ese *empacho* de ideas y datos, la reflexión *de primera mano* del conjunto de la obra de Santiago Muiño es una estimulante combinación de datos, conocimiento y sabiduría. Sólo por ésto su lectura es necesaria, aunque hay que tener en cuenta factores que aumentan el interés.

Comentar un libro implica recensionarlo, reorganizar su contenido desde el planteamiento crítico; el mejor homenaje (opino) que se pueden hacer a la honestidad intelectual y el valor del autor. Honestidad y valor que se refuerzan cuando manifiesta su afinidad con el pensamiento libertario, lo que añade calidad y rigor a lo que escribe, y permite a quién lo lee diferenciar entre hechos, datos e interpretaciones, y formarse una opinión propia.

Así, se pueden valorar las 11 páginas del capítulo 2 como una buena exposición de reflexiones y consideraciones de todo lo publicado sobre el *período especial*; y las 78 páginas de los capítulos 3, 4, y 5 como un valioso acopio de hechos y datos; hechos tratados sin eludir las contradicciones que impone la *mostrenca realidad* (excelente en este sentido el capítulo 5), y datos expuestos con las cautelas metodológicas imprescindibles.

Las siguientes 78 páginas, capítulos 6, 7 y 8, contienen la reflexión que provoca todo lo anterior, combinando el marco cubano y el pensamiento del propio autor. Condición necesaria para un trabajo antropológico honrado.

Y las 57 páginas de los dos capítulos finales son un intento de profundizar en las vinculaciones de la *experiencia* cubana vinculándolas al marco en que el profesor Santiago Muiño despliega activismo social y político en sentido amplio (no partidista). Son, creo, de la parte menos lograda y más

prescindible del libro. Aunque mi juicio está marcado por mi experiencia activista, por lo que otras personas pueden valorarlos de forma muy distinta.

Siete reflexiones globales sobre el contenido

- A lo largo de todo el texto se desarrolla un debate transversal para desmentir la llamada *hipótesis de la Cuba Verde*: un imaginario idealizado (e interesado) desplegado desde el contexto internacional ecologista -o, más bien, *Oenegista*-- que presenta Cuba como una sociedad que ha superado una *experiencia* de colapso energético y que, además, ha sentado las bases de un modelo *agroecológico* sostenible.

- Otra constante transversal se entiende mejor desde una anécdota. El profesor Santiago Muiño reproduce una ingeniosa ironía de la sociedad cubana sobre el obstáculo que supone en muchas ocasiones la omnipresente burocracia estatal: "*Para cada solución, tenemos un problema*". Pues bien, se podría hacer una adecuación del dicho para definir el pensamiento libertario del autor, vendría a ser algo así como: "*Para cada acierto del Estado cubano el libro tiene un problema*"; cosa que se comprueba en la omnipresencia de la conjunción adversativa "pero" cada vez que se analiza una intervención estatal acertada. Escepticismo que, sin embargo, no resta calidad al análisis.

- Lo que lleva al punto clave del papel del Estado. Pese a reconocer en varias ocasiones el capital de legitimidad que la revolución cubana conserva ante una parte importante de la sociedad, legitimidad que ha sido causa parcial del éxito de su (imperfecta) supervivencia; una legitimidad que se proyecta en el Estado que la encarna (sin negar la existencia de cierta corrupción puntual que la cuestiona); pese a todo eso, abundan calificativos negativos genéricos sobre ese Estado a lo largo de todo el libro: *paternalismo, ingerencia, verticalismo, obstruccionismo, asfixia, gigantismo, autoritarismo, etc.*, complementados, además, con una valoración ambigua (como no podría ser de otra manera) del papel del *mercado*.

- Sin que eso oculte las referencias a servidumbres que la política real impone a los discursos idealistas. Sirva, como ejemplo, la síntesis de acertadas conclusiones que el autor extrae de la entrevista con Ramón Pichs (pag. 163), o la explicación que da del rechazo universal (*disidencias* incluidas) al bloguero Erasmo Calzadilla por la difusión argumentada del conflicto energía - crecimiento, implícito en el *peak - oil* (pg. 165). Dos casos (entre muchos otros) de correcciones de la cruda a *alternativas* desplegadas en papel.

- Otra constante es el inventario de incertidumbres y limitaciones sobre la cobertura de necesidades de alimentación en Cuba aún manteniendo la defensa del modelo *agroecológico* emergente. Disperso a lo largo del libro, las

páginas 128, 133 y 135 son un ejemplo ilustrativo.

- Toda la obra muestra el peso abrumador de la hegemonía de la *modernidad* como bloqueo a las alternativas. La conclusión que se obtiene es que no se iniciará una transición social, energética y ecológica, en ninguna sociedad sin que se dé un colapso previo. La reflexión de la página 209, incluida la nota a pie de página sobre los trabajos desarrollados en la hoy inexistente República Democrática Alemana sobre las *necesidades*, refuerzan la conclusión. De paso, apuntan el error que supone, en este contexto, intentar dar dimensión social a algo personalmente tan importante como la *autocontención*.

- Quizás el punto más débil de libro sea el valor excesivo que otorga a algunos testimonios individuales; especialmente en capítulo 9, en que un comentario o anécdota expresados en el curso de una entrevista, o una conversación informal, se eleva a la categoría de *tendencia* social ilustrativa de lo que que determinará el futuro, sin sopesar ni la volubilidad del estado de ánimo de la persona que la formula, ni la coyuntura en que se produce.

Dos apuntes impuestos por el momento en que se redacta este comentario.

La pandemia global del coronavirus, al margen de la desvinculación entre datos estrictos y aprovechamiento mediático en clave “doctrina de Shock”, indica una variable del colapso que no se corresponde con lo sucedido en Cuba. Es una advertencia de que los acontecimientos, y la construcción social que los acompaña, no siguen nunca una pauta determinada. Pero, sin embargo, el libro apunta datos valiosos a tener en cuenta en cualquier *escenario*.

Pero incluso en este tiempo de pandemia global, las actuaciones estatales de Cuba siguen siendo un **ejemplo para muchas personas o, como mínimo, un factor geopolítico a considerar y respetar.**

Y una nota personal de cierre. En las tres obras que marcan la reflexión del profesor Santiago Muiño sobre Cuba, aparecen referencias puntuales a la novela experimental de Úrsula K. Leguin *El eterno regreso a casa*, de 1985. Como alguien que comparte el gusto por una parte de la obra de la escritora anarquista - taoísta - mística norteamericana creo modestamente que, sin embargo, es *Los desposeídos* (1974) la novela de la misma autora que imagina y elabora mejor la épica de superación, humanismo, y contradicciones, de una sociedad alternativa marcada un ideal y determinada por las carencias.

[Miguel Muñiz Gutiérrez mantiene la web divulgativa sobre implicaciones de energía, transición, colapso y resiliencia <http://www.sirenovablesnuclearno.org/>]

Miguel Muñiz
28/3/2020

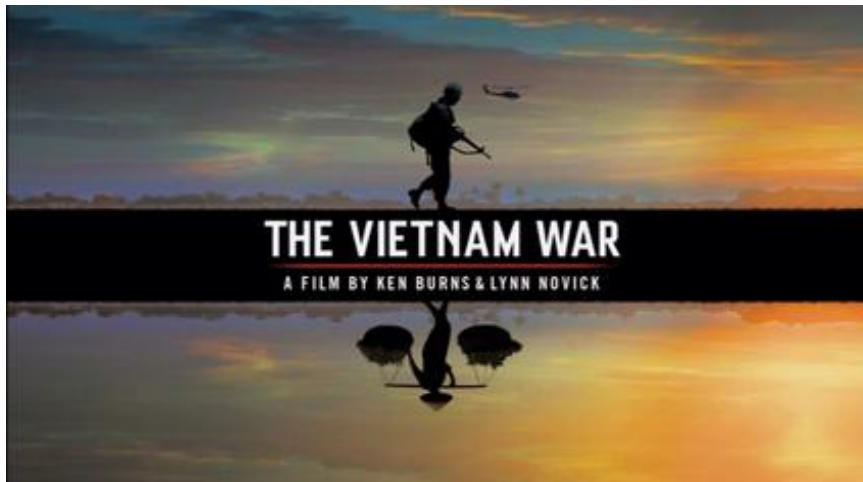
En la pantalla

Ken Burns y Lynn Novick

The Vietnam War

2017

Las imágenes de la guerra de Vietnam



Serie documental que se puede encontrar en la plataforma Netflix compuesta de 10 capítulos, cada uno de los cuales dura aproximadamente 80 minutos. El guión está escrito por Geoffrey C. Ward, la narración la lleva a cabo Peter Coyote y la dirección y realización corre a cargo de Ken Burns y Lynn Novick. Fue estrenada en la televisión pública estadounidense PBS en 2017.

No es la primera serie documental que se hace sobre la guerra de Vietnam. Lo que hace diferente a esta es la abundancia de imágenes (muchas de ellas terribles; no es una serie precisamente para estómagos delicados) obtenidas de todo tipo de noticiarios y reportajes de la época; eso incluye las obtenidas en los archivos de todas las televisiones norteamericanas (y tal vez del propio ejército de EE.UU), pero también de los noticiarios norvietnamitas. No en vano la serie ha costado 30 millones de dólares y su elaboración y montaje ha durado cerca de 10 años.

El punto de vista es, obviamente, el de los EE.UU., pero más el de la sociedad norteamericana que el de sus élites. Digamos que la serie pretende dar una respuesta muy documentada a la pregunta ¿por qué EE.UU. perdió la guerra de Vietnam? y no, desde luego, a ¿por qué la ganaron los vietnamitas?, pues entonces les hubiera salido una serie documental muy distinta. Con lo cual, los primeros planos de madres llorando por la muerte de sus hijos son, en un 80%, de madres norteamericanas. Parece que para los autores del

documental, los y las vietnamitas lloran poco (aunque más de 2.000.000 de ellos murieron en dicha guerra).

Dicho esto, es innegable que el esfuerzo de documentación es más que notable y que se ha hecho con la ambición de ofrecer un producto audiovisual desapasionado (hasta cierto punto: el último capítulo está claramente dirigido a la psique sentimental de los estadounidenses; nuevamente, para sus autores, los vietnamitas parecen carecer de tal cosa) con la finalidad de proporcionar elementos de reflexión y comprensión al público norteamericano y occidental. Eso se refleja, por ejemplo, en las entrevistas a personajes públicos y dirigentes de los dos bandos y a que se les deja explicar largamente. Ojalá hubiéramos dispuesto de esta serie en los tiempos de las movilizaciones contra la invasión de Iraq de 2003. Con ella hubiéramos montado unas sesiones de "cine-club" fantásticas.

José Luis Gordillo
30/4/2020

Galina Rymbu
Poesía Feminista: 3

En mi ovario vive un monstruo

en mi ovario vive un monstruo; complejo, pero formado de simples tejidos
embrionarios. se hace sentir en la noche,
y me despierto, y me quiero hacer algo.

si confiara en que se puede luchar una vez muerta,
mi pequeño gemelo, crecido en un pequeño órgano,
sería libre en la tierra o en la ceniza orgánica...

creo que se nos permite acariciar las piedras y detener la mirada sobre los
árboles

solo cuando ya no estamos.

el tiempo calla, ensimismado.

y la avenida Kosmicheskiy resuena tras la ventana,
escupiendo borrachos en los sucios senderos. Yo sueño
que mi pecho se pudre y que finalmente me he convertido en una mujer...

y que todos los animales del mundo dejan que los acaricie.

antes del sueño mi hijo me iluminó el vientre con la linterna del teléfono móvil.

cree que podemos construir un cohete y volar al espacio,

pero no puedo explicarle que el cosmos solo existe para los elegidos,

y ni siquiera ahora, sino solo como una posibilidad.

que las casas cósmicas que ya se están construyendo aquí, en la tierra,

y las exposiciones de robots que tanto ama,

y los sofisticados artilugios para la producción de poesía mecánica que tienen los nuevos poetas

se hacen para los elegidos, en nombre de los elegidos,

que ya no son personas, no importa, sino un enjambre de sistemas fangosos,

creciendo como tumores en nuestro medio.

que hay gente que no puede obtener un pasaporte,

que hay gente que no puede irse a ningún lado,

yacen como monstruos enfermos en densos pozos de trabajo y hambre

y hablan poco.

que los montones de gobiernos son como montones de basura en nuestra Tierra,

que hay algo más además del tiempo presionado en las habitaciones,
que hay algo más en los cuerpos además de palabras y pensamientos...

Жизнь в пространстве (Vida en el espacio), 2018

30/3/2020